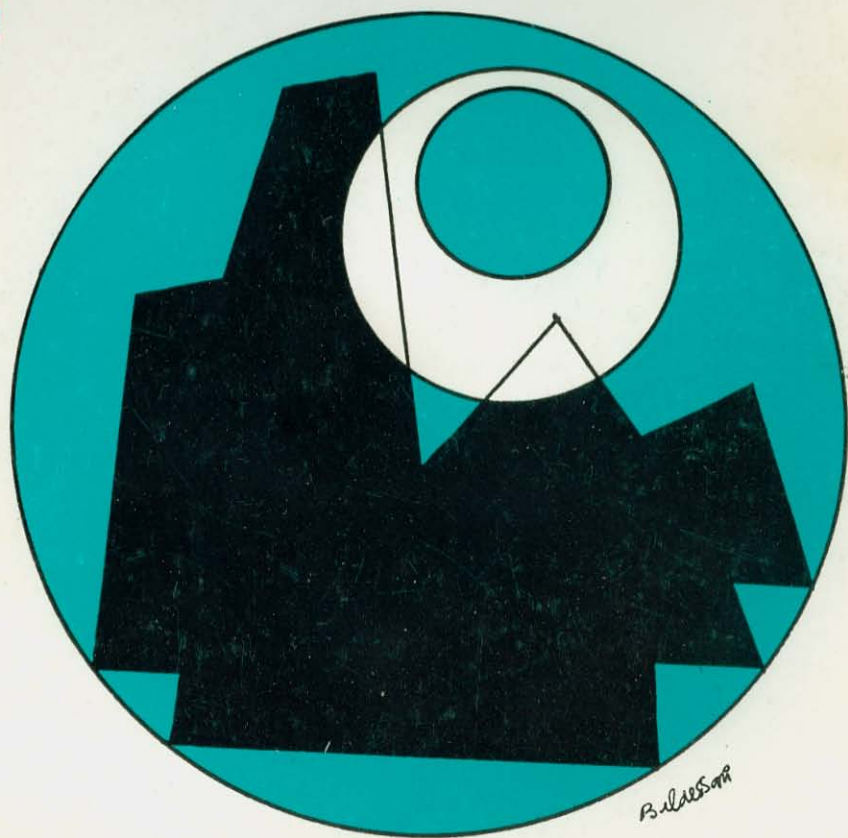


PAUL BRUNTON

UN MENSAJE
DESDE
ARUNACHALA

I
ER



Balsan

4/80

**COLECCION
HORUS**



Título del original Inglés

A MESSAGE FROM ARUNACHALA

Editado por Rider & Company (London)

Ediciones argentinas en español

Editorial Kier, S. A. - Buenos Aires

Años: 1969 - 1975 - 1985

Tapa

BALDESSARI

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

I.S.B.N.— 950-17-0048-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 1985 by Editorial Kier, S. A., Buenos Aires

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

PAUL BRUNTON

UN MENSAJE DESDE ARUNACHALA

Versión castellana de la 9a. edición inglesa por
CELIA PASCHERO

TERCERA EDICION

EDITORIAL KIÉR, S. A.
Av. Santa Fe 1260.
1059 Buenos Aires.

Dedico este libro al
MAHARISHI DEL SUR DE LA INDIA

Mucho después de haber escrito este libro, viajé nuevamente a tu país. Pero, ¡ay! tú ya no estabas más allí. Esa gran transición de un mundo de existencia a otro, que los hombres llaman muerte, te había llevado como lleva a todos los seres humanos.

Ello era ya suficientemente doloroso pero no terminaba allí, pues comprobé que con tu partida, la colina Arunachala había perdido tanta de su antigua atmósfera sagrada, que poca magia le quedaba a su aura.

Se había convertido en una de las tantas colinas que yo había visitado. Entonces recogí la lección de que es un hombre y su mente lo que confiere santidad a un lugar, y no el lugar lo que santifica al hombre.

Nunca me abandonaré el recuerdo de tu bondadoso espíritu.

NOTA PERSONAL

Paul Brunton murió el 27 de julio de 1981, en Vévey, Suiza. Nacido en Londres, en 1898, escribió trece libros, desde La India Secreta, publicado en 1935, hasta La Crisis Espiritual del Hombre, en 1952. Por lo general, se lo reconoce como quien introdujo el yoga y la meditación en Occidente y presentó los antecedentes filosóficos de aquellos en un lenguaje carente de tecnicismos.

Su modo de escribir consistía en anotar párrafos a medida que se sentía inspirado. Con frecuencia, los asentaba en los reversos de sobres o en los márgenes de diarios mientras paseaba por los floridos jardines que orillan el Lago Lemán. Más tarde, ya mecanografiados y clasificados, él solía revisarlos y unirlos en una narración coherente.

Paul Brunton había vivido en Suiza durante veinte años; le agradaba el clima apacible y el majestuoso panorama de montañas. Llegaban hasta él visitantes y correspondencia de todo el mundo, y representaba un papel importante en las vidas de muchas personas.

"P.B.", como le conocían sus seguidores, era un hombre afable del que emanaba una aureola de benevolencia. Su erudición se había forjado en el crisol de la vida, y su espiritualidad refulgía como un faro. Pero, desanimando los intentos de formar un culto alrededor de su persona, solía decir: —Deben encontrar a su propio P.B. dentro de ustedes mismos.

Kenneth Thurston Hurst

PRÓLOGO

Paul Brunton no necesita ser presentado a los lectores de habla inglesa; en todo lugar donde se lee este idioma —en Inglaterra, los Estados Unidos de Norteamérica y asimismo en la India— sus libros, de amplia difusión, han hecho pensar en que, posiblemente, la humanidad esté a punto de lograr un nuevo conocimiento.

Un Mensaje desde Arunachala es título apropiado para este libro, pues el mismo fue escrito en pocas semanas, en la ermita de su santo maestro, al pie de la colina de ese nombre.

En el primer capítulo, el autor describe la colina y, así, da a conocer las asociaciones de santidad e inspiración que ésta posee.

Dos veces visité la colina y la ermita; en la segunda, tuve la oportunidad de reanudar mi amistad con el doctor Brunton, y de presenciar el rápido crecimiento, página a página, de este libro.

Esta obra es una aplicación de la enseñanza principal de su venerado maestro, el Maharishi, de quien Brunton habla en la *India Secreta*. Esta doctrina del “conócete a ti mismo” es aplicada aquí a diversos problemas de la vida moderna.

El último capítulo brinda la culminación de la enseñanza del Maharishi, y nos transporta desde nuestros mundanos ambientes hasta las alturas espirituales.

Cabe mencionar, entre paréntesis, que Arunachala es, principalmente, el nombre de una colina, y no el nombre de una persona, como pareciera creerlo el crítico literario del *The Times* de Londres, en su comentario a *La India Secreta*. La voz sánscrita significa “colina roja”, y Tiruvannamalai, esto es el nombre de la villa establecida cerca del pie de la colina, quiere decir en tamil “sagrada colina roja”.

Es costumbre en la India poner a los hijos, no sólo los nombres de divinidades sino también los correspondientes a lugares sagrados, tales como ríos, colinas, etc., y es por esto que en el sur encontramos hombres que se llaman Arunachala.

Nosotros los indios hemos perdido gran parte de nuestra antigua herencia espiritual y filosófica. Debemos ahora recobrar el oro básico que subyace nuestra tradición, purificándolo de la escoria donde se incrustó.

Convencido de que los lectores de este libro no sólo lo hallarán tan interesante como las otras obras del autor, sino quizá más provechoso espiritualmente, lo recomiendo por igual al público oriental y occidental.

Tengo la esperanza de que este trabajo resulte un eslabón de mayor acercamiento espiritual entre ambos hemisferios, para cooperar en la futura evolución de una humanidad superior.

SRI VEPA RAMESAN

Caballero, bachiller en arte, bachiller en leyes, presidente interino retirado de la Corte Suprema de Justicia de Madrás

I

LA COLINA

En algún lugar del sur de la India hay una colina solitaria, que goza de gran prestigio en la sagrada tradición e historia legendaria hindú. Está situada casi en la misma latitud que Pondichery bajo dominio francés¹, pero no goza como este lugar de las frescas brisas costeras. Día tras día, es azotada por los implacables rayos de un sol despiadado. Su apariencia es tosca y desgarbada: algo inarmónico arrojado sobre la tierra, con dientes y brechas en sus laderas y cuyo suelo está constituido por una masa de rocas desordenadas y matas espinosas. En las grietas de sus innumerables rocas se esconden víboras, ciempiés y escorpiones. Durante los áridos meses estivales, al anochecer hacían su aparición los leopardos que, torturados por el calor, se lanzaban atrevidamente cuesta abajo en una rugiente búsqueda de agua.

Toda la colina ofrecía un aspecto de formas irregulares, sin laderas rectas ni equilibrio alguno en sus proporciones. Incluso su base se desparramaba caprichosamente por un circuito de unas ocho millas, en forma de pequeñas elevaciones y estribaciones, como si no pudiera decidirse a ponerse límite. Está constituida tan sólo por roca volcánica y arcilla roja.

Un geólogo norteamericano amigo mío, quien me visitara no hace mucho, me aseguró que Arunachala había surgido como consecuencia de una violenta erupción volcánica, producida en tiempos remotos, antes incluso, de la formación de los estratos carboníferos.

Dicho amigo dijo que, en realidad, esa masa rocosa de granito se había originado en las épocas primigenias de la historia de

¹ En 1954, Francia restituyó a la India éste y otros territorios. (Nota de la T.)

la corteza de nuestro planeta; esa época que precedió en mucho a las extensas formaciones sedimentarias donde se hallan los restos fósiles de plantas y animales. Ya existía mucho antes de que los gigantescos saurios de la prehistoria pasearan sus desgarradas siluetas por los bosques prístinos que cubrieron a nuestro primitivo planeta. Mi amigo fue más lejos aun, y expresó que tal elevación era contemporánea de la mismísima formación de la corteza terrestre. Manifestó que Arunachala es casi tan canosa y añeja como nuestro hogar astral. Es, por cierto, un resto del desaparecido continente de la sumergida Lemuria, respecto de la cual las leyendas indígenas conservan, no obstante, algún recuerdo. La tradición tamil no sólo refiere la gran antigüedad de ésta y otras colinas, sino que también afirma que los Himalayas se formaron posteriormente. Por lo tanto, incalculables centurias hicieron sentir su peso sobre esta elevación que desafía al tiempo y que tan bruscamente brotara en medio de la llanura.

A pesar de su falta de belleza, hace algunos años esta fea y decrepita anciana entre las montañas, se apoderó de mi corazón en forma perentoria. Me tuvo cautivo, con una intangible e indefinible esclavitud. Fui su prisionero desde la primera vez en que mis ojos se fijaron en ella hasta la última en que, de mala gana, volví la cabeza para mirarla. Desde el momento en que esas invisibles cadenas comenzaron a rechinar alrededor de mis pies, ya no pude más considerarme como un hombre libre.

Incluso cuando pensé, durante aquel año memorable en que el Yo superior extendió su mano para tocarme, que el retorno a las lejanas tierras occidentales, a las frías y grises pero vivificantes tierras del norte, me salvaría de las oscuras nubes de la postración física que me abatía, no valoré en su verdadera medida la atracción de la colina. El tiempo cruzó junto conmigo el océano, y me hizo sentir nuevamente los estimulantes vientos de enero, los fríos días de febrero y las oscuras neblinas de noviembre. En realidad, todos los elementos del clima europeo que, en mi ignorancia, antes había detestado. Luego me hizo viajar de acá para allá, pero la sombra triangular del Arunachala se atravesaba constantemente en mi camino.

No me era permitido olvidar a mi lejana carcelera. Como por un sistema de comunicación telepática, repetidamente se me formulaba esta pregunta: "¿Cuándo volverás, mi bribón? Pues, de ningún modo puedes escapar de mí, *y tú lo sabes!*"

Sí, lo sabía. Ese encanto peculiar de la colina resultó demasiado atrayente para mí; y, entonces, después de mucho tiempo, retorné. Arunachala, la irresistible, me había reconquistado.

La otra noche me había puesto en marcha para llegar a su cima. Iniciar esta empresa de noche es, por cierto, algo poco común. Sin embargo, es el momento en que hace más fresco, lo cual, en una región donde la temperatura llega a ser extremadamente elevada, merece, a juicio de un europeo, ser considerado en forma especial.

Caminaba por las calles desiertas de la villa, dirigiéndome hacia el gran pórtico occidental del templo, que daba a un sendero toscamente abierto. Una vez por año, monjes y peregrinos se encaminaban por él hacia la cumbre de la colina, y cuando finalizaban su lento ascenso, encendían en ésta una gran hoguera. En esta oportunidad, yo había emprendido mi viaje sólo cuatro días después del de ellos, y todavía no se había extinguido la amarillenta llama. La percibía a intervalos, debajo de una espesa y lechosa bruma que rodeaba al pico, el cual, a la luz de las estrellas, parecía un duende gigantesco.

Desde un cielo color índigo, la luna llena miraba cautelosamente hacia abajo e iluminaba la enorme estructura superior del pórtico. Dos murciélagos pasaron volando hacia abajo, casi rozándome la cara. Descansé unos minutos tomando asiento en un nicho para observar fijamente la delgada y oscura figura que se elevaba a mi frente, y también para experimentar la serena paz de la noche. Algunos árboles adornaban la escena, pero el resto era roca y tierra.

Finalmente, reanudé la marcha y, hallando el mal definido sendero alumbrándome con una linterna de bolsillo, ascendía pisando rocas graníticas rodeadas de cactus, que la naturaleza había esparcido a manos llenas. Avanzaba con la mayor velocidad posible, pues tenía el propósito de llegar a la cima antes de que el sol matinal alcanzara su mayor violencia. Cuando miré a mi alrededor, la niebla se había convertido en un fino velo casi transparente, desplazándose lentamente en torno del pico y cuando desapareció, al este surgió, cruzando la villa, la primera luz gris que precede al amanecer y que acarició la faz del paisaje. De tanto en tanto, a la orilla del camino había piedras volcánicas muy grandes, de color rosado, en cuyas caras se veían las huellas dejadas por cinceles. Esto demostraba que la colina había sido

utilizada como cantera para obtener material destinado a la construcción del templo.

Muy pronto, debido a la momentánea transformación operada por el luciente sol, toda la superficie de la delgada colina adquirió un color rojizo. Este color dio origen a su nombre, pues Arunachala no es sino la palabra sánscrita para "monte rojo".

Un poco tropezando, a veces deslizándome y ocasionalmente, saltando brechas, concentré toda mi energía en efectuar un rápido ascenso, y cuando el sol del naciente hubo cubierto, lentamente, el horizonte con sus candentes masas rojas, yo había cumplido un tercio de mi caminata. La noche había desaparecido totalmente, y las estrellas ya no habitaban en el cielo; era pleno día y me senté sobre un montón de lisos rodados para descansar, beber un poco de té y contemplar el panorama que se extendía a los pies de la colina.

Desde esta altura uno logra una vista imponente del plano del templo que, rodeado de calles y ferias, estaba ubicado en el centro de la pequeña villa que, a su vez, ocupaba la parte central de una dilatada llanura. Detrás de las altas paredes que encerraban el recinto cuadrangular del templo, surgían, con escultural magnificencia, torres de acceso de nueve pisos, totalmente cubiertas de exuberantes figuras esculpidas. ¿Acaso la forma de estas torres gigantescas, con anchas bases y angostos remates, que disminuyen hacia lo alto insinuaban, simbólicamente, un punto en el cielo por donde la materia bruta desapareció en el espíritu infinito? ¿O la elevada estructura del templo, con sus pagodas apuntando hacia arriba, ofrecían una parábola de piedra silenciosa? Estas curiosas formas piramidales dirigieron mi pensamiento a Egipto, donde es posible ver sobre las puertas de los antiguos templos, torres similares, pero completamente desprovistas de esos profusos y elaborados ornamentos. Los pilones egipcios tienen también lados en pendiente, los mismos coronamientos chatos y las mismas angostas escalinatas; pero la semejanza finaliza aquí. Dichos pilones revelan un gusto más simple y más austero, cuyo resultado quizá sea una mayor majestuosidad e imponentia. Medité de nuevo sobre la misteriosa relación existente entre el antiguo Egipto y la India prearia, y recordé lo manifestado por el Gran Vidente, el Maharishi que vivió al pie de la colina y que me dijo que en otro tiempo, el desaparecido continente de Lemuria había abarcado Egipto, Abisinia y el sur de la India.

Yo había visto numerosos indicios de que la religión, la sociedad y los monumentos dravidianos del sur de la India derivaban de Lemuria, y de que entre quienes se habían establecido en el Nilo se hallaban sus primos o parientes más cercanos. De esta manera, la cultura de la desaparecida Lemuria fue llevada por una corriente hacia el oeste, para que se mezclara, en Egipto, con la de los atlantes que difundieron su civilización por lejanos lugares del Cercano Oriente. Los lemurianos se establecieron primero en el Alto Egipto, en tanto que los atlantes hicieron lo propio en el Bajo Egipto; y así surgieron los *Dos Reinos* que perduraran tanto antes de lograrse, ya en tiempos históricos, su unión.

Presté atención al sordo tamborileo de los timbales provenientes del templo, y luego dirigí mi mirada hacia el oeste donde se extendía un monte de secos arbustos; había también espacios verdes salpicados, cada tanto, de rocas pardas, dispersos montículos enormes de formas caprichosas y áridos senderos de grava. El todo alimentaba, magramente, a espinosas plantas de cactus y ortigas cubiertas de púas. En los registros gubernamentales, esta región figura como Área Reservada de tierras estériles, cuya superficie es de trescientas millas cuadradas. Todo el paisaje selvático estaba envuelto en un aura de silencio. Esa tosca y misteriosa planta, el cactus de aspecto silvestre, abundaba por toda la región, pues dondequiera que uno mirara, se veían sus retorcidas espinas de color verde gris, en actitud desafiante hacia el mundo. El cactus silvestre es una variedad de planta que medra en condiciones adversas, al parecer. Las víboras gustan, particularmente, de sus retorcidas raíces. Abajo, en la llanura, el cacahuete y el arroz, los dos productos alimenticios del lugar, eran cultivados abundantemente. Los arrozales, bordeados de pintorescas palmeras y cacahuetes cargados de frutos, constituían vívidas islas verdes en el circundante mar de polvo color pardo.

Alrededor del pie de la colina había una ruta circular, a cuyos lados se veían, espaciadamente, curiosos altares y templos en miniatura; el camino mostraba las huellas del desgaste producido por el tiempo, y estaba medio bloqueado por piedras y polvo. En general, era un bonito distrito rural con sus faldas, árboles, rocas y fuentes.

Dicha ruta conducía al lecho de un arroyuelo seco. Había unas cuantas cuevas, algunas cavadas en la ladera, otras construi-

das por la naturaleza con grandes rodados apilados. La entrada de algunas de estas cuevas estaba oculta por matas enmarañadas. En otro tiempo, las mismas fueron el albergue natural de leopardos y tigres, pero ahora éstos ya no estaban más allí, dejándolas vacías u ocupadas por ermitaños o monjes, quienes habían renunciado al mundo, dándole la espalda a las comodidades y placeres mundanos.

Proseguí mi camino mirando hacia arriba; y, a medida que subía, mis zapatos hacían saltar fragmentos de roca contra la grava roja. Cuando llegué a la extrañamente desolada cumbre, me senté en una gran peña chamuscada, sacudí mis rodillas con ambas manos, me recosté contra un montón de piedras y contemplé el imponente paisaje circundante que se extendía a mis pies. El suave sol matinal quemaba mi descubierta cabeza, pues de cuando en cuando tenía el antojo de andar sin sombrilla, sólo para desafiar a los rayos solares y fortalecer mi resistencia contra los mismos.

Ahora el templo había adquirido el tamaño de un juguete, y el mundo que lo rodeaba parecía remoto. Podía sentarme totalmente apartado del planetario teatro que, durante tantos años, había constituido el escenario de mis actividades. Desde la cima de este monte, podía sopesar tanto las ocupaciones que desempeñara cuanto las personas con quienes estuviera en contacto en Oriente y Occidente, pero en especial pensé en los occidentales.

Observé a un enorme buitre que revoloteaba, a gran altura, sobre mi cabeza, y que luego se dirigió hacia abajo, volando en círculo para, finalmente, posar sus grandes y feás garras sobre una peña cuadrada. Después de emitir unos estridentes graznidos, procedió a limpiar, desmañadamente, su plumaje, mostrando su horrible cuello desnudo y rojo. A mi derecha había un inmenso caldero negro a cuyo alrededor se encontraban numerosos recipientes vacíos de barro color rojo, que habían contenido el alcanfor y el sebo empleados para alimentar a la hoguera anual, cuyas llamas aún ardían en el caldero. Dado que la antigua tradición dedicó esta colina y su templo al dios Shiva, quien apareció en la cumbre del pico en forma de llama, se estableció la costumbre de dar vida a una llama como conmemoración anual de este hecho, que puso fin a la oscuridad que antes envolvía al mundo. Inmensa es la felicidad prometida al adorador que, en la cumbre de la colina y en la oscura noche de diciembre, logra encender la primera revoloteante llama alrededor del caldero.

Pensé que aunque había perdido la oportunidad de esa buena ventura, por lo menos podía contentarme con ser la última persona que, ese año, contemplaba la mortecina llama. Pero ya había logrado mi buena suerte y no necesitaba nada más, pues mucho tiempo atrás, había hallado en su ermita al último superhombre espiritual de la India, quien dormía en medio de su bosquecillo de cocoteros, al pie de la colina. No era otro que el misterioso Maharishi, el "gran Vidente", el Iluminado Sabio de Tiruvannamalai. Me "senté a sus pies", como reza la antigua frase hindú que expresa, poéticamente, la etapa del discípulo, y, así, tuve conocimiento, mediante una experiencia práctica, de esa divina e imperecedera sustancia de que está hecho el hombre. ¿Qué mayor fortuna podemos exigir nosotros mortales dignos de compasión?

A medio camino de la parte inferior de la colina, un poco al costado de una brecha de rocas ardientes, de la que brotaba un arroyuelo de fresca y cristalina agua; había una cueva natural en la cual, desconocido, inadvertido, ignorado e inestimado vivió el Maharishi durante su joven, ascética y quietista edad viril. Año tras año, residió allí contemplando el mismo panorama, analizando, a distancia, desde esa altura, a la humanidad; observando al mundo representado por el templo y la villa que él abandonara. Dispersas alrededor de la colina, había tres o cuatro ermitas donde habitaban unos pocos anacoretas.

En dicha oscura cueva el Maharishi pasó, en seráfica paz, innumerables horas de intensa absorción espiritual, encerrado en los pliegues de su corazón donde moraba la divinidad. Sentado en meditación con las piernas cruzadas, permanecía inmóvil cual una roca en el océano. Imaginamos, falsamente, que a un hombre de esa clase no le interesa la bulliciosa procesión de la vida. Nunca se nos ocurre pensar que acaso la haya trascendido.

En cierta oportunidad, el Sabio había seleccionado algunos versos correspondientes a un antiguo escrito del sur de la India, donde se hace referencia a esta interesante colina. Dicho escrito, conocido con el nombre de *Skandá Purana*, es antiquísimo. Aquí presentamos una traducción libre de los versos escogidos por el Maharishi:

“¡Ése es el lugar santo! ¡Arunachala es el más sagrado de todos! Es el corazón del mundo. ¡Es conocido como el secreto y sagrado centro del corazón del dios Shiva! Él mora siempre en ese lugar como el glorioso Monte Aruna.

"Shiva dijo: 'Aunque en realidad es ardiente, la insípida presencia de una colina en este lugar, se debe a la gracia y benevolente solicitud a favor de la elevación espiritual del mundo. Aquí moraré siempre como el Ser Perfecto. Meditad entonces que en el corazón de la colina se agita la gloria espiritual donde están comprendidos todos los mundos.'

"Eso cuya vista basta para suprimir todos los pecados que, por sí mismos, impiden a los seres vivientes ver su verdadera naturaleza espiritual, eso es la gloriosa Arunachala.

"Lo que no puede lograrse sin infinitos sufrimientos —el verdadero significado de la revelación mística de las escrituras— es fácilmente aprehendido, ora por quienes contemplan directamente la colina, ora por aquellos que sólo concentran sus pensamientos en ella, aunque estén lejos.

"Decreto que morar en un perímetro de treinta millas a la redonda de esta colina, basta para hacer desaparecer todos los defectos y unir a un hombre con el Espíritu Supremo."

Pero para descubrir la reputación mística del Arunachala, no era preciso remontarse a dicho libro ajado por el tiempo, pues el mismo Maharishi compuso algunos versos en prosa de singular sentimiento y emotividad, dedicados a este monte. Escojo algunos al azar y los reúno libremente, a fin de dar a conocer qué pensaba ese maravilloso Sabio acerca de esta escabrosa elevación.

"¿Por qué, entrando en mi hogar y atrayéndome al tuyo, me hiciste prisionero en tu cueva?"

"Tentándome fuera de mi hogar, robaste mi corazón y me llevaste a tu morada. ¡Oh! refulgente columna de Luz en forma de colina Arunachala.

"¡Oh! Arunachala, manifestándote como mi Maestro y tornándome sin tacha y digno, guárdame en tu gracia.

"Silenciosamente, te comunicaste conmigo y me ordenaste guardar silencio; y tú también permaneciste silenciosa. 'Mira interiormente, mira atenta y fijamente en el Yo con el ojo interno; así será hallado.' De esta manera me instruiste.

"¿Acaso no me llamaste? Mi bienestar es ahora tu carga.

"En el mismo instante en que me diste la bienvenida, penetraste en mí y me brindaste vida divina, perdí mi individualidad.

”La colina —hechicera de seres— cautiva con sólo pensar en ella una vez, hace que uno se conmueva, la desee y se torne tan apacible como ella; finalmente, los ruegos por el alma producen deleite mediante el autorrenunciamento. ¡Oh hombres, cuidaos de ella! Tan grande transformadora de vidas es esta colina Arunachala.

”Prestad atención. Aunque parezca inanimada y árida, esta colina puede erradicar lo mundano. Misteriosos son sus efectos y trascienden la comprensión humana. Desde mi tierna niñez tuve el vago conocimiento de que la voz Arunachala era sublime y única, pero no podía ahondar su significado. Atraído inconscientemente, el contacto directo con ella me hizo comprobar que tal palabra correspondía a esta colina; entonces permanecí inmóvil y comprendí que Arunachala es el Descanso Perfecto.”

Estos eran los pensamientos y sentimientos que brotaban de la mente y el corazón del gran Vidente hacia este extraño pico, cuyas escarpadas laderas yo había escalado. Además, de tiempo en tiempo, el Sabio me había relatado sus experiencias psíquicas relacionadas con la colina. Había comprobado que era la morada de huestes de espíritus de diversos grados, culminando en los espíritus de los grandes sabios, los seres perfectos dotados de poderes maravillosos, quienes se habían puesto de pie y dado la bienvenida cuando los conociera por primera vez. Y agregé, casi humorísticamente: “Arunachala es una Pirámide natural”, refiriéndose a una experiencia similar que yo tuviera en la famosa Gran Pirámide de Egipto.

Allá en el mundo moderno, lejos de esta elevación lemuriana; allá en ese mundo donde los hombres se apegan apasionadamente tanto a ilusorias esperanzas como a amargas necesidades; allá donde se agitaba un océano de múltiples actividades cuya naturaleza varía desde las empresas más serias, en las que siempre intervino el hombre, hasta los coqueteos más regocijantes con bien engalanados placeres creados por la fértil mente humana. Lo cierto es que adoraban a la Materia. Amaban tanto la vida material, que se habían tornado insensibles a la vida espiritual que fue un elemento tan predominante entre los antiguos.

De esta ominosa pérdida habían surgido los problemas que ponían en peligro la estabilidad de la estructura social de los hombres, como asimismo la paz mental y aun la existencia continuada de éstos. Yo sabía que esa calamidad, de lento crecimiento, era la causa raíz de cada pesar que embargaba a la humanidad, pues, en otro tiempo, yo también había descendido hasta la misma bruma de esa existencia de base tan frágil e igualmente porque ahora estaba desapegado de ella; conque era capaz de un punto de vista que me permitía, alternativamente y a voluntad, adoptar una posición dentro o fuera de tal estructura.

Yo conocía al mundo y no le temía más de lo que podía temerle el monje que hubiera renunciado a la vida. En consecuencia, estaba en condiciones de juzgarlo imparcialmente. Aquí, sobre este toco rodado de granito, en esta solitaria cumbre, en este sagrado pico Arunachala, podía nuevamente, desde lejos, pasar revista al mundo y examinar a la humanidad con la esperanza de que la mente observadora escribiera algunas tablillas de madera con unos pocos pensamientos que, acaso, resultaren útiles para mis semejantes.

Cuando llegué de nuevo al pie de la colina, el sol ya había comenzado a ponerse, recogándose en su nocturno hogar, y luego de haber descansado todo el día con un calor abrumador que secaba y abrasaba la garganta, entré en mi pequeña y oscura cabaña con los brazos cargados de tablillas. Estas habían sido redactadas rápidamente por orden de un extraño mensajero, quien mirándome fijamente, dijo autoritariamente: "Hijo mío, presta atención, coge tu pluma y escribe. Busca en tu mente los pensamientos más vitales de ésta. Empero, no consignes palabra alguna a menos que el fuego penetre en tu corazón, y que el mensaje de las mismas arda dentro de ti. Se acerca la hora en que el mundo deberá encontrarse a sí mismo, en que deberá ver su faz develada. Es el momento en que deben sopesarse, en la balanza, todas las cosas, y la gente de pluma tiene, igualmente, una gran responsabilidad. Quédate con la humanidad, en el cruce de los caminos, e indícales las graves consecuencias que la amenazan. Y luego, cuando hayas aprendido esto, prosigue con la sabiduría más elevada que tú aprendiste, recordando siempre que el inescrutable Ángel del Destino hace frente hoy a la raza humana con una desafiante espada de doble filo. No temas sino escribe. Así sea."

Estaba tan excitado esa tarde, que no me detuve más de cinco minutos en contemplar la sublime puesta del sol tropical, cuando el cielo adquiere ese color cobrizo junto con el vivo ópalo; y ello a pesar de que amo esos hermosos y místicos momentos en que el día huye derrotado por el conquistador crepúsculo.

No habían transcurrido muchos días cuando me pareció que debía deshacerme de esas mosaicas tablillas grabadas; esas acusaciones y preceptos que trajera de mi extraña Sinaí. Por más que lo intentaba, no podía unirlos armónicamente; sólo parecían fragmentos aislados. Y el tiempo me apremiaba demasiado como para poder dedicarme a redactarlos en forma de libro. Por lo tanto, el mundo debe recibirlos de mis manos en la forma fragmentaria en que los mismos fueron puestos entre las mías.

Por consiguiente, si este libro no es un tratado sistematizado, debo también solicitar indulgencia, pues la naturaleza no me dotó de una mente mecánica capaz de llevar a cabo dicha tarea. Estas páginas reúnen, únicamente, reflexiones de mis estados de ánimo y ecos de mis meditaciones. No puedo pretender poseer el estilo metódico de los escritores competentes a quienes, por ende, debo admirar.

En consecuencia, presento estos recuerdos de mis últimas andanzas por el monte Arunachala y los someto al embrujo de la imprenta, donde los fantasmas de los pensamientos humanos son materializados en los sólidos y plomizos lingotes de la linotipo. Y arrojó estos pensamientos al mar de la actual indiferencia espiritual, sabiendo que hay algunos puertos que los están esperando. Lo cual significa que escribí para pocos, y del infinito surgirán suaves brisas que guiarán a estos escritos por las debidas rutas, mucho mejor de lo que podría hacerlo yo.

II

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Nunca desee resolver problemas mundanos, ni buscar soluciones para los enigmas sociales que han consternado a mentes más lúcidas que la mía. No conozco ningún esquema versátil y esmerado que, al ser aplicado a los problemas creados por la humanidad, opere cual una máquina perfecta. Empero, poseo algunas ideas que desearía comunicar a la mente de algunos. Nada más. Pero quizás esto baste, pues ¿acaso no dijo Napoleón: "Si los principios son correctos los detalles cuidarán de sí mismos"? Y si no puedo pretender llevar en el bolsillo de mi chaqueta un plan infalible para la salvación de la humanidad, estoy en condiciones de sostener que tanto en mi mente como en mi corazón tengo, por cierto, el único fundamento perdurable de tal salvación. Aquellos que quieran hechos para justificar su crítica de las siguientes páginas, aquí podrán hallar algunos. Con sólo mirar hacia el norte, el sur, el este y el oeste, todo hombre que sepa ver podrá conseguir cuantos hechos desee.

El filósofo que recorre el mundo buscando problemas para solucionarlos, pronto comprobará que sus manos están colmadas. Preferiría dejar estos asuntos a nuestra clase culta y limitarme a un solo tema: ¿QUÉ ES EL HOMBRE? Empero, sentado en la cumbre de esta colina, uno goza de la infrecuente oportunidad de pasar revista, desde lejos, a la vida moderna, como un espectador privilegiado; la oportunidad de tomar, por así decirlo, una vista aérea. Más repentinamente llegó hasta mí la imperiosa orden de que no podían ser ignorados los pensamientos que surgían en mí.

Quienes no deseen esforzar un poco sus mentes, más vale que no lean este libro. Una simple ojeada a algunas de sus manifestaciones los excitará hasta protestar; otra ojeada acaso los incite a pensar... y éste es un estado desagradable que siempre es mejor evitar. Me agradaría que un hombre llegara a tener una opinión propia antes que aceptar ser tan sólo reflejo de los pensamientos ajenos. No pretendo escribir para los intelectualmente enfermizos; hay suficientes plumas destinadas a ellos, que hacen caer una llovizna interminable de sentimientos convencionales.

He aquí un libro que exige a sus lectores esfuerzo mental propio. Quienes pretenden un alimento mental que no requiera esfuerzo, es mejor que se mantengan alejados de estas páginas. Los libros de verdad son dedos que apuntan a la realidad e indican el camino hacia ella; no son globos dirigibles que conduzcan al destino deseado. Aquel que se acerque a estas páginas apropiadamente, podrá, en cualquier momento, detenerse y decir: "Este libro me ayuda a pensar por mí mismo, y a comprender los antiguos problemas de una manera nueva." Lo cual no es lo mismo que expresar: "Este libro considera a los antiguos problemas de la única manera correcta." Dejo estas manifestaciones para las multitudes que vocean sus modestas mercancías en nuestra moderna Babel.

Por temperamento, tengo necesidad de sentirme intelectualmente libre. Soy bastante escéptico como para hallar placer en compañía de los científicos libres pensadores, pero suficientemente religioso como para sentirme cómodo entre los devotos. Soy bastante filosófico como para sonreír ante la jactancia de la ciencia y la religión. La independencia constituye el castigo agradable de todo esto. Nunca pude adaptarme a ninguna organización, ni tampoco organización alguna pudo concordar con mi naturaleza. Tarde o temprano, la organización pone ligaduras al alma, y me resultó imposible tolerar esto. Indudablemente, tanto la sociedad como la asociación proporcionan el vehículo reconocido para difundir, hoy en día, cualquier causa. Pero en la opinión pública no veo causa alguna que sea suficientemente vital como para despertar en mí mucho entusiasmo. Por consiguiente, me contento con trabajar como un hombre independiente y arrojar algunas ideas a una minoría comprensiva.

Tampoco huí de antiguas sectas y de fantasiosos sistemas para caer en mi propia trampa. Quienes intentaran enrolarme a un tipo de doctrina, malgastan sus energías. No tengo una doctrina metódica ni tampoco un sistema de pensamiento elaborado. No existe filosofía especial alguna que yo me tomara el trabajo de querer demostrar. Todo lo que poseo es una actitud hacia la vida; que no es una actitud mental, sino más bien un raro sentimiento del valor humano interno. Pero antes de descubrir tal actitud, tuve que encontrarme a mí mismo. Cierta vez, Ralph Waldo Emerson escribió en su diario íntimo un párrafo cuyas palabras repercutieron profundamente en mí a través de las olas del Atlántico, a tres mil millas de distancia:

“Durante veinticinco o treinta años escribí y hablé sobre lo que se denominó novedades, y ahora no tengo ningún discípulo. ¿Por qué? No porque lo que manifesté no fuera verdadero, ni porque ello no haya encontrado inteligentes receptores; sino debido a que no lo hice con la intención de atraer a los hombres hacia mí, sino hacia ellos. Me deleito en guiarlos desde mí hacia sí mismos. Este es mi orgullo: no tener una escuela de seguidores. Lo consideraría un signo de impureza del enfoque, si ello no creara independencia.”

Por consiguiente, a quienes están contentos con tener un dogal alrededor de sus mentes y ser conducidos, ciegamente, por algún autor que escribe de prisa, se les pide aquí que se mantengan alejados. No tengo deseo alguno de arrojar los arpones y ligar otras almas a la mía. Mi propósito es seguir un camino totalmente independiente, y comunicar a otros hombres una libertad similar a la que quisiera que ellos me hubiesen brindado. Si puedo, influiré sobre los hombres, pero sólo para que puedan descubrirse a sí mismos. . . y con ello descubrir una vida intemporal que concretará sus mejores esperanzas.

Tampoco interpretan correctamente mi esfuerzos, quienes piensan que mi ambición es agregar un libro más a los varios millones existentes en el Museo Británico. Están equivocados si imaginan que anhelo unirme a la multitud de escritores que, desde sus confortables gabinetes de trabajo, remiten epístolas brillantemente pulidas. Cada párrafo que escribí, surgió ardiente del fuego de mi corazón; si así no fuera, no desearía escribir en mo-

do alguno. No soy ni anfitrión público ni instructor público. Poseo un mensaje para pocos, y es para ellos que escribo. Tengo algunos pensamientos que ofrecer como estímulo para sus ambiciosas mentes, como descanso para sus afligidas almas y como guía para sus propias reflexiones. Grito en medio del yermo de la estupidez espiritual que me rodea, no porque crea que son muchos los que me oirán, sino porque confío en que unos pocos están buscando esas palabras.

No deseo ser comprendido por nadie más que por mi propia comprensión; tampoco me propongo permitir que mi cuerpo sea atrapado por las ruedas dentadas de la discusión. Nunca explicación alguna explicará lo que no se puede comprender. Por su crítica a nuestros patrones de adoración a la materia y su meta de serena meditación, este mensaje no puede ser nunca popular. Los de baja capacidad mental no apreciarán su valoración de las experiencias de la vida; y los mentalmente superiores, despreciarán su intangible inspiración como un retroceso hacia la refutable superstición religiosa. En consecuencia, cabe esperar que quemem este libro en la violenta hoguera de su doble desprecio. Un poeta persa se preguntaba: "¿Si diera a luz todo lo que hay en mi mente, podría este siglo soportarlo?" Quienquiera trate de difundir una doctrina trascendental como ésta, debe esperar la casi segura burla de la multitud. Porque la dificultad en comprender su pensamiento constituye un portal y una barrera para las masas, aunque el mismo es un fácil "sésamo ábrete" para la comprensión de pocos. Él no abrigará ninguna ilusión. Comprenderá perfectamente que, no bien el fenómeno poco común de un mensaje místico aplicado a los asuntos materiales, se atreva a alzar la cabeza entre nosotros, surgirá el habitual ataque furioso de la pedreada verbal. Sin embargo, quizás uno o dos auditores dotados de intuición ofrezcan un ramo. Pero entonces, si él es sabio, no tratará de predicar ni de convertir. Sólo brindará sus pensamientos a quienes cuiden de sí mismos, y únicamente ofrecerá su mensaje a aquéllos que lo acojan dulcemente.

También buscarán en vano quienes pretendan hallar en estas páginas el estilo propio del mal filósofo. Me niego a emplear la máscara convencional. Antes que mostrar frialdad frente a los cálidos sentimientos, prefiero apartarme de la categoría de los respetables doctos, para ubicarme en otra categoría menos admira-

da. Mejor es ofender a los mojigatos académicos, y a la legión de sus seguidores, que dejar de ser yo mismo, para resultarles grato y tener éxito imitando a otros. Estas páginas no son fruto del sillón de un rata de biblioteca. Las escribió alguien que trabajó duramente, vivió penosamente y sufrió mucho. Los libros elaborados bajo una lámpara de biblioteca nunca pueden tener la misma fuerza que los escritos con el corazón. Debo escribir sin reservas, pues los pensamientos se agitan en mi mente como potentes llamas y exigen ser expresados. Si alcanzo a los ignorantes con veloces e irónicas estocadas verbales, lo hago no para ofenderlos sino para despertarlos. Cuando contemplo las condiciones de la llamada vida civilizada de nuestro tiempo, pierdo el control de mi pluma, la cual se lanza a escribir ardientes y destructivas palabras, saturadas con el vitriolo de la sátira.

A veces vacilo en confiar estos ardientes pensamientos a las frías hojas de papel. Temo que no alcancen a expresar la conmoción trascendental que me impulsó a escribir este libro. Luego siento temor de leer las páginas impresas, casi esperando una desilusión tan honda como la del joven idealista que llega a la metrópoli colmado de optimistas esperanzas, para comprobar que la ciudad es tan sólo un torvo y cruel capataz.

Quienquiera piense que estas páginas constituyen una prédica, es cordialmente invitado a desecharlas. Sólo deseo echar a volar algunas ideas costosamente adquiridas. Bienvenido sea aquél que desee coger una o dos de ellas, a medida que caen. Pueden los escépticos rechazar fácilmente estas palabras, pero un día —ya sea en esta década o en otra futura— volverán a zumbear en sus oídos. Ese día llegará fatalmente, pues la vida no admite descanso mientras dure nuestra ignorancia. Las personas que no han pensado jamás en la vida, difícilmente aceptan las explicaciones de quienes se han preocupado por reflexionar acerca de la existencia humana. No importa el grado de sabiduría que yo haya alcanzado; me interesa tan sólo incitar al perezoso. Más que guiar, deseo despertar el pensamiento. Nuestras calles están llenas de hombres que son sólo reflejos del pensamiento ajeno. Tal vez las paradojas de pensamiento místico de este libro se conviertan en el aguijón que los despierte de su pereza mental.

Aunque no me forjo excesivas ilusiones respecto del valor que esta obra encierre para mis contemporáneos, no obstante espero que los mueva a poner en acción sus átomos cerebrales. Dos de los propósitos principales de este libro consisten en provocar a la opinión y engendrar ideas.

¿Debe preocuparme el hecho de que mis ideas sólo encuentren unos pocos seguidores y el descubrir que tal vez resulte vana mi dedicación a estos temas? El rudo Carlyle dijo altaneramente: "En su origen, toda nueva idea pertenece a la minoría de uno sólo. En ese momento, dicha idea vive únicamente en la cabeza de un sólo hombre, que es el único que cree en ella." Escribiré tal como pienso, con palabras que puedan fustigar a muchos, pero que acaso sólo a unos pocos ayuden. ¿Cómo puedo tener la esperanza de convertirme en un escritor popular? Solamente me interesa escribir acerca de aquélla verdad llamada mística porque es sumamente simple. Y este tipo de verdades es el más impopular del mundo. Si mis palabras no despiertan en vuestra mente ni siquiera un aproximado eco de la convicción que existe en la mía, inútil será que insista en invitaros a seguir la línea de mis desvelos. Únicamente me resta dejar que mi libro circule entre los hombres abriéndose paso por sí mismo.

A los pocos hombres que piensen que este libro ofrece algunos párrafos serenos y plenos de confiado optimismo, debo aclararles que los pensamientos sangrados tan fácilmente de mi pluma corresponden a verdades aprendidas a lo largo de pacientes años de dura experiencia. Es difícil ganar sabiduría, pero es fácil olvidarla. Los escritores que han vivenciado cada línea que escriben, y que dependen de un conocimiento adquirido de primera mano y no a través de la lectura de segunda mano, destilan sus años de gran lucha en forma de apacible sabiduría. Y sin embargo, a pesar de esto, pocos son los párrafos realmente serenos. Ya que el mundo, como un hombre enfermo, arrastra su cansado esqueleto para incomodidad propia y para dolorosa lección práctica de sus semejantes. Por consiguiente, si mi pluma arremete como un cruzado, en su intento por sentar verdades hondamente comprendidas, ¿quién soy yo para prohibirle sus arrebatos?

III

POLÍTICA

Los políticos tratan de olvidar a Dios y los grandes mensajes de orientación y advertencia que de tanto en tanto los profetas han entregado a la humanidad. Hay en esta cuestión algo que los incomoda. Sin decirlo expresamente, dan a entender que Dios está demasiado lejos de este planeta, como para hacer sentir su presencia. Lamentan mucho que la sociedad no pueda basarse en las leyes divinas, pero puesto que las cosas son así, es mejor basarla en las leyes del corral, del pesebre y el zoológico. Sin embargo, pese a sus abundantes promesas, ningún gobierno desprovisto de Dios, ha podido hacer feliz al hombre. En cambio ha producido naciones enteras de pobres espirituales. Puesto que los políticos cerrando cuidadosamente los ojos a las realidades más profundas de la vida, juegan con los aspectos exteriores. Tiene que decidirse entre creer que la vida tiene un propósito político o religioso. Si acepta lo primero, entonces se ve obligado a prestar todo su apoyo a un partido político; si opta por lo segundo, entonces deberá pagar tributo de energía y tiempo al inmortal espíritu.

La política pertenece a la superestructura de la vida, cuyos fundamentos son la perspectiva espiritual, la actitud que, frente a la vida, sustenten las personas mismas. Estamos muy ocupados en levantar una vocinglera torre de Babel, pero no nos hemos tomado el trabajo de averiguar la calidad de nuestros fundamentos, que son reconocidamente defectuosos. Sin la creación de una nueva actitud espiritual, un renovado programa de valores interiores, nos afanamos como tontos. Si hemos de construir algo, ¿por qué no asegurarnos que sea algo duradero? Una vez que

los cimientos son correctamente colocados, entonces se puede continuar con los pisos superiores del edificio, en la confianza de que toda la estructura resultará firme. Y no existe sociedad organizada que pueda durar por mucho tiempo, si es que carece de bases espirituales, es decir, de un fundamento ético: reconocimiento del valor de todos los hombres. Sin base semejante, vuestro edificio, cierto día, se desmoronará. No os engaños por el éxito temporario. "Ah, entonces usted es un idealista abstracto!", dice cierto crítico, ansioso por anotarse un punto a favor. Yo le contesto: "Abstractos, o carentes de sentido práctico, son los europeos, quienes construyeron una sociedad que se destrozó en la tremenda guerra fratricida de 1914¹, los norteamericanos, quienes levantaron una sociedad que se derrumbó financieramente, en 1929. ¿O acaso piensa usted que lo somos nosotros, por pretender construir una sociedad sobre bases de buena voluntad, justicia y verdad? Repito que no debéis dejaros engañar por el éxito temporario, pues cuanto mayor sea la superestructura que levantéis sobre cimientos defectuosos, mayor será la caída."

Hemos sustituido a la vigorosa práctica de la ética, por la enclenque imagen de la conveniencia o comodidad; no nos quejemos, entonces, si nuestro engendro cae y se arrastra por el polvo. Una multitud de panaceas políticas son tenazmente sostenidas y defendidas como curalotodo, pero en realidad impiden a las naciones su auténtica cura, pues los hombres nacen ciegos, en la actualidad. Aceptan lo transitorio y superficial en lugar de lo permanente y verdadero. No se dan cuenta de que un renacimiento espiritual es la previa condición necesaria de una restauración feliz. Otorgarle voto a un hombre que antes no lo tuvo, no lo vuelve automáticamente, menos ciego. Sin estos elevados principios espirituales, seguiremos cosechando los ásperos frutos de nuestra locura.

Ningún Estado puede ser realmente gobernado si no se lo hace según bases de buena voluntad, razón, fuerza espiritual y justicia. Tal Estado, carente de los fundamentos señalados, sólo posee, a cambio de un positivo gobierno, un conjunto de pergaminos y documentos llamados falsamente leyes.

¹ Este libro de Burton fue publicado en 1936. Por eso aquí no aparece mencionada, como la máxima catástrofe, en lo que va del siglo, la Segunda Guerra Mundial. (Nota de la T.)

Podemos afirmar que una democracia ha sido establecida cuando todo individuo se siente responsable de los asuntos públicos; cuando todo albañil deja caer su pala para dar a conocer, con gesto airoso, aquella acertada solución a los problemas económicos, acerca de los cuales no han podido ponerse de acuerdo los mejores expertos del país; cuando cualquier empleado de oficina, echándose hacia atrás en su silla, expone la adecuada política exterior que el gobierno debería adoptar respecto de una nación que ese empleado jamás ha visitado ni visitará jamás. Los ciudadanos inteligentes de un país no deben computarse según las estadísticas de censo que determinan el número de sus habitantes.

No se puede legislar una nación por la buena voluntad. Muchos queman sus lámparas votivas frente al socialismo. Pero tienen conciencia de que el socialismo ha de contar, en su esencia, con la buena voluntad —buena voluntad para el rico no menos que para el pobre— si es que pretende triunfar? No habrá verdadero socialismo, mientras cada hombre no practique hacia los demás, dicha buena voluntad. La vida debe desarrollarse de adentro hacia afuera y viceversa. El hombre influye en su contorno tanto cuanto dicho contorno ejerce influencia sobre él. Cuando el corazón de los hombres se ensanche para abrazar a los semejantes, las instituciones políticas y económicas reflejarán dicho sentimiento. Entonces, el mundo exterior estará en paz con la vida interior.

Resulta evidente que, en la actualidad, el egoísmo no ha sido monopolizado por una sola clase, sino que se ha extendido a casi toda la sociedad. La distancia cultural entre Poplar y Park Lane es de unas cuarenta o cincuenta millas; la distancia física entre ambos es aproximadamente, de cuatro o cinco millas; pero la distancia espiritual casi ha desaparecido actualmente. Los cientos de fantasmas de problemas económicos y políticos, no desaparecerán hasta que la gente se haya liberado del excesivo egoísmo aprendiendo el valor de la buena voluntad. Mientras tanto, la política separa al hombre del hombre, y a las clases sociales entre sí. La conciencia de su naturaleza espiritual une a los hombres. Si dedicáramos a la afirmación de nuestra índole espiritual, toda

la energía y el tiempo que consagramos a la política, nuestros problemas se desvanecerían por sí mismos. Esta es una verdad tan grande como los Himalayas; sin embargo, la ignoramos.

Si bien escribo acerca de la política en términos tan duros, puesto que provoca el surgimiento de las pasiones más bajas y los peores prejuicios de la gente, es un mal necesario. Alguien tiene que gobernarlos; alguien debe tomar las medidas necesarias para nuestro mutuo bienestar. Siendo como es el mundo, compadezco a quienes llevan a cabo esta desalentadora tarea, en medio de una época tan desdichada como la nuestra. El político ha emprendido un camino sembrado de desengaños, y las plantas que crecen a los costados de dicho camino ostentan, por debajo de cada rosa de posición y poder, las agudas espinas del abuso y la ingratitud. Se empeña en un logro incierto, aturdido por los efectos estupefacientes del aplauso popular. La misma multitud que ahora le arroja flores, es posible que mañana le arroje piedras. La misma gente que canta: "For he's a jolly good fellow"², puede, al minuto siguiente, hacerlo objeto de silbatinas de burla. Esa misma multitud que clama por un nuevo gobierno, tiene todavía que aprender que cambio no es sinónimo de progreso. Mientras tanto, los políticos, a caballo de sus propias ambiciones, trepan por la incierta colina de la vacua fama y la recompensa transitoria.

Los males sociales y económicos de nuestra época están arraigados más profundamente de lo que creen las masas y sus líderes; por consiguiente, necesitan remedios de alcance profundo. Dichos problemas son primordialmente espirituales, de modo que, únicamente medios espirituales pueden curarlos en forma radical. Se nos ha entretenido con remedios políticos sólo dignos de curanderos. Creímos —todavía lo creemos— que encontraríamos en ellos aquella milagrosa panacea universal que restableciera a la humanidad su perdida felicidad. La política es el moderno sustituto de la religión; pero actualmente, ambas han caducado. La febril búsqueda de panaceas en cualquier lugar, menos en el indicado, resulta en sí misma, símbolo y síntoma de la descomposición que caracteriza a la actualidad. Reformadores sinceros pero trasnochados, políticos egoístas pero vehementes, y aquéllos po-

² Canción muy popular, usada para homenajear. "Porque es un buen tipo divertido..."

cos altruistas que se consagran a trabajos públicos entendidos como una prestación de servicio, aran por igual las áridas arenas de la política, en la esperanza de alimentar a la humanidad hambrienta de alma, durante este siglo crítico y único. También sucede que muchos de nuestros problemas reales son fundamentalmente psicológicos. El político superficial cree que ellos son simplemente estadísticos. La solución de los mismos se hallará acercándose al corazón y la mente de la gente, y no sólo especulando acerca de estériles teorías.

A nuestra época no le interesa la promulgación de las más antiguas doctrinas —las que formularon, siglos atrás, Krishna, Buda, Jesús y Mahoma— que afirman que la regeneración de la sociedad no surgirá de los debates multitudinarios, sino del cambio de sentimientos del individuo.

He llegado a la conclusión de que, intervenir personalmente en los partidos políticos —azules o rojos— violentaría la integridad de mis facultades de comprensión. Todos tenemos una contribución propia para abonar a favor del común bienestar, pero en proporción a nuestras limitadas posibilidades, es muy grande el precio que se nos exige como seguidores de cualquier posición política. ¡En lugar de tomar partido, prefiero alejarme! Los dioses no bendicen a ningún partido político particular, pero utilizan a todos. Las fuerzas conservadoras —no menos que las de avanzado extremismo— son necesarias en diferentes épocas para ajustar los asuntos de una nación, o para realizar su buen o mal destino, de modo que, transitoriamente pasan al poder los partidos políticos que representan aquéllas fuerzas. Siempre han existido conservadores; siempre han existido extremistas. En los tiempos antiguos, los ha habido en Egipto, Grecia y Roma, así como actualmente los hay en Inglaterra, Francia y Rusia. Aparecen en todos los siglos. Sólo los nombres son diferentes.

Si bien yo he resuelto mantenerme alejado de la política, adoptando una actitud estrictamente neutral, no es un camino que recomiende a los demás.

Se trata de una cuestión de gusto y temperamento, que surge porque mis intereses están encaminados en otra dirección. Hay en política sobrado lugar para el hombre que, con fines altruistas e ideales de servicio puro; para el hombre que deja guiar sus pasos por la espiritualidad y que mueve su mano inspirándose

en la energía divina, dedica su vida a la política. Los hombres de esta clase brillarán como chispas de oro en el cuarzo; pueden ir muy lejos y hacer mucho bien, pero, ¿dónde hallarlos?

¡Estamos politizados porque lo merecemos!

Nos gustan las discusiones sobre ideales como temas de salón o charlas de mesa, pero no soportamos que alguien se disponga a ponerlos en práctica. Aplaudimos al valiente rebelde, a conciencia de que nuestra silbatina subsiguiente lo hará volverse a favor de lo Respetable, momento en que habrán ganado las Convenciones. Nos agrada escuchar las apelaciones del radical a la libertad de pensamiento, pero bien pronto hallaremos la manera de ponerlo en prisión. Hay gran distancia entre lo que se predica y lo que se pone en práctica. Así pues, a la espera de un momento propicio para aceptar la armonía entre palabras y hechos, creemos conveniente derrotar al liberal con duras críticas, y colgar su hombre bien alto en la horca, de modo que quede como ejemplo para desanimar a tontos iconoclastas e innovadores sin experiencia, cuyas honestas y serias mentes imaginaron que el mundo aceptaría el camino simplemente porque miró la señal caminera.

Desdeño los métodos políticos —aunque la conveniencia me llevaría a aceptarlos— porque sólo confío en los métodos espirituales. No bien resolvemos un problema según algún método político, inevitablemente surgirá otro en su lugar. Tales dificultades no tienen fin pues la raíz —la índole codiciosa y agresiva del hombre— permanece inalterable. Surge como la maleza que siempre nace a nuevos brotes. Los entendidos pueden planear mejoras, pero sólo la buena voluntad puede iniciarlas. Hay una única manera de encarar dichos problemas, realmente satisfactoria y duradera. Cambiad los hombres y, como consecuencia, lograréis un cambio de todas las dificultades que surgen debidas a su naturaleza defectuosa. Mucho tiempo después que el presente siglo haya pasado, esta verdad será frecuentemente repetida y recordada. Espiritualizad a los hombres, y entonces, en medio de una atmósfera de buena voluntad, resolveréis para

siempre, todos los problemas. Ya que, en la sublime atmósfera de la vida superior, todos los problemas, fricciones y odios, desaparecerán automáticamente, por su propia discordancia. No será preciso cortar por separado cada raíz. Pero recordad que sólo podréis comenzar a cambiar a los hombres después que hayáis cambiado vosotros mismos. Esto no se logrará por medio de las palabras únicamente, sino gracias al poder del espíritu. El efecto de las simples palabras predicadas a los demás, probablemente desaparezca junto con el eco de las mismas. Pero los concentrados pensamientos de dominio, paciencia y sabiduría, que hayan adquirido el intenso poder de vencer los errores mentales largamente arraigados, irradian la fuerza de su luz a toda mente que se encuentre dentro de la esfera de su influencia.

La única reorganización social válida será la que surja cuando haya expandido sus ondas de un extremo al otro de la raza humana, un cambio espiritual del hombre mismo; las demás reformas son remiendos, no pueden perdurar y se extinguirán después de una vida más o menos breve. Mientras persista la ignorancia espiritual, continuará en vigencia el ciego egoísmo, ignorancia y ceguera que son las raíces de la vida humana, y que sustentan el árbol cuyos frutos siempre serán los de la desdicha, la opresión, las turbaciones, el descontento y la rivalidad.

Buscamos nuestra salvación en el Estado, a pesar de que la historia y la experiencia de todos los tiempos, han demostrado que el sendero de la felicidad es personal y solitario. El Estado está constituido por individuos, y cada hombre puede mejorar el pensamiento y la conducta de por lo menos un ciudadano, al cual tan a menudo descuida, es decir, de sí mismo. Tomemos conciencia de esta ineludible verdad, y depositemos menos fe en los grandes esquemas de políticos insignificantes —aunque sean bienintencionados— propuestos para salvar sus pueblos o reformar sus países; comprendamos que podemos lograr una mayor felicidad para el mundo, solamente si antes la hallamos en nosotros mismos. No exageramos si decimos que abundan los reformadores que aspiran a reformar a todo el mundo, excepto a sí mismos.

Todo cuanto se haga a favor de una mejora de las formas físicas de la sociedad, mediante remiendos materialistas, no logrará disipar el peligro de destrucción que amenaza a dicha sociedad, pues la naturaleza tiene también algo que ver en el asunto. Ella puede destruir en un sólo día, lo que la sociedad construyó en un siglo. La naturaleza no es ciega ni ignorante; es el instrumento de los dioses del destino. Sin embargo, no cabe esperar que desaparezca nuevamente la pasión que el mundo siente por las revoluciones, hasta tanto no se hayan quitado de su senda, las causas mismas del descontento. Si el mundo fuera más sabio, encargaría a aquellos hombres que poseen sabiduría espiritual junto con iniciativa para la acción, la tarea de restablecer las condiciones para una mayor felicidad. Si bien la democracia fue la inevitable contrapartida de una aristocracia deteriorada, la divina autocracia —con lo cual no quiero decir autocracia sacerdotal—, es la única forma de gobierno social que puede asegurar beneficios permanentes a cualquier sociedad. Y a pesar de que dicha forma de gobierno parezca tan remota como las estrellas, no por ello hay que negar el hecho de que un sólo hombre iluminado por Dios, de corazón piadoso y magnánimo, dueño además, de un fuerte dinamismo, está mejor que nadie dotado para servir a una nación entera. El mundo necesita de líderes inspirados. Pero la inspiración de éstos debe proceder del reino de los cielos, y sus pautas de orientación deben hacer brotar, no el odio, sino el amor, del corazón de sus pueblos.

IV

EL COMERCIO

Los antiguos reyes de la historia están siendo reemplazados por los modernos reyes del comercio. La esclavitud del feudalismo casi ha desaparecido, pero sólo para verse sustituida por la esclavitud más disimulada, del industrialismo. Por supuesto, no son visibles las cadenas, pero ello no significa que hayan desaparecido. La vida mecanizada de muchísimos trabajadores es una verdadera noria; nada atrayente, pese a las prédicas del moderno evangelio que exaltan dicha noria. Casi como regla general, la vida en las fábricas resulta una tarea ruin e inhumana; una forma de existencia monótona en una atmósfera triste. El monstruo metalizado de nuestra Era de la Máquina ha producido importantes beneficios, pero a despecho de un precio demasiado elevado para todos.

Es verdad que la civilización industrial ha producido grandes mejoras en la vida material, y ello en escala inmensa; pero este hecho no debe cegarnos al punto de no darnos cuenta de que también ha producido perturbaciones espirituales en la vida. Son muchos los casos en que la difusión de la industria significó la extinción de un estilo de vida más agradable, bella y refinada. Las ciencias aplicadas pretenden haber liberado la mayoría de las energías del hombre; sus realizaciones son colosales; somos testigos involuntarios de cada logro de dicha ciencia; sin embargo, sólo del hombre físico se ocupó, dejando de lado al hombre espiritual. El precio que reclama es, por cierto, elevado. El alma conserva sus cadenas; el corazón del hombre está más apesadumbrado que antes; su mente, más inquieta y preocupada. La ciencia utilizada por el comercio continúa entreteniéndolo

a la humanidad con pagarés prometedores de felicidad. La reiterada promesa afirma lo siguiente: "Unos pocos años más (de lucha) y entonces el mundo abundará en riquezas, y la jornada de trabajo será reducida a la mitad. Podréis entonces comprobar qué gran mago soy." Nosotros, pobres incautos, caemos en el engaño, olvidando el hecho de que la felicidad proviene fundamentalmente del Espíritu, mientras que la ciencia y el comercio son, después de todo, secundarios.

La cruel competencia del comercialismo incita al fuerte a explotar al débil. La furiosa competencia de la industria moderna excluye a los individuos más nobles, que se resisten a dejar en casa sus ideales de honestidad, justicia y verdad, cuando, todas las mañanas, parten en el tren de las 8.30 rumbo al trabajo. El joven que aspira a un cierto grado de conquista espiritual, labra su propio fracaso en el mundo comercial. Tanto la mecanización cuanto nuestra actual situación comercial favorecen falsos esquemas de éxito, que facilitan al aventurero astuto, tramposo, que sabe aparentar fines elevados, pero que sólo responde a su codicia insaciable, su triunfo sobre las personas honestas y mejor dotadas que él. El hombre que sabe imponerse y que constantemente se autoelogia, triunfa más rápidamente que el hombre de talento a quien no se le ocurre hacer la propaganda de sus propios valores. Vivimos pues bajo el imperio del revoltijo social, opuesto al verdadero orden social; revoltijo en el cual, conseguir algo gratis, a expensas de nuestros semejantes, y engañar a otros con tal de amasar la propia riqueza, se consideran actitudes plausibles.

Acosada por la excesiva actividad materialista, golpeada por los arietes de la industria mecanizada y el mal empleo del ocio, el alma comparte el presidio del hombre, y agoniza. Es necesario que simplifiquemos nuestra civilización, si es que queremos salvarla. ¡Pero el materialista dice que debemos complicarla aún más, y el revolucionario pide que la destrocemos! Ambos no se dan cuenta de que es dudoso el beneficio logrado mediante el enriquecimiento del bienestar material de los pueblos, cuando el acto mismo de enriquecimiento necesita disminuir la escala de valores espirituales. La actividad insensata, que ahoga todo pen-

samiento refinado, y que mantiene a los hombres continuamente ocupados en cosas que sólo se refieren a la corteza de nuestro planeta, y a sus cuerpos transitorios, no tiene más valor que la absoluta inactividad. La febril vida de una gran ciudad, experta en lo que vulgarmente se consideran logros y éxitos auténticos, es aun, media vida solamente. Los hombres atados a una actividad completamente mecánica de dicho tipo, se convierten en meros hombres a medias; son mutilados por la misma criatura de su creación. No es dable esperar que gocen del ocio y libertad de mente necesarios para dedicarse a los estudios ennoblecedores, quienes trabajan excesivamente y ganan demasiado poco. Algunos suponen que, hundiéndonos más profundamente en la Materia vía mecanización, provocaremos el advenimiento de la felicidad para el hombre. Sólo podemos juzgar a través de los resultados; y el resultado de siglo y medio de tal hundimiento es la casi total paralización de la vida espiritual humana. Restos de hombres vencidos y destrozados deambulan inciertamente por las calles de nuestras grandes ciudades industriales como patentes testimonios de aquéllos resultados. ¿Cuántos seres, en una gran ciudad como Londres, al descubrir, en un día cualquiera, que les resulta intolerable semejante existencia, compran su frasco de veneno o trepan al parapeto del embarcadero del Támesis, alejándose así de las tristezas de un mundo tan funesto? Cierto es que el industrialismo, la eficiencia, el incremento mecánico, desempeñan papel importante; pero cuidáos de industrializar el alma del hombre, deshumanizándola; tened cuidado de que las ruidosas ruedas de vuestras máquinas no lo aparten completamente de la divinidad interior.

No debe juzgarse el espectáculo de las realizaciones industriales tan sólo por sus actuales proporciones, sino también por sus resultados espirituales. No lo examinemos únicamente desde el punto de vista de tamaño; hagámoslo además, desde el punto de vista del alma humana. Es posible que los hombres que se han convertido en tuercas de la gigante máquina de la vida moderna, no tengan conciencia del daño que ella les ha producido (¡A menos que se trate de tuercas capaces de pensar profundamente!), ni de que sus despiadadas ruedas están triturando, lentamente, todo cuanto de sereno, creativo, hermoso y delicado albergan en su interior. El hombre que pasa su vida al pie de

un torno automático, sin realizar jamás otro tipo de trabajo, deja de ser un hombre; se ha convertido en parte del torno. La llamada "división del trabajo" —frase casi bíblica para los economistas— debería llamarse, en realidad, "división del hombre", pues se cercena al ser humano hasta reducirlo a una cuarta parte de su totalidad. Un ejemplo de este proceso es la decadencia y desaparición del artesano o artífice. En una moderna fábrica de zapatos, el obrero encargado de hacer los ojales para los cordones, no hará otra cosa que ojales, todo el tiempo. Más aun, será ésta la tarea única de todos los años de su vida. En épocas anteriores, un mismo operario hacía, a mano, el zapato completo, de modo que podía gozar de la satisfacción que proporciona un trabajo dignamente realizado. Actualmente, el obrero ha perdido toda válvula de escape de su creatividad humana; por consiguiente, ya no posee uno de los principales medios de la creatividad, la felicidad y la libertad espirituales. El ansia por ganar su subsistencia lo ciega respecto de los resultados espirituales, y, además, no tiene por lo general, conciencia del daño que le hacen. Ya no le es posible enganchar su carroza en alguna estrella; sólo podrá hacerlo, en un sistema de ruedas dentadas. La máquina que debió haberlo ayudado a conquistar una vida más libre, está empujando su alma hacia la tumba. Alguna vez, cuando trabajaba como artesano, fue un creador. El trabajo era, entonces, una jubilosa expresión de su alma, por lo tanto, se constituía en parte de su recompensa. En la actualidad, cumple simplemente, con un trabajo. La industria sin alma se transforma en algo torpe, bárbaro. En nuestra época y en Occidente, millones de seres ofrecen el triste espectáculo de llamas muertas por el excesivo industrialismo, pues ya no conciben que haya otra realidad más importante que su monótona tarea mecánica de todos los días.

Sin embargo, puede lograrse que el progreso mecánico y la inventiva científica se conviertan en servidores del alma humana, en lugar de ser —como sucede en la mayoría de los casos— sus victimarios. La Máquina figura como elemento fatal del horóscopo del hombre, por tanto, no podemos eludirla. Necesariamente debemos aceptar sus frías manos de acero, ya que de nada nos valdría retroceder cobardemente a un pasado en que el hombre sólo empleaba sus manos. No se trata de retrasar el reloj —tampoco podríamos hacerlo—, sino de emplear correctamente

la máquina, emplazándola en el lugar que le corresponde, para que no se convierta en un monstruo devorador del hombre. De la misma manera, podemos aceptar y usar las comodidades y ventajas de la moderna vida civilizada, sin permitir que las mismas nos esclavicen y nos conviertan en objetos. La Máquina es el milagro de nuestro siglo; un milagro del que hemos abusado y que, en consecuencia, amenaza con dominar al hombre, cuando es éste quien debe dominar a la máquina. Extraer de ella toda la ayuda posible, para aliviar el trabajo del hombre, no significa que debamos romper el equilibrio espiritual de la vida, con tal de conseguir dicha ayuda. El progreso material debe liberarnos; no, transformarse en nuestra prisión.

Todas las victorias que el hombre logre en el mundo de los negocios no le proporcionan recompensas tan satisfactorias ni duraderas como las victorias sobre sí mismo. Los triunfos comerciales más espectaculares, muchas veces se esfuman, dejando atrás a un desilusionado y disconforme héroe victorioso; mas el sabio conquistador de sí mismo logra el premio de una paz duradera. Mientras el frustrado magnate ha tenido que controlar a varios miles de personas, el sabio se ocupaba, en cambio, de mantener a una sola persona bajo su control: él mismo. El Becerro de oro no otorga la mejor recompensa a sus devotos. Ni por todo el oro del mundo desearía yo morir veinte años antes de lo que me corresponde, como lo han hecho tantos magnates norteamericanos, esclavizados por sus negocios, ni tampoco quisiera pasar mi vejez obligado a no beber nada más apetitoso que vasos de agua fría, como le sucede a un millonario a quien conozco.

Comete un triste error el hombre que juzga como éxitos legítimos los actos de bellaquería. Pierde el respeto de las personas de valor, y lo que es peor aun, la envoltura protectora de su Yo superior. Fatalmente, sobrevendrá el día en que, ya sea durante las quietas horas de la noche, cuando su cerebro tenso no pueda rendirse al sueño, ya sea durante la similar condición del misterioso minuto que sobreviene al morir, los rostros de sus víctimas surgirán de la oscuridad como espectros, para arrostrarle su conducta y perseguirlo sin piedad. Su insomnio no será sólo producto de una comida mal digerida; será también resultado de

una mala conciencia. Ese hombre ha perdido su propio respeto y dignidad. Dios se apiade de él, de este hombre que ha vendido su alma, la paz de sus noches, por un puñado de dinero; de este hombre que elige un camino retorcido para enriquecerse, abandonando su reputación. Sus finas ropas y sus fulgurantes diamantes no atraerán sobre él la perdida protección. Ha aceptado el culto de una ventajosa cuenta bancaria, tan apreciada por el mundo, ya que, ciertamente, el dinero es el segundo poder máximo en esta tierra. Pero, en el reverso de su cuenta está escrito un invisible ingreso que representa aquéllo que él ha debido dar a cambio de su tesoro terrenal. Y ha sido su alma lo que entregó. Por tanto, su divino protector lo ha abandonado. Existen procesos espirituales que actúan más allá de nuestra comprensión; así, este hombre es ejemplo de la paradoja que encierra toda riqueza malhabida; el éxito en el mundo significó, para él, el fracaso en la vida. Más de un poderoso del moderno mundo de los negocios ha pasado a ser un niño indefenso, en el momento de nacer al mundo de "los muertos". Puesto que el hombre es inmortal y la chispa de su ser es inextinguible.

Antiguamente, al hombre que conspiraba contra la vida del rey, se lo ahorcaba, descuartizaba o ahogaba. En la actualidad, el hombre que conspira contra la vida de la gente, al acaparar todo aquello que es producto de primera necesidad, para luego venderlo a precios exagerados, se convierte, con el tiempo, en un aristócrata a quien los círculos sociales conceden toda clase de honores. Su actividad antisocial le proporciona cuantiosas ganancias sin obligarlo a prestar a la comunidad ningún tipo de servicio. No todos los criminales están confinados en las cárceles. Algunos logran escapar a Park Lane y se los considera distinguidos huéspedes de la sociedad. El fabricante que amasa una fortuna y logra un título de honor produciendo artículos de primera necesidad, bien puede afirmar que los ha ganado honrosamente; pero aquél que despiadadamente especula con los precios para servir sólo a sus fines personales no es otra cosa que un pirata. Si el mundo del comercio, y los negocios estuviera iluminado por la luz del alma, no tendrían cabida en el mundo tales parásitos especuladores. El hombre de negocios existe para beneficio de la sociedad, y no es la sociedad la que debe estar al servicio del hombre de negocios.

La Regla Dorada va siendo cubierta por el polvo. Vivimos bajo el dominio de la Regla del Oro.

Si juzgamos por las apariencias, el reino de Dios aparece replantado por el reino de los dólares.

Cuando advenga una edad más justa, los negocios no serán otra cosa que el arte del servicio a la humanidad. El éxito se convertirá en la recompensa lógica al mejor servicio. La idea actual es: "¿Qué puedo venderle a usted?" frase que recorre el mundo entero. La nueva idea será: "¿Cómo puedo servirlo?". La prosperidad de un hombre o de una firma aumentará en proporción directa al servicio que presten. La fama resultará consecuencia del reconocimiento de la prestación de servicio; no dependerá, como sucede ahora, de la publicidad pagada.

La publicidad y el arte de vender tienen su lugar propio en la vida, pero en una época mejor, ambos reconocerán sus responsabilidades. El arte de la publicidad no degenerará en el arte de la ponderación inconsciente. Sería preferible que nunca se publicaran avisos escritos en sillones superlativos. Todos los trucos de postguerra de nuestra Nueva Chelsea, trasplantados a Fleet Street, sin duda constituyen armas necesarias en la artillería del avisador, pero no por ello, de que las dispare a tontas y locas. En cuanto abrimos un diario o una revista, las columnas de avisos nos arrojan a la cara granadas de mano, en forma de palabras chillonas que nos exhortan, con estilo declamatorio, a comprar esto y a usar aquéllo; en uno, por ejemplo, las frases se derraman con exuberancia, a favor de determinadas píldoras; en otro, el parloteo absurdo y exagerado quiere convencernos de que la felicidad humana depende de ciertas sales digestivas. Sería mejor emplear a los avisadores en la publicación de sus hermosas aunque inútiles fotografías de seductoras jóvenes, que en la redacción de avisos falsos que no le hacen ningún favor a su presumible inteligencia.

El supermoderno arte de la venta es una inmoralidad cuando se convierte en nada más que en un intento por vender pro-

ductos que el hombre no necesita, por medio de una estudiada campaña de presión hipnótica. Quien entra en una oficina y procura ejercer su influencia sobre la mente de los que allí trabajan, sólo porque necesita enriquecer su bolsillo antes bien que prestar un servicio, no es un vendedor sino un rufián.

El dinero es un ingrediente vital de la vida moderna, pero el excesivo culto a dicho ingrediente, en detrimento de todo auténtico ideal, ha determinado la índole ambiciosa que caracteriza a nuestra época. El Becerro de Oro domina nuestro mundo, pues ha creado con sus vulgares manos, un espejismo que obnubila la mente de los hombres. Los ricos y los pobres le rinden culto por igual. El mundo felicita complacientemente a los devotos del Becerro de Oro que obtienen de dicha deidad, una abundante recompensa. Ignora, el mundo, el hecho de que, cuando demasiadas riquezas se acumulan en las manos de un sólo hombre, nuevos y mayores peligros amenazan su alma. Cada libra esterlina se convierte en una atadura que lo liga con mayor fuerza a la vida de este mundo. Para escapar con suerte de tal ligazón deberá recorrer el filoso sendero de la renuncia interior. Deberá considerarse una especie de depositario, responsable ante los dioses del destino, del empleo justo, prudente y considerado, de su riqueza. ¡Hasta el más acaudalado hacendado sólo poseerá, cuando muera, seis pies de tierra!

La generosa mesa de la Naturaleza está cargada de abundantes frutos beneficiosos, sin embargo, sólo unas pocas manos pueden tomarlos. El resto vive en el mundo con sus manos vacías, acaso medio muerto de hambre, mas ciertamente, sin los medios necesarios para llevar una existencia decente. Millones de seres —hombres, mujeres y niños de sangre caliente y un sistema nervioso que registra todas las gamas del dolor— están condenados a una vida precaria, reducida al confinamiento más extremo. Muchos de ellos mueren al costado del camino, inadvertidos por los que marchan en medio del caos general, o quedan rezagados al perder toda esperanza, como las víctimas de la férrea vigencia de un sistema despiadado. Una antigua queja dice: “¿Soy acaso el cuidador de mi hermano?”, pero, en todas las épocas, el hombre iluminado por Dios ha contestado afirmativamente dicha pre-

gunta. Porque el hombre iluminado por Dios sabe que, con el tiempo, la raza humana se convertirá en una gigantesca familia, en una única hermandad universal; sabe, también, que aquéllo que hagamos a los demás —por la misteriosa acción de leyes invisibles— recaerá sobre nosotros, en el momento debido.

V

LA SOCIEDAD

La estupidez penetra en nuestras casas y nos impone participar en el club de la Convención. Le sigue la Ignorancia, la cual nos ata pies y manos con sus torpes cadenas. También hace su aparición la Solemnidad, disfrazada de Espiritualidad, y moviéndose con porte tieso y petulante. La Moda hace crujir sus alegres sedas, afectando un aire de misterio. Se dan cita allí, hombres de mundo que charlan interminablemente sobre cosas fútiles y mujeres que gustan de flirtear con todos mientras ríen frívolamente; jóvenes snob, conversadores ingeniosos y sutiles; santos de nobles rostros y prostitutas de labios muy pintados; mandarines del moderno mundo de los negocios, de fuertes mandíbulas y bocas y ojos duros como el acero; insípidos políticos y sus satélites; hombres maduros, chamuscados en su juventud por las llamas de la guerra, y autores condenados al polvoriento olvido; ángeles con ropas humanas y demonios bien trajeados; materialistas dogmáticos y desconcertados místicos; huraños cínicos o dulces principiantes; aquellos que no han nacido en cuna de oro, y aquellos a quienes la fortuna y el destino se lo han proporcionado todo, nobles y famosos; visitantes de otros países: pesados holandeses, chispeantes españoles y astutos griegos; todos son anunciados a su turno por el mayordomo, y concurren a plasmar la sociedad actual.

Las charlas de sociedad se caracterizan por su aburrimiento ya que, por lo general, en ellas se tratan temas obvios: el tiempo atmosférico, por ejemplo, constituye en Inglaterra un tópico habitual de toda conversación, y, entre Navidad y Año Nuevo, se convierte en el único tema de comprobada y segura perdurabi-

lidad. Sucede pues, que nuestras conversaciones muy fácilmente se deslizan hacia los asuntos vacuos y superficiales, ya que los preferimos a los profundos. Por supuesto que esto no constituye un crimen, porque es propio de nuestra idiosincrasia: instintivamente, nuestro cerebro elige asuntos llanos y concretos cuando se trata de encontrar un tema de discusión. Sin embargo, cometemos el fácil error de perpetuar lo evidente, repitiéndolo en dosis diarias y regulares al extremo de convertir tales evidencias en un aburrimiento colosal. Cuando el tipo de conversación que puede un hombre llevar adelante es el que se refiere al profundo asunto de si va a llover o no mañana, es necesario protestar. Nuestras charlas no son más que burbujas, meras trivialidades, y es bien poco lo que decimos en ellas. Nuestra conversación revela la efímera personalidad, pero nada sugiere acerca del auténticamente eterno hombre. Quien se atreviera a hablar en un salón mundano, con las palabras que le dicta su Yo superior, sería objeto de suspicaces miradas o de francas burlas.

El mundo ya no busca su justificación en las profundas páginas escritas por los clásicos, ni en las transparentes parábolas de un Jesucristo; el hombre que osara citar un fragmento de dicha sabiduría, en medio de un salón de moda, sería dejado de lado por pedante y aburrido. No es dable esperar que en los escuálidos y desgraciados barrios bajos, la gente sepa que Platón no fue ni un general griego de la pasada guerra mundial, ni un contemporáneo fabricante de cigarrillos griegos. Por consiguiente, si hay alguien tan tonto como para querer citar a los antiguos sabios, debe retirarse a remotos lugares donde podrá recitar sus citas a los gorriones, o bien, escribirlas en trozos de papel que colgará de los árboles.

Sería bueno recordar lo que la joven generación actual no quiere recordar, es decir, que a menos que vivamos según ciertos principios, dejando que guíen nuestros pasos determinadas normas y ejemplos valiosos, dejaremos de ser hombres y mujeres para convertirnos en simples animales dotados de astucia. ¡Oh, sí! Es verdad que flirteamos con toda teoría que surge y se pone de moda, y que jugamos con los cultos más nuevos, pero no adoptamos nada. Nuestras superficiales almas no buscan el verdadero

amor, sino que se conforman con los ocasionales besos ligeros conquistados en fuentes promiscuas.

Es cierto que el hombre ha nacido para ser feliz; esto no quiere decir que la felicidad consista en una incesante ronda de efímeros placeres. Cualquiera que sea el destino que Dios haya pensado para el hombre, no cabe duda, apenas pensemos un poco en ello, que jamás pudo el hombre estar destinado a sumergirse completamente en sus sentidos físicos. La vida no es sólo una copa de placer que el hombre ha de beber hasta el final; es, también, una medida llena de recto esfuerzo. Debemos compadecer a los débiles que se pierden tras las ilusiones terrenales, creadores de una nueva locura cada semana; esos buscadores de placer que giran en torno de sus inútiles juegos, al mismo tiempo que echan a perder la vida interior de sus corazones. Mientras celebra sus banquetes al ritmo de las orquestas de jazz, hay un cadáver en el festín.

Tener carácter está pasado de moda, en la actualidad. Una buena conciencia puede ayudarnos a dormir bien, pero, según me dicen ¡lo mismo puede lograrse con un buen somnífero! El engaño de una vida ficticia y brillante fascina por igual a los elegantes y a sus proletarios imitadores. La licenciosa vida de un sector de la sociedad constituye el adecuado complemento de la miseria del otro sector. El hombre ha trepado lentamente el árbol de la vida, dejando atrás su cola, pero aun hoy mira frecuentemente hacia abajo. Si las pasiones elementales del hombre no estuvieran sofrenadas por las prolijas restricciones de las leyes y costumbres, el mundo ofrecería un delirante espectáculo.

Me siento algo avergonzado de tener que confesar que nuestra era del jazz no me ha contagiado. Sé que está de moda la fiebre de agotarse en noches turbulentas y días trasnochados. Lo correcto es tirar por la borda los convencionalismos petrificados. Estoy de acuerdo con esto último, pero, eliminar por igual lo malo y los pocos principios decentes que han perdurado a través de todas las épocas, equivale a tirar al niño junto con el agua jabonosa que se usó para bañarlo. De la misma manera, es una

forma de locura preferir el tufo de los albañales al aire puro de la paz espiritual. Muchos jóvenes de la nueva generación son materialistas y paganos; ocupan sus horas de ocio en la búsqueda de nuevas sensaciones, nuevos estremecimientos, hasta que la cotidiana dosis de conmoción nerviosa se convierte en un hábito, y finalmente en un deseo incontrolable. No podemos pensar que sea ésta una auténtica forma de alegría. Aquello que, empleado correctamente podría darles verdadera felicidad —el ocio—, se vuelve veneno para sus almas.

El mundo es snob. Se somete servilmente a un título nobiliario, rinde pleitesía al rico, pero desdeña al sabio pobre. Arribistas y trepadores procuran escalar la pirámide de la sociedad contemporánea, sin detenerse a pensar que tal vez su esfuerzo no merezca la pena. Se considera más importante la perfección de la raya del pantalón de un hombre, que la perfección de sus principios morales. El populacho, ya sea compuesto por gente acomodada o pobre, es siempre débil, proclive a aceptar como cosa de valor la fatuidad egoísta de la riqueza y la moda, y por tanto, procura imitarla servilmente. Los elegantes y amanerados que prestan más atención al corte de sus ropas que a los sentimientos de sus corazones, aceptan las normas impuestas en la actualidad como base de una pseudoaristocracia, mientras que los verdaderos aristócratas siempre preferirán atender a las obligaciones que un privilegiado nacimiento impone a la personalidad. El engorroso aparato del privilegio social no puede engañar a los perspicaces, para los cuales el potentado, el aristócrata, el poderoso y el que alcanza las cumbres de la fama, sólo son dignos de respeto en la medida en que lo merezcan por su personalidad. Príncipe o prelado, todo hombre ha de ser medido por sus valores, no por su nacimiento. Sólo respeto y admiración siento por aquellos aristócratas que heredan algo más que un título y un patrimonio, y he tenido la fortuna y el placer de conocer a no pocos de éstos. Pero ni respeto ni admiración tengo por quienes nunca aprendieron, y por consiguiente, jamás practicaron, las virtudes que implica la frase *nobleza obliga*.

Si bien hemos dicho adiós a una época formal y rígida, cuando nos adueñamos de nuestra flamante libertad de postguerra,

esto no significa que debemos también despedirnos del espíritu de moderación y de la cualidad del refinamiento. El individuo vulgar no cubre su vulgaridad con un buen traje de noche, y ella es perfectamente detectada por quienes no juzgan el valor de un hombre de acuerdo con el estado de su cuenta bancaria. Es deplorable comprobar que gran parte de la juventud moderna ha perdido toda la dignidad de las maneras refinadas. Si un victoriano se alzara de su tumba para echar una ojeada al espectáculo de la sociedad actual, regresaría a ella sumido en el mayor asombro. Es verdad que los jóvenes han hallado nada que admirar y poco que apreciar en las instituciones que los rodean, y por tanto, desechan nuestras insípidas convenciones, para dar libre curso a sus costumbres jazzísticas; pero cuando dicen que quieren mayor libertad, en realidad se refieren a un margen mayor de libertinaje. Cuando se visten con las ropas más finas, debieran recordar que éstas tienen que ir acompañadas de modales igualmente finos, y que la consideración hacia los demás junto con una cierta medida de autocontrol, son los signos que permiten distinguir a los auténticos caballeros. Nos preguntamos cuántos jóvenes egoístas de la actualidad serían capaces de apreciar el espíritu caballeresco de aquél noble isabelino, Sir Philip Sidney, quien, durante la batalla de Zutphen, dio a beber el último sorbo de agua que poseía, a un soldado herido, dejándose morir de sed. No es digno de admiración el aceptar los derechos y privilegios de un rango honorífico, olvidando los deberes inherentes al mismo.

Y sin embargo, las pulidas frases de una sociedad cortés, constituyen un pobre sustituto, porque muchas de las personas obligadas a pronunciarlas, se sienten interiormente desdichadas. Con un poco de perspicacia, es posible descubrir el descontento de los corazones, bajo esta capa de cortesía social. Las tormentas interiores no se aplacan con danzas, festines y entretenimientos. Es ésta una lección que la mayoría aprende demasiado tarde: la de que las más atractivas rosas de la vida esconden insospechadas espinas. El ritual de la infinita vorágine social obliga al hombre a pronunciar palabras huecas, acallando las de su corazón. Torturado por la inquietud, desconoce la calma y la satisfacción. Los jóvenes han perdido todo anclaje y se limitan a flotar a la deriva en el mar de emociones extraviadas; entretanto, sus ma-

yores sufren recordando el despojo de sus ilusiones juveniles y tempranas esperanzas, por obra del Tiempo. Tal es el origen de la secreta melancolía que se oculta detrás de sus sonrisas. El rostro que ofrecen al mundo no es el mismo que muestran a sus pensamientos y deseos, en las solitarias noches de insomnio.

Veo la auténtica señal de la decadencia espiritual en todos los sectores de la sociedad, y sin embargo, abrigo una gran esperanza que expreso con las palabras de Abraham Lincoln: "Y ésto también pasará."

Después de todo, la máxima aristocracia es la del alma. El hombre no es grande por haber nacido con rango social elevado, sino por haber nacido con un alma elevada. Todas las demás aristocracias, por antiguas y prestigiosas que sean, resultan secundarias. Jesucristo, por ejemplo, nos da la pauta de lo dicho. Jamás actuó en el seno de la mejor sociedad. Si mal no recuerdo, fueron precisamente tales círculos los que lo rechazaron. Se mezcló con la peor sociedad, tal vez, porque era tan grande su capacidad de amor, que prefirió vincularse con los huérfanos de amor, antes bien que con aquellos que sólo se aman a sí mismos. Uno de sus discípulos lo negó, por miedo a las autoridades mundanas; no neguemos nosotros al Cristo que llevamos dentro, por temor a la sociedad convencional en la que hemos nacido.

Desperdiciamos nuestros días en el complicado arte de armonizar y adecuarnos a la opinión ajena, en lugar de *SER* nosotros mismos. Hechizados por el juicio del mundo, no nos atrevemos a romper las cadenas para vivir nuestra propia vida. Incluso los jóvenes proclamados por todos como los atrevidos paladines de la destrucción de convenciones sociales, no necesitan de gran coraje pues actúan en grupo, masivamente, y además, no hacen otra cosa que rendirse a emociones incontrolables. Atemperamos nuestra conversación, porque tememos decir la verdad del corazón. Aquél que supere las convenciones heredará su propia alma.

El logro de la auténtica felicidad por medio del proceso de aumentar sus necesidades materiales es la absurda tarea que el hombre se ha impuesto en la actualidad. Las complejidades de

la vida moderna le impiden encontrar su verdadero destino y distraen su atención de la búsqueda interior de la felicidad. Los valores de la vida están erróneamente determinados por pautas unilaterales e injustas, que provocan consecuencias sociales contradictorias. Lo inferior y secundario se convierte en soberano. La sociedad actual está atacada de la enfermedad de la inquietud. Hombres y mujeres sólo hallan felicidad en la constante actividad e incesante excitación. Buscamos alimento en los campos, pero únicamente recogemos paja y rastrojo y despreciamos el trigo.

La sociedad está suspendida de la rueda de la vida y se deja arrastrar sin saber a dónde. Pero hay unos pocos que, colándose al costado de la rueda, exigen, preocupados, que se les diga hacia dónde pretenden llevarlos. Tarde o temprano, obtienen una respuesta. Entonces, encuentran un nuevo y apasionado sentido en la vida; recogen algún raro fruto de su momento en la vida, y no sólo un puñado de cenizas. Ya sea entre los sabios más representativos de la ciencia moderna, ya sea entre los más humildes campesinos, siempre habrá algunos hombres fieles a la visión trascendente que pudieron vislumbrar; hombres que no dudan de la divinidad e inmortalidad del alma; hombres que, finalmente, respetan y observan los ideales exigidos por su visión.

VI

LA CRISIS MUNDIAL

El mundo atraviesa el período de mayor transición de la historia, pero no puede discernirse con claridad cuál será el camino que elegirá. En forma pacífica —si atiende a la luz de la razón—, o dolorosamente —si las circunstancias llegan a imponerse—, el mundo tendrá que tomar una nueva orientación. Se tiene conciencia de la necesidad de un cambio de rumbo, pero se desconoce el sentido hacia el que marchará dicho cambio. Es en épocas como la nuestra, en las que la mayoría de los valores económicos, sociales, políticos y religiosos de la vida nacional, se han debilitado, que los hombres descubren cuán flojos han sido sus apoyos; cuán inseguros sus guías. ¿Quién podrá reprocharles el que miren hacia el futuro con cierto recelo? El barco ha comenzado a moverse, y al parecer, son pocos los que saben en qué dirección flota. Esta época tumultuosa en la que vivimos es un jeroglífico oscuro e inexplicable; la esperanza es el único lujo que nos queda para nuestros momentos agoreros.

El actual estado de la humanidad bien puede expresarse con las palabras del famoso poeta escocés, Burns: "Si bien no puedo ver qué hay más adelante, siento miedo y dudas." Cualquiera individuo medianamente inteligente, comprende que este planeta y sus habitantes han sido arrastrados a una especie de vorágine desde que estalló el conflicto mundial de 1914. Estábamos orgullosos de nuestros veinte siglos de "progreso"; pero, a partir de dicha guerra, nos sentimos humillados e inferiorizados. Nuestro tren corría moderadamente bien, en aquellos días, si bien las ruedas rechinaban espantosamente, de vez en cuando; hasta que, cierta tarde de un agosto fatal que mucha gente jamás podrá olvidar,

los ciudadanos de todas las urbes del mundo fueron sorprendidos por los gritos de los canillitas que voceaban: "¡La guerra ha sido declarada!" La gente común poco sabía acerca de las guerras, y la noticia los golpeó como el estallido de una granada. El nacimiento de toda guerra es la muerte de toda esperanza. Sólo unos pocos —agentes del servicio secreto, con sus orejas pegadas al suelo; líderes políticos sentados en oficinas de frías paredes blancas, desde las cuales envían cables que sumen al mundo en las sombras; guías incapaces de guiarse a sí mismos, y que convierten a sus naciones en víctimas de su debilidad— juegan con la idea de la guerra y la preparan. Cuando sobrevino la Primera Guerra Mundial, al levantarse el telón, todos, hasta los mismos actores, quedaron paralizados por el terror. Hemos visto las escenas sangrientas y los actos de agonía del más grande drama del Teatro de la Historia; drama que alcanzó su climax y final sólo después que las llamas cubrieron al planeta entero, obligando a todos los hombres a soportar la crueldad del fuego. Muchos desaparecieron para siempre; otros quedaron marcados por graves heridas; pero todos, en una u otra medida, alcanzaron a ver a la terrible Némesis que había dispuesto la perdición de la raza humana. El mundo volvió la espalda a Dios y su rostro a Marte; no era justo entonces, que se quejara cuando obtuvo los más amargos frutos de su elección. Sin embargo, pagó un duro precio a Marte, por el privilegio de matar a sus semejantes, mientras su deidad de ese momento se reía por su estupidez en querer abatir a tan fácil víctima. La matanza humana no tuvo paralelo. Samuel, el Ángel de la muerte, recorrió la Tierra de uno al otro extremo, y se sentó a la entrada de la Casa del Hombre. Durante esos amargos años, el terror dominó al mundo. Los más valientes empalidecían, pues se requería una inhumana medida de coraje para luchar contra los perversos frutos de la inventiva humana. El hombre podía luchar contra el hombre, pero no podía hacerlo contra máquinas infernales; contra los asesinos engendros creados por su propio intelecto. Marte descargó sus despiadados golpes sobre sus víctimas, chapoteando en la sangre y las lágrimas, y levantó pirámides de cráneos, como monumentos recordatorios de la pérdida de la buena voluntad entre los hombres. Explotó la burbuja del Progreso, y entonces pudimos darnos cuenta de que el camino materialista que habíamos emprendido, era el resultado de la inspiración de las maquinaciones del Minotauro y de Circe, que habitan la negrura del reino de la perdición.

Luego que la tempestad atravesara el planeta causando los mayores daños, ¿se prosternó la humanidad a los pies de los dioses, en actitud de penitencia? ¿Retornamos a una vida más auténtica? ¿Acaso el mundo, enfermo por el hechizo de la guerra, halló los encantos menos evidentes, de la paz? ¿Organizó una nueva civilización valiosa, con lo que quedaba de la antigua civilización rota en pedazos por los fusiles de guerra? Si bien el mundo había llegado a un estado crucial, sin parangón en la historia; si bien había alcanzado un punto tal de caos y confusión, que bien podía hacer pensar en la posibilidad de un nuevo comienzo más fructífero y constructivo, pronto cayó en los mismos antiguos prejuicios, los mismos errores y bajezas anteriores. Pero, demasiado cansado para insistir en una nueva guerra, el mundo eligió el camino del caos económico. El hermoso tiempo de postguerra, cuyo advenimiento auguraron clamorosamente, periodistas y políticos, jamás apareció. Millones de seres humanos deambulan por el mundo, buscando, con ojos ansiosos, una oportunidad de trabajo; una chance para ganarse su pan y alejar de este modo al terrible espectro del hambre. Otros miles, si bien han conseguido un trabajo, van siendo poco a poco devorados por la preocupación que significa tener que alimentar una familia con lo que apenas alcanza para un sólo hombre. La aborrecible figura de la Enfermedad acecha a las multitudes y se agrega a sus otros males y penurias. Todos buscan la felicidad pero son pocos quienes la encuentran. Todos se han vuelto nerviosos, inquietos, ansiosos, destemplados. Podemos afirmar que la época que finalizó en los primeros días de agosto de 1914, era, pese a sus imperfecciones, una época más segura, más estable y, hasta cierto punto, más satisfactoria que la que ocupó su lugar. Por lo menos uno se levantaba cada mañana sin la amenaza de que el mundo se derrumbara ante sus propios ojos; ya no tenemos una parecida seguridad. De esta manera, con el corazón descontento y la mente insatisfecha, las problemáticas corrientes de nuestras vidas personales se deslizan en el tiempo. Debemos por igual reír y llorar ante el drama vertiginoso de nuestra época; tan vertiginoso es su movimiento, que nadie puede afirmar hoy qué cosa nos traerá el mañana; y tan cambiante, que nadie sabe si se mueve en dirección al infierno o al paraíso. El mundo vive actualmente una especie de película de movimiento acelerado, en la que las secuencias se suceden sin pausa. No se sabe cómo será la próxima escena, ni es posible adivinar cuál será su clímax final.

Por supuesto, hubo un breve y promisorio período, al que, irónicamente, se lo llamó de "reconstrucción", no bien terminó la guerra, cuando todos afirmaban que no volvería a producirse jamás un conflicto semejante; que esa guerra mundial del 14 sería la última guerra de la que hablarían nuestros historiadores. Líderes y guías, y hombres relevantes, estuvieron de acuerdo en declarar —y sin duda eran sinceros al hacerlo— que la guerra había cavado un profundo foso separándonos del pasado; a partir de ese momento, entraríamos en una nueva era, en la cual encontrarían su expresión adecuada, los sueños de los políticos idealistas y las aspiraciones de la gente común. Resulta sorprendente que, en esos momentos memorables, a nadie se le haya ocurrido destruir los antiguos calendarios y señalar el comienzo de un período tan rico en promesas constructivas, a partir del Año I. Ya han transcurrido muchos años; con cada nuevo año, nuestras esperanzas retroceden un paso más. Hoy ninguna persona sensata abriga la tonta e inútil ilusión de que vivimos una era nueva, pues vemos por todas partes las señales que indican la presencia de Marte entre nosotros. La victoria del último conflicto resultó ser un vacío trofeo de vanidad. Europa ha sido burlada por una paz militar: extraño estado de seguridad transitoria. Una simple mirada al estado internacional del mundo, y al estado interno de los países, nos revela que hay suficiente material explosivo como para asegurar intranquilidad antes bien que seguridad. Como si fuéramos clarividentes, leemos, en la esfera de cristal que muestra el futuro de nuestro mundo las terribles señales de Marte, convertidas en signos enmarañados. Tenemos la vaga esperanza de que algún enviado de los dioses aparezca minutos antes de que sea demasiado tarde, si bien este vagaroso optimismo no está justificado precisamente por la lectura de la historia. Sólo unos pocos son tan tontos como para considerar que el presente estado de cosas ha sido canonizado, santificado y bendecido por Dios, de modo que no se trata de un retorno a la oscuridad; sintamos piedad por semejante ceguera. El nuestro es un pueblo prosaico y práctico; la imaginación no es uno de nuestros mejores dones. Pero tampoco hace falta una extraordinaria imaginación para ver cuáles serán las consecuencias de nuestra actual situación, si al mundo llega a faltarle la fe y el coraje necesarios como para plasmar un nuevo comienzo.

¿Cómo pudieron nuestros optimistas hombres de estado cometer este error? Alentaron esperanzas desmedidas; los resultados, para nosotros, fueron demasiado pobres. Ellos vieron un nuevo mundo; nosotros sólo percibíamos el antiguo mundo. La respuesta es aún un enigma, porque insistimos en buscarla donde no está. Culpamos a este o aquel hombre; a este o aquel partido; a esta o aquella raza; en realidad, culpamos por turno a toda cosa o persona, pero jamás acertamos con el verdadero criminal. Si deseáis la verdadera respuesta, no acudáis ni al hombre de estado ni al hombre de negocios; tampoco a los que gozan de prestigio mundano, ni a los campesinos. Acudid, si podéis encontrarlos, al sabio Filósofo y al Profeta.

Los sabios filósofos han desaparecido casi por completo de la vida moderna; no tenemos lugar para las cosas tontas que éstos suelen practicar. Sólo queremos a los hombres ocupados, activos, útiles, que siempre están haciendo cosas prácticas. Pero en la antigüedad siempre había un lugar para los sabios filósofos. Jesús y Buda son sólo los nombres de dos de los más conocidos, pero ha habido otros más. Estos profetas nos hablan en auténtico lenguaje universal, de inspiración divina, y derraman la gracia en nuestros corazones. Unos pocos —muy pocos— pueden todavía hallarse en Oriente, porque allí se conservan aún aquellas antiguas tradiciones en cuyas escalas de valores hay un lugar para dichos profetas. Es verdad que, en la actualidad, los auténticos profetas orientales “cierran su puerta” a los forasteros que carecen de afinidad espiritual; al mismo tiempo, los que se acercan a dichos profetas, armados con las punzantes flechas de la crítica hostil, nada obtienen, a cambio de las molestias que se han tomado para llegar a presencia de los sabios, pues se llevan, al partir, tan sólo un conjunto de falsas nociones. Los profetas orientales valoran demasiado sus grandes hallazgos espirituales, como para desplegarlos delante de quienes no harán de esos hallazgos una valoración similar. Por haberse mantenido apartados de la corriente de la humanidad, están capacitados para ver cuánto de falso hay en ella. Su distanciamiento espiritual les ha otorgado la adecuada perspectiva para juzgar el mundo. Los palpitantes acontecimientos actuales están demasiado próximos a nosotros como para poder dilucidarlos. No nos damos cuenta del sentido latente que poseen respecto de la orientación que tomará nuestro

futuro. El profeta iluminado puede leer el más hondo significado de los acontecimientos presentes, como no podemos hacerlo nosotros, pues él observa, desde fuera del campo, el juego en el que estamos empeñados. Él es un observador imparcial, desprendido, intuitivo. Ve con claridad lo que para nosotros resulta brumoso. No se trata de que él se regodee en los lujos de la indiferencia olímpica, sumido en el silencio del búho, mientras a sus semejantes los abrumba la presión del moderno vivir; lo que en realidad sucede es que él ha aprendido todas las lecciones *esenciales* que la escuela del existir ofrece, y se ha graduado con honores espirituales. No tiene intereses creados y nos dará su opinión sin consideraciones personales. Al expresarse, es libre, sincero, y ningún temor traba su lengua. Preguntadle a él, entonces.

Los tres o cuatro hombres de este tipo, que he encontrado a lo largo de mi vida, me han dado la misma respuesta. Puesto que en este momento, estoy viviendo aquí, en un minúsculo chalet al pie del Arunachala, es oportuno que dé a conocer lo que dijo el Maharishi, sabio filósofo de Arunachala, cuando alguien trajo en su presencia el tema de las condiciones desdichadas de nuestro mundo. El Maharishi, como la mayoría de los sabios filósofos; no se explaya en conferencias o largos discursos. Su conversación es llana y sintética, de modo que su respuesta fue casi brusca, a fuerza de breve. Dijo: "El sufrimiento hace que los hombres se vuelvan hacia su Creador." Pocas palabras que encierran sin embargo, una filosofía completa. Podemos considerarlas triviales si no provinieran de un hombre que sabía muy bien qué decía, debido a su acceso a regiones espirituales fuera de nuestro alcance; regiones en las que Dios es. Pensad insistentemente en dichas palabras y descubriréis que ellas explican por qué nuestros hombres de Estado se han equivocado en sus planteos optimistas, y por qué el mundo vuelve a inclinarse a favor de la guerra. Nuestros líderes y las multitudes por ellos dirigidas podrían haber extraído una provechosa lección de la pasada guerra "volviéndose hacia su Creador." ¿Lo han hecho así? La actual situación del mundo demuestra que no ha sido tal la actitud asumida. En los planes llamados de "reconstrucción", los hombres han omitido el único factor necesario, el único factor vital, que puede asegurar el éxito o el fracaso de dichos planes: ese volvernos hacia el Creador. El tremendo sufrimiento provocado

por el conflicto no fue lo suficientemente profundo como para obligar a tomar esta nueva orientación; no cabe duda de que la lección fue muy mal aprendida. Al mismo tiempo que llenaban sus cabezas con fantasías grandiosas, la omisión del factor X, el factor de los valores espirituales, enredaba sus planes destinándolos al fracaso y la muerte, aun en el momento mismo de su nacimiento. ¿Tendremos que repetir el sufrimiento para aprender la terrible lección de una manera todavía más severa? La Naturaleza siempre está enseñándonos, pero nosotros, no siempre que-remos aprender.

Triste sería que tuviéramos que buscar a tientas nuestro camino a través de una segunda guerra mundial, para hallar por fin la ansiada nueva era de cosas mejores para todos, pero si así sucediera, nuestra sería la culpa.* Sin embargo, no pertenezco al tipo de personas morbosamente pesimistas, para las cuales los acontecimientos nefastos son una fatalidad ineludible; son muchas las veces que aliento cierto grado de esperanzas. Pero, resulta bastante claro que, a menos que aparezca entre nosotros algo nuevo que reviva nuestra agonizante vida espiritual, la existencia se convertirá en una jungla despiadada, y la vida misma perderá sus valores más refinados. Si bien no soy pesimista por naturaleza; si bien creo que el innato corazón del hombre es puro y valioso, no por ello estoy ciego a las fuerzas amenazadoras que nos rodean. Si los dioses permiten que el actual materialismo avance indefinidamente, dentro de dos o tres generaciones, la gente recurrirá al diccionario para descubrir el significado de términos tales como: "espiritualidad", "buena voluntad", "benevolencia", "paz", "altruismo". Nos hemos apartado del camino de la espiritualidad; es necesario que retornemos a él. Continuar más adelante por la simple gravitación de la tradición o la costumbre, es tonto. Retornemos al camino verdadero; esto es lo que nos aconsejan los sabios.

Los dioses están conduciendo al mundo a un callejón sin salida. Nuestro llamado progreso, nuestro aparente movimiento ascendente hacia la perfección, está demostrando ser sólo un ca-

* Véase nota de pág. 27.

mino parcial, y por lo tanto, ilusorio. Todo cuanto nos rodea atestigua a gritos nuestro error al haber despojado a la vida de su corazón espiritual. Avanzamos hacia un callejón cerrado. La Naturaleza traicionada vuelca su venganza sobre nosotros. Toda conquista en la vida material es pagada por el hombre al elevado precio de perder su visión espiritual y las facultades psíquicas. Si el mundo fuera honesto y sincero, reconocería que su situación es la del vencido. Cientos de remedios se han ensayado para curar a nuestra decrepita civilización, desde las furiosas revoluciones hasta las dictaduras totales; pero la enfermedad desafía toda clase de remedios, salvo aquellos que se basan en el reconocimiento de los valores espirituales. Una enfermedad espiritual necesita un remedio igualmente espiritual. Ha desaparecido la visión de Dios en el hombre, visión que hizo surgir a los grandes líderes del pasado, y realizar esas fabulosas hazañas que la historia todavía recuerda. A menos que dicha visión resurja, todo cuanto hagamos resultará dolorosamente inútil. Solamente aquellos hombres capaces de restablecer la visión de Dios en el mundo, poseen el remedio que curaría a nuestra civilización: Hemos trastocado el orden auténtico de las cosas, colocando lo secundario, en primer lugar, y lo de mayor importancia, al final. Es ésta la razón principal de la caótica confusión en que se debate actualmente la humanidad. Los problemas políticos, sociales y económicos, no son más que una fachada que oculta el verdadero problema. Nuestro problema máximo estriba en la equivocada actitud del hombre frente a la vida, y por tanto, frente a sus semejantes. No bien se corrigiera tal error, todo lo demás recuperaría su posición adecuada. Los hombres discuten acerbamente respecto de sus gobiernos, pero olvidan que son ellos mismos la real causa de sus tribulaciones. La desalentadora experiencia de los años de post-guerra demuestra que la humanidad no enfrentó la crisis con adecuado espíritu. Deben descartarse las formas de pensar equivocadas. El mundo no puede eludir la cuestión. Debe aceptar la Regla dorada... o el fracaso. No debemos mirar sólo lo que tengamos cerca de los ojos. La nación que esté ansiosa por ser guiada por ideales superiores, saldrá beneficiada a largo plazo por más que lo nieguen los sabios mundanos. La tarea de espiritualizar nuestros valores; la obra de apuntalamiento de nuestra civilización, con materiales divinos, se justificará plenamente, cuando haya transcurrido el tiempo necesario.

El hombre no puede subsistir si carece de vida superior. Rusia depuso a Dios tan solo para deificar al Comunismo. Puede el hombre pretender que le es indiferente pensar en Dios; puede incluso, declararse ateo intransigente. Sin embargo, no podrá jamás demostrar que su actitud es acertada. Así, aun de manera indirecta, Dios procura hablarle. ¿Es posible, entonces, que los dioses permitan que los millones de seres de este mundo mueran miserablemente llevándose a la tumba sus últimas esperanzas, privados de luz espiritual, y sumidos en el sopor de una existencia puramente material? Los que creemos en la realidad de Su Poder superior, no creemos que esto vaya a suceder. Esperamos la señalada hora del destino, en la cual volverá a brillar la lámpara que ahora está apagada. En ese momento, el hombre, purificado por los sufrimientos, e iluminado por la experiencia superior, se alzarán sobre su estado inferior y pondrá nuevamente de manifiesto la divina soberanía de su ser.

VII

RELIGIÓN

Las masas están lamentablemente atrasadas respecto de los hallazgos de avanzados científicos tales como Einstein, Eddington, Lodge y Jeans. Mientras ellas se han entregado a una inmersión cada vez más profunda en la conciencia material, los científicos mencionados se han elevado hasta un contacto confirmatorio de la verdad de una realidad espiritual. La ciencia, por cierto, se ha vuelto un poco más respetuosa. Sin embargo, no es a las doctrinas religiosas, a las que debe sus progresos, sino a sus propios esfuerzos sinceros. La religión, que antiguamente instruyó a los hombres en la verdad, y les proporcionó alimento espiritual, había llegado a su decadencia total antes de que el hombre desarrollara su intelecto, de modo que hoy no puede contestar satisfactoriamente, a las críticas razonables de que es objeto. Si las doctrinas que en su mezcla, pasan por ser la religión actual, hubieran sido totalmente ciertas, los líderes religiosos no habrían temido el avance de la ciencia.

El científico ha comenzado a descorrer el velo que cubría nuestro universo, y a olfatear la presencia de su Creador.

No soy miembro de ninguna fe religiosa —en el sentido convencional del término—; no soy, pues, ni cristiano, ni judío, ni musulmán, ni hindú. Y debo confesar, francamente, que nací sin ninguna inclinación particular por la religión. Pero soy un creyente de la mayoría de las principales doctrinas, según la interpretación que, creo, es la que sus Fundadores dieron a las mismas.

Soy cristiano, en la medida en que concuerdo con las palabras de San Pablo, cuando dijo: "Y si tengo el don de la profecía, y conozco todos los misterios y todo conocimiento, pero no poseo amor, no soy nada." Soy budista, en el sentido de que comprendo que, como lo afirmó Gautama, sólo es libre el hombre cuando desecha todos sus deseos. Soy judío, en tanto creo profundamente en la siguiente afirmación: "Escucha, oh, Israel, el Señor, nuestro Dios es Uno." Soy hindú, al extremo de creer y practicar la ciencia del yoga, ciencia de la unión con el ser espiritual. Soy musulmán, ya que confío en Alá. Finalmente, soy un creyente de Lao-Tsé, puesto que acepto su percepción de las extrañas paradojas de la vida. Pero más allá de los puntos señalados, no comulgo con dichas religiones, a partir de esas verdades que acepto, en cada caso particular, me vuelvo o regreso, como si fueran barreras limítrofes. No me uniré a los cristianos, en una exaltación de Jesús —a quien sin embargo, amo más profundamente que muchos de ellos—, por encima de la que merecen los demás mensajeros de Dios. No seguiré a los budistas en su negación de las bellezas y placeres que la vida me reserva. No acepto de los judíos el estrecho sometimiento de la mente a observaciones superficiales. No caminaré junto a los hindúes, proclamando su exagerado fatalismo que niega la innata fuerza divina del hombre. No seguiré a los musulmanes, en su fidelidad a la prisión de un libro, por sagrado que éste sea. Por último, tampoco aceptaré de los taoístas, su sistema de mascarada supersticiosa, que remeda aquello que, se supone, todo hombre grande debe honrar. No creo que Dios haya otorgado el monopolio de la Verdad a alguno de nosotros; el sol brilla igualmente para todos. Ninguna raza o país, puede reclamar para sí el monopolio de la Verdad, ya que el soplo divino puede descender sobre los hombres de cualquier región de la Tierra. Ningún credo tiene los derechos exclusivos de la Verdad. Por consiguiente, me coloco, frente a las religiones, en una perspectiva imparcial y sin compromisos. Puedo así, comprender por qué alcanzaron su grandeza, y por qué, en algunos casos, esas doctrinas están en decadencia.

Todo credo y toda secta, creen, con toda honestidad, que el Creador presta especial interés a sus asuntos particulares. De tal manera que, sucesos comunes de todos los días, son convertidos, por la expectativa proclive a todo tipo de grandiosidad con

que se los observa, en regalos especiales de Dios. Los sucesos más insignificantes ascienden a la categoría de milagros. Es necesario precaverse contra tales exageraciones, conservando el necesario sentido de la proporción frente a tales hechos.

Las contiendas formales que separaron en otros tiempos, las distintas sectas cristianas, por ejemplo, hoy están totalmente fuera de lugar. Tales reyertas frívolas deben desaparecer ante la Gran Presencia. Dijo el profeta persa, Abdul Baha: "La religión debería unir a los hombres en todas partes; en lugar de ello, los enemista y separa. La religión ha demostrado ser una navaja, cuando en verdad, debió ser una panacea para todas las heridas del hombre." Los hombres de agudo sentido crítico, observan esto y, en consecuencia, pierden el entusiasmo por aquello a lo que el hombre debería dedicar su más ardiente devoción. La siguiente anécdota resulta un ilustrativo ejemplo de nuestra vida moderna. Hace algunos años, un profesor de la universidad de Londres, preguntó a sus alumnos: "¿Creéis en Dios?". La respuesta fue unánime: "¡No!" Y lo mismo sucedió cuando les preguntó: "¿Sentís la necesidad de creer en Dios?". ¿Debemos culpar a estos estudiantes, por su falta de sentido religioso? Mucha doctrinas teológicas huelen a cementerio; sus decadentes huesos provocan el rechazo de los jóvenes de nuestro siglo. En casi todo el mundo, la religión oficial está en franca decadencia. Ya han sido superadas las oscuras épocas en que la gente era atraída ante la imagen de un dios artificial, y se prosternaba por temor al rayo teológico.

Si bien hemos comenzado por negar a la religión, de manera tan drástica, ello no quiere decir que, junto con el agua jabonosa, hemos de tirar también al niño. Rechazar las supersticiones, absurdos y engaños de la religión, no significa abominar de sus bellezas, verdades y realidades interiores.

Cuando los credos decaen y se consagran al culto de ídolos de madera, entonces la espiritualidad auténtica lanza un triste suspiro... y se aleja. Desde el recto y angosto sendero que Jesús mostró a los hombres, nos vemos hoy enfrentados a una

encrucijada que se abre a trescientos anchos caminos. Cada uno de ellos se dice cristiano; cada uno de ellos se arroga el derecho de conducir al Cielo.

Muchos recuerdan anualmente, el nacimiento de Jesucristo, pero olvidan Sus Principios.

Los teólogos están casi siempre en desacuerdo. Para comprender cuán simple y dulce puede ser la verdad espiritual, sólo necesitamos leer las palabras de Jesús; para comprender, en cambio, cuán tortuosa y repulsiva pueden hacerla los torpes, no tenemos más que leer las equivocadas efusiones de algunos que predicán en Su Nombre. Para conocer la dulzura con la que el hombre espiritualmente fuerte trata al débil, bástenos recordar el episodio de Jesús con María Magdalena; para conocer a qué extremos de crueldad llegan los seudorreligiosos, cuando se trata de juzgar las faltas ajenas, leamos, simplemente, la historia de todas las ciudades, durante el nacimiento del Cristianismo. Dios es un tema sobre el cual los hombres hablan a menudo, pero que rara vez entienden. A medida que leo las rojas páginas de la historia, no encuentro las piadosas obras que Jesús pidió que realizaran sus adeptos. Sin embargo, todo Hamlet tiene su iglesia en Europa, y sus campanas llaman a los devotos. Bajo otra fe, sucedió exactamente lo mismo en la India. Clérigos impasibles y sacerdotes miopes, cuyos corazones están más llenos de muertas doctrinas, que de amor divino, no deberían culpar a la ciencia, al escepticismo, al modernismo o al materialismo, por el alejamiento de los creyentes; son ellos mismos los culpables.

Tal es la amabilidad de algunos clérigos, que, además de aburrirnos con sermones carentes de inspiración, cuando estamos vivos, nos reconfortan, al morir, con tumbas santificadas. Al escuchar los sermones sin vida de algunos clérigos, resulta difícil creer que sientan realmente aquello que pretenden enseñarnos, o que tengan confianza en lo que predicán. Cuesta creer que hayan sido convertidos con Saúl, en el camino a Damasco; o que hayan acompañado estoicamente, a Jesús, delante de Pilatos.

Más bien parecen hombres demasiado atados a la palabra escrita; hombres que hubieran reducido la vida a una estrecha cuestión de escritura y cita; hombres incapaces de confirmar por propia experiencia, las elevadas enseñanzas que intentan difundir. Dueños de una sabiduría sólo mundana, han despojado las palabras de Jesús y de Krishna, de su verdadero significado e implicancias. Otrora, el sacerdote explicaba Dios al hombre; actualmente, se interpone entre Dios y el hombre. El sacerdote del templo de la India es primo carnal del sacerdote o clérigo de la iglesia en Europa. La historia de la mayoría de las religiones es actualmente la misma: sacerdotes sin inspiración predicán en los lugares antes habitados por iluminados profetas. Nuestro desilusionado siglo ha hecho el desagradable descubrimiento de que sus guías espirituales no son necesariamente espirituales; de que, cuando dichos guías bendicen a los ejércitos en pugna, o cuando proponen, con igual vehemencia, políticas contradictorias, simplemente, demuestran ser hombres comunes, como usted o como yo, que ciegamente defienden sus opiniones, tal como lo hace cualquier vulgar mortal. Y también es cierto que los custodios de la religión oficial de cualquier país, fueron los primeros en atacar a la verdadera religión, cuando ésta apareció públicamente, y fue proclamada por los grandes profetas. Puesto que se muestran tan ufanos por defender y sostener una mezcla de caducas supersticiones y endurecidas verdades, no es de esperar que apoyen a la Verdad auténtica.

Cualquier casa barata puede ser, para usted, más sagrada que Jerusalén, siempre que sus pensamientos, mientras la habita, sean elevados espiritualmente. La verdadera santidad está en nosotros mismos, no en paredes de piedra y techos de madera.

Cinco religiones diferentes no son otra cosa que cinco distintas maneras de hablar acerca del mismo Dios.

Cuando una religión sufre su decadencia espiritual, la gente se vuelve demasiado dependiente de las formas anquilosadas, y de una deidad lejana, que controlan los agentes de un sacerdocio carente de iluminación espiritual. Dichos agentes cargan a sus

espaldas el pesado armatoste teológico; los fieles sostienen sobre sus hombros anticuadas frivolidades. Lo que debió haber sido una voz divina para los seres vivientes, se transforma en doctrina oscura y árida, incapaz de satisfacer las verdaderas necesidades, y en constante retorno al muerto pasado. ¿Podemos pues, culpar a los jóvenes por mostrarse indecisos en confiar su destino espiritual a quienes balbucean áridos discursos sobre la divinidad, pero no muestran signos de poseerla en sí mismos? Sacerdotes que pregonan dogmas férreos e intolerantes; predicadores más interesados en el alquiler anual de un banco de iglesia, que en la espiritualización de sí mismos; clérigos prisioneros de doctrinas refutadas, y que sólo pertenecen a sus hábitos; obispos que cometen el error de imaginar que la organización religiosa de un país debe ser apuntalada por el Estado, sostenida por su poder y alimentada por sus finanzas, en lugar de considerar que la Iglesia es la que, con su fuerza e inspiración divina, debe apoyar al Estado; clérigos que derraman su insufrible jerigonza y su santificada payasada, en iglesias semivacías, cuyas paredes devuelven el eco vacío de sus palabras; perseguidores que ni siquiera han entendido el alfabeto de la auténtica religión, y que, por tanto, se hacen merecedores de la cínica frase con la que Montesquieu les pidió, “si no podéis conducirnos como cristianos, ¡comportaos siquiera, como hombres!”... todos estos ciegos servidores de un dios irreal, antes que deplorar los errores de nuestra generación, deberían prestar atención a sus propias equivocaciones.

Cuatro siglos y medio atrás, un hombre se levantó de su más alto trance espiritual, y enseñó a la India la Verdad: “No hay hindúes ni musulmanes.” Y enseñó a los brahmanes que, “un verdadero sacerdote es aquel que conoce a Dios.” Entonces él, el Gurú Nanak, nacido entre los hindúes, fue a la Meca musulmana, y allí dijo al Sheik Farid: “Alá es siempre el motivo de mis esfuerzos, oh, Farid. Alá es siempre mi meta.”

Es mejor acercarse a este tema intrincado, de la manera más directa. Ninguna auténtica iglesia de Dios incita a sus adeptos a odiar a sus semejantes; la que así lo hace es, no importa la índole de sus ritos y dogmas, una institución del diablo. Ninguna organización que se atreva a derramar odio sobre los hombres,

puede esperar que nosotros pensemos que lo hace en nombre de Aquel que dijo, "Sea la paz sobre la Tierra, y buena voluntad sobre todos los hombres." Quizás, el clavo más agudo incrustado al costado del cuerpo del dulce Jesús, haya sido clavado, no en su propia época, sino más tarde, cuando las doctrinas de salvación se predicaron con ayuda de los potros de tortura, las hogueras y los patíbulos. Es mérito de una religión "pagana" como el budismo, el no haber necesitado ni buscado, jamás, propagar el ideal de una vida espiritual, por los medios horrorosos que empleó el cristianismo en sus épocas de oscurantismo; el no haber nunca impuesto sus verdades racionales por intermedio del hacha, ni suprimido la incorregible razón del hombre por otros medios "delicados". Únicamente las pseudoreligiones han intentado difundir sus doctrinas por medio de la tortura física, al sentirse incapaces de imponerse a través de la inteligencia. Agradezco a mi afortunada estrella, el no haber nacido en aquellas épocas en las que los jerarcas de la Iglesia y del Estado consideraban necesario someter a las empulgueras, a hombres descarriados como yo, cada tanto, cuando no decidían empeorar el asunto y darle un final definitivo en la estaca. Y si bien ahora se reemplazan las hogueras con la burla, reconozcamos que es más fácil soportar esta última que el fuego.

Nunca se les ocurre pensar, a la mayoría de los sacerdotes y clérigos, que el místico puede estar mucho más íntimamente comprometido con la obra de Dios, que ellos mismos... aun sin credo, iglesia ni sermones.

Lo cierto es que deberíamos desconfiar y rechazar toda doctrina que, a pesar de proclamar su origen divino, excluya a cualquier criatura de Dios, de su seno o de los consuelos de su credo. Debemos sospechar de aquellos hombres que hablan volublemente acerca de Dios, pero que se comportan como demonios, por sinceros que parezcan sus motivos. Puede parecer extraño al hombre común que le digamos que, no por huir del ateísmo, caiga en brazos del fanatismo; pero esto es lo cierto. Los fanáticos de cualquier religión, procuran adueñarse de Dios en forma exclusiva; los tontos de cualquier credo piensan que Él reduce su ilimitado amor, al particular rebaño al que ellos mismos pertenecen. Pero los hijos de Dios, necesariamente se encontrarán entre los cristianos, los judíos, los musulmanes, los hindúes, los budistas.

y los ateos, es decir, tanto entre quienes pertenecen a un credo, cuanto entre aquellos que no profesan ninguno en particular; hijos de Dios los hay en todas las castas y países: puesto que Él es el Padre supremo de todos, sin excepción; de lo contrario Él no podría ser Dios.

Adima y Heva, de la biblia hindú —*Los Vedas*—, corresponden a Adán y Eva, de la biblia hebrea. Según los eruditos, ambas referencias corresponden a una fuente común; los suspicaces ven en ello sólo un caso de plagio; los intolerantes únicamente perciben un ejemplo de inconsciente impostura y premeditada falsificación. La verdadera historia del primer hombre puede ser revelada para el lego, pero permanece ignorada por el prejuicioso y suspicaz; la verdad desnuda es demasiado ingenua para ambos; debe ser presentada con los coloridos ropajes del mito y la fábula. Así, la primera raza de hombres se reduce al primer hombre ficticio, legendario.

La obtusa piedad formal y la muda aceptación irracional no conciden con nuestras actuales necesidades racionales. Ya han sido superados aquellos antiguos días en los que los guardianes de una religión dogmática, tal como nos lo dice la historia, se convertían, inevitablemente, en carceleros de la mente de los hombres, tratando de detener la corriente ascendente del pensamiento humano. La fe que llegue a guiar el mundo moderno —dondequiera que ella surja y quienquiera sea su inspirador—, tendrá que asumir un aspecto intelectual. Es un hecho lamentable, pero irreversible, el que el actual surgimiento de una época en que impera la razón, está dando fin a aquellos servicios religiosos que carecen del verdadero espíritu de la religión, y a aquellos representantes clericales que sólo sirven al mezcuzino dios de sus intereses personales. Credos a los que se sigue ciegamente; templos en los que los fieles van a dormir más cómodamente que en sus hogares, no satisfacen el moderno temperamento de la gente. Queremos saber el cómo, el por qué y el para qué de todas las cosas, incluso, de la religión. Como encorvadas y ajadas ancianas, las organizaciones religiosas del siglo xx, insisten aun en las antiguas estupideces de aquella irracional versión de las Escrituras hebreas que, hace más de mil años atrás, San Agustín acusó de

demasiado infantiles como para ser creídas. Porque un grupo de israelitas se reunió, por lo menos diez siglos después de Moisés, para codificar sus dispersas tradiciones en un conjunto de libros; y porque un segundo grupo, esta vez de cristianos, hizo lo mismo, tres o cuatro siglos después de Jesucristo, se pretende que millones de hombres dejen de pensar y de utilizar la inteligencia que Dios les dio, para aceptar, como provenientes de Dios, lo que no es otra cosa que una suma de opiniones de hombres muertos ya. Pero las brillantes victorias de Voltaire, quien dominó a la sociedad de su tiempo, con los silogismos de su avasalladora lógica, comenzaron a aclarar la atmósfera enrarecida por los olores de la superstición, y en los años que siguieron a su muerte, otros hombres continuaron la tarea iniciada por Voltaire. Pedirnos que creamos en polvorientos dogmas, simplemente porque son antiguos —poniendo de esta manera, en pugna la fe con la razón—, significa empobrecer hasta la idiotez, el verdadero progreso. La tonta concepción de ignorantes sacerdotes e irrazonables adeptos, de que el mundo comenzó sólo unos pocos miles de años atrás; de que los intrincados y maravillosos seres de la humanidad fueron creados en unos pocos minutos, por la mano de Dios; y de que el alma divina fue luego añadida a esos cuerpos físicos, como una idea que se le ocurrió a Dios después de haberlos creado, todas estas estupideces se están desvaneciendo en el aire, por la acción esclarecedora de las ciencias biológica, geológica y psicológica.

No es necesario que perdamos nuestro sentido común en nombre de la conservación de nuestra conciencia.

Es la nuestra, la época más escéptica de la historia. Vivimos en una atmósfera de ardientes debates y agria desconfianza. Fe es, para muchos, la palabra más tonta del diccionario del siglo veinte. La razón de todo esto es bien sencilla. La crédula estupidez de nuestros antecesores ha creado el escepticismo de hoy. Ahora son minoría aquéllos que aspiran a aceptar la venerable tontería que, mezclada con la verdad, fue, antiguamente, impuesta a los religiosos. La ciencia y la historia han analizado y estudiado los tradicionales testimonios religiosos hasta reducirlos a fragmentos dispersos. Las Escrituras, mezcladas a pintorescas

fábulas y figuras imposibles, junto con auténticas revelaciones adulteradas por estrafalarias supersticiones, no pueden servir al culto siglo xx, a menos que se las corrija y depure. ¿Quién está capacitado para hacer semejante tarea? La verdad debe enseñarse en lenguaje claro y exactitud científica, pues de lo contrario, para nada servirá. La Razón, en ascensión en el horóscopo del hombre, exige que toda presentación de la Verdad sea, pues, racional. Si no puede ser convincente, no debe aceptar, ella misma, que se la lisonjee.

Aunque el universo entero se niegue a su mirada, aun el hombre absolutamente ciego puede ver a Dios.

La nueva fe de nuestro tiempo, ya no exigirá que sus adeptos crean y prediquen una primitiva mezcla de tontería y sabiduría, de ignorancia y verdad, sino, todo lo contrario, es decir, que no se sientan atados a doctrina alguna; que se adueñen por sí mismos de toda la verdad; y que sólo prediquen aquello que les permita la armonía total de sus conciencias y sentido racional. La nueva religión proclamará el advenimiento de un acuerdo entre religión, ciencia y filosofía. La religión debe volverse racional; el racionalismo debe tornarse religioso. Es ésta la solución que la moderna era propondrá. Si alguna ayuda habrán de recibir los hombres del siglo xx, de las antiguas doctrinas, ellos podrán alegrarse de que así suceda, con la condición de poder recibirlas con las manos libres; no se les exigirá que se aten a los códigos de gastados dogmas. Incluso las normas de la vida, sufrirán igual tratamiento. Ya que las normas de otros tiempos, formuladas en escritos sagrados, por quienes, al plasmarlas, no podían prever las condiciones actuales de la existencia del hombre, no tienen por qué ser aceptadas en la época presente. La Divina Sabiduría que, por medio de algunos profetas, produjo el nacimiento de aquellas normas caducas, puede también ahora, producir el surgimiento de nuevas reglas de vida. No es tan impotente como para haberse vuelto muda, después de haber hablado una vez. Y somos los hijos de la época en que nos ha tocado vivir.

Hemos nacido para expresar las ideas y sentimientos del siglo xx, no del siglo iii. Por lo tanto, no es de extrañar que no tenga resonancia alguna en nosotros una religión plasmada para

apelar a los hombres del siglo III. Para que hoy pueda difundirse un sistema formal, tiene que ser absolutamente nuevo. Nuestro futuro está comprometido con el divino Yo Superior, no con aquellas antiguas escrituras cubiertas de polvo. Ya que la religión no es otra cosa que una manifestación de la Verdad. La religión es un cubo lleno de agua que se entrega a un determinado pueblo; la vertiente misma es la Verdad. La vertiente no se agota por dos o tres cubos de agua extraídos de ella, y repartidos entre los hombres. Hundamos nuevamente nuestros recipientes para obtener los adecuados sorbos de agua cristalina propicios para nuestra época. Pero si bien la técnica de la vida espiritual debe cambiar adaptándose a nuestro momento histórico diferente, recordemos que su base es eterna; la renuncia del yo personal en nombre del divino Yo Superior.

El amor es la fuerza más poderosa del universo. Por esta razón, el supremo Ser conquistará finalmente, al mundo. Porque Él ama tanto a Sus criaturas, que éstas se entregarán completamente a Él, algún día.

El mundo moderno no puede asimilar la cruel y cruda doctrina de la eterna condenación. ¿Asimilará, en cambio, la racional y piadosa doctrina de la eterna salvación? Todos habrán de ser salvados y elevados a presencia del Supremo, porque todos contienen el germen de Dios en sus corazones.

VIII

EL INTELLECTO

Si bien prevemos la necesidad de que la religión adopte una estructura intelectual, para poder satisfacer las necesidades actuales, esto no quiere decir que continuemos embarcados en el exagerado culto que hoy se hace del intelecto. Éste tiene, también, evidentes limitaciones y adolece de la misma ceguera —característica de todos los campos en que se desarrolla el conocimiento en nuestros días— de no aceptar dichas limitaciones. El respeto y reverencia al intelecto se vuelven ridículos cuando llegan a extremos inadmisibles: si Jesucristo volviera a reencarnar en nuestra época, no sería raro que se le exigieran títulos universitarios.

Los sabios no necesitan reforzar la Verdad con el círculo vicioso de las argumentaciones.

La riqueza intelectual del mundo entero nos pertenece, y, sin embargo, apenas si somos más sabios que los hombres de otras épocas menos brillantes en este aspecto. Todavía nos preguntamos por qué fue creada la tierra, y cuál es el sentido de la vida. Aun nos gustaría aprender el arte del autocontrol y el método para adquirir una felicidad imperturbable. Todavía nos perturban súbitas ráfagas de pensamientos que atraviesan nuestros cerebros inquietándonos con interrogantes del tipo de: ¿cómo es posible que un Dios piadoso permita la existencia del mal y de los sufrimientos? Todavía hoy, nos agradaría conocer el secreto de la muerte, y poder contestar a la pregunta, “¿es la belleza de la mujer sólo el alimento del gusano?” La vida, que abarca todo

cuanto existe entre lo ilusorio y lo ilimitado, es, también en nuestro tiempo histórico, el problema más abrumador.

Cuando el moderno químico descubrió que el átomo no era la última palabra del aspecto material de las cosas, y que el llamado universo físico desaparecía tras una invisible y prácticamente desconocida Energía, todo profundo pensador debió darse cuenta de que ello significaba el golpe de gracia al evangelio del craso materialismo.

El intelectual materialista insiste en mantener una única posición: parándose sobre su cabeza, estudia el universo tal como lo ve. Al alcanzar a ver sólo la tierra opaca, se apresura a afirmar que ésto es todo lo Existente. Si simplemente se tomara la molestia de invertir su posición, podría contemplar el cielo al mismo tiempo que la tierra, de modo que ganaría una perspectiva más cierta. Claro que exagero en la metáfora empleada, pero me permite dar clara idea de la parcialidad del intelectual materialista al que me refiero. Este individuo emplea las facultades de observación y razonamiento en su estudio del mundo, pero jamás las aplica al conocimiento de sí mismo. Sí, claro está que se interesa intensamente en analizar los aspectos externos del yo —las pasiones y pensamientos que palpitan en su personalidad—, pero no tiene el más absoluto interés en penetrar profundamente para descubrir *quién* está detrás de esa personalidad.

El conocimiento intelectual es bueno como una de las tantas etapas que conducen a la realización del Yo Superior; pero puede convertirse en tumba de nuestras cabezas y corazones.

La lógica es un instrumento notoriamente útil. Con su ayuda, podemos realizar numerosas operaciones necesarias, de índole comercial, doméstica, práctica o profesional. Sin embargo, la historia y la experiencia nos enseñan que más de una vez la lógica fue y es aplicada para sostener mentiras. Los superficiales hallan que la lógica es un medio muy eficaz para darles la razón, aun cuando estén equivocados. De este modo, imponen a la gente

que se deja convencer de cualquier cosa —siempre que se la disfraza con los signos exteriores de la prueba lógica—, todo tipo de falacias. La lógica es un admirable servidor del hombre que la emplee con sabiduría y prudencia; pero como ama, es realmente perniciosa. Al servicio del tonto se vuelve más peligrosa cuanto más aumenta su lucidez. No podemos impedir que los tontos echen mano de su lógica, como prueba de la verdad, así como ellos —a semejanza de Don Quijote—, no pueden dejar de ver leones donde sólo hay molinos. Los rituales de la lógica pueden, con idéntica eficacia, ponerse al servicio de dos doctrinas opuestas. Por consiguiente, si bien no se trata de rechazar tan útil elemento, es necesario emplearlo con cautela. Precisamente, el materialismo depende, para su defensa, del apoyo de este tipo de lógica. Los materialistas han levantado una poderosa superestructura de razonamientos irrefutables; frente a la exactitud de sus razonamientos y a la agudeza de su lógica, no podemos menos que inclinarnos con respeto. Pero, en todos los años que les demandó la construcción de tamaño sistema jamás se les ocurrió la idea de observar la calidad de sus cimientos. Nunca pensaron que muy bien podía suceder, que sus datos fueran parciales y sus premisas incompletas. Ladrillo a ladrillo, fueron colocando las consecuencias resultantes de sus teorías, sin sospechar siquiera, que los postulados básicos de dichas doctrinas eran verdaderos sólo en parte. Esto no significa negar que las conclusiones pueden ser correctas desde el punto de vista que ellos han adoptado; simplemente señalamos que “pararse sobre la propia cabeza” no proporciona las mejores observaciones sobre las cuales debe trabajar la lógica personal. El procedimiento correcto y aconsejable consiste en observar el mundo, primero desde *uno mismo*, pero luego, desde el lado contrario.

Los juicios intelectuales siempre acarrearán dudas y debates, cuando no, la negación total. Sólo es libre y conduce hacia la certidumbre total, la percepción espiritual de las cosas. No me refiero a las teorizaciones teológicas, sino a ese algo que, dentro del hombre, *sabe*. “Dios no razona: ¿Por qué entonces, si usted sabe, habría de razonar?” dice un filósofo hindú. La súbita iluminación de la intuición, constituye la recompensa espiritual del sabio filósofo y lo exime de las largas y laboriosas maquinaciones del razonamiento.

Aunque nuestro mundo haya dicho adiós a la ciega fe espiritual, no tiene que despedirse, igualmente, de la investigación espiritual.

Y sin embargo, quien afirme que la verdad espiritual debe contradecir a toda lógica, está diciendo tonterías. La verdad espiritual es lo suficientemente amplia y grande, como para abarcar y absorber todo tipo de lógica. Toda norma de la divina sabiduría concuerda con los cánones de la lógica verdadera. He transitado por los anchos dominios de la preclara ciencia del profesor Jevons, viajando de las premisas a las conclusiones, y luchando con los enredos del silogismo, pero ni siquiera una sola vez, senti la necesidad de tirar por la borda mi misticismo. Si un intelectual miope me dice que la verdad superior debe ser necesariamente falsa, porque, al ser mística deja de ser lógica, no tengo más remedio que pedirle que procure adquirir una experiencia más profunda de la vida, y que no se limite al estrecho panorama de pan, un libro y una silla. Si sólo ha aplicado su lógica al mundo exterior, y considera que no puede aplicarla con igual éxito al estudio de ninguna expresión de la verdad espiritual, no es esto culpa de la verdad, sino de él mismo. Dejémosle que, apartándose del pequeño rincón de su vida, marche tras la búsqueda y el sufrimiento que todo auténtico místico debe soportar; es muy posible que, con el tiempo, retorne convertido en un hombre silencioso, avergonzado de sus anteriores tonterías, y consciente de la perfecta e irrefutable lógica que penetra en cada rincón y atraviesa toda hendidura de nuestro universo.

El movimiento mecánico de la facultad razonadora ha matado muchas de las verdades que habían comenzado a descubrir hombres semi-intuitivos.

La emoción es una fuerza de mayor empuje que el intelecto. Generalmente tratamos de encontrar la razón de nuestros sentimientos; rara vez, hacemos lo contrario.

No debemos suponer que toda vez que tomamos un libro, adquirimos conocimientos. Muchas veces, los libros tienen un aspecto tan imponente, prometen tal caudal de sabiduría, a través

de sus innumerables citas, que caemos fácilmente en el engaño de creerlos grandes también respecto de su esencia. Suele suceder que la verdadera inteligencia volcada en los libros está en relación inversa a su tamaño. Esos mamotretos impresionantes pueden ayudar a mantener una conversación amena, pero no sirven cuando lo que buscamos es la Verdad. Nada añaden a nuestro auténtico conocimiento, esos estériles intelectuales que se regodean en interminables polémicas y comentarios sobre las más diversas especulaciones teóricas. ¿Por qué habríamos de atender con complacencia a las últimas postulaciones de los profesores cuando, apenas leídas cien páginas de sus elogiados trabajos, nos sentimos a oscuras, como si viajáramos en un subterráneo que, por añadidura no va a ninguna parte? Una simple frase de cinco líneas, de los Upanishads de la India —que tal vez tenga una antigüedad de cinco siglos—, no sólo nos proporciona alimento intelectual, sino que, además, nos entretiene. La última producción de la Universidad no es, por fuerza, la última palabra del Universo.

El intelectual argumenta, mientras que el sabio filósofo anuncia.

La ciencia es algo realmente importante y valioso para el mundo, pero la super-ciencia no es menos importante y además, es infinitamente más valiosa. Así como la facultad intelectual es la base de la cultura científica, la facultad intuitiva es el fundamento de la super-ciencia. Sin embargo, nuestros orgullosos intelectuales no dudan en declarar —por el sólo hecho de que les resulta imposible encerrar lo infinito y lo absoluto, en la pequeña caja de hueso que contiene sus cerebros— que lo infinito y lo absoluto no existen. A tanto llega la temeridad de dichos hombres. Podemos apreciar los notables trabajos de las ciencias experimentales y aplicadas, sin necesidad de tener que admirar, al mismo tiempo, los desastrosos resultados que nos ha traído el total descuido de la super-ciencia espiritual. La total ignorancia que muchos tienen acerca de los hechos más elementales de la existencia humana, es el castigo que soportamos.

A pesar de los eruditos y extensos volúmenes de nuestros profesores, todavía es muy poco lo que conocemos sobre los misterios de la mente. Pero el sabio filósofo, que ha descendido hasta

sus profundidades, podrá explicarnos su verdadera naturaleza, en pocas palabras.

Los físicos actuales ya han explicado la Materia, pero nuestros intelectuales sólo teóricamente pueden seguir estas explicaciones. Sin embargo, hay en el hombre una facultad intuitiva, que si bien por lo general está dormida, puede, de manera absolutamente positiva, los razonamientos científicos acerca de la índole de la Materia. Nuestra conciencia de un mundo sólido depende de los sentidos que, a su vez, se convierten en nuestros medios de captación de la materia. Si pudiéramos sustraer a la conciencia de la acción de los sentidos, por un tiempo determinado, pero sin perder sus facultades de captación necesariamente, tendríamos que sustraerla de la Materia. ¿Qué encontraríamos entonces? ¿Un vacío total? Encontraríamos el mundo espiritual del ser, del que tanto han hablado los grandes videntes y sabios de todos los tiempos. Para lograr esta separación de la conciencia, tenemos que suspender temporariamente la acción del intelecto, y permitir que aflore la desconocida facultad intuitiva. Pero, ¿cuántos de nosotros, exageradamente orgullosos del intelecto y de sus hallazgos, querrían hacerlo? Sin embargo, a menos que aceptemos esta proposición, nunca cumpliremos con el propósito superior de nuestro nacimiento, ni encontraremos jamás, el reino de los cielos.

En la actualidad, el hombre ha estado tan ocupado en el estudio del mundo exterior, que ha olvidado casi por completo, estudiar el mundo interior.

Sería mejor, si ello fuera necesario —aunque no lo es—, que arrojáramos a la hoguera todo nuestro pasado conocimiento, y lo olvidáramos, antes que permitirle que se interponga en el camino de nuestra realización espiritual. El llamado del yo espiritual del hombre, es infinitamente más importante que el reclamo de su máquina mental. Aquél es divino, y cuando se le responde y obedece, proporciona felicidad duradera; el otro es mecánico y únicamente puede proporcionar satisfacción transitoria.

Francamente me siento atemorizado frente a nuestros ensoberbecidos intelectuales. Procuro no discutir nunca con ellos, y

adopto un silencio pitagórico ante sus charlas inconsistentes y torrenciales. Porque tienen una manera tal de usar las palabras, que éstas resultan más sabias que sus pensamientos, de modo que bien puede suceder que sus ideas sean vacías, pero que las sepan envolver en palabras tan profundas y acertadas que, al final, quedamos convencidos de la sabiduría de semejantes intelectuales. Los filósofos mismos tienen la culpa de que en la actualidad no se dé importancia a la filosofía, por considerarse que no hay lugar para ella en medio de los asuntos prácticos de la vida. Las bases del edificio mental filosófico deben ubicarse aquí, entre los acontecimientos de la existencia mundana, y no sólo entre las nociones teóricas que llenan los estantes de las librerías. Tampoco la posesión de una cierta facilidad literaria es prueba de ninguna verdad; a menudo, no es otra cosa que una válvula de escape para el escritor. El intelectual sin evolución espiritual me condena porque no puede comprenderme. Yo lo condeno en cambio, porque lo comprendo. El escéptico que se propone juzgar a un místico, y se acerca en actitud mental de considerarlo tonto o peligroso, cierra esas mismas puertas que piensa va lograr abrir. Puede adoptar el rostro serio de un estudioso, y sin embargo, estar totalmente apartado del auténtico conocimiento, siendo, tan sólo, imitador y repetidor de la opinión ajena.

Mi última crítica a los super-intelectuales es la de que muchas veces rechazan un escrito inspirado, por carecer de fuerza silogística, lo cual equivale a rechazar un diamante por el sólo hecho de encontrarse en estado bruto. La lógica es su dios. Apenas si existe una verdad que pueda resistir el ácido de una lógica bien planteada; un crítico agudo puede destruir la visión auténtica de cualquier hombre. El arzobispo Whately demostró, con graciosa ironía, al publicar su *Dudas históricas respecto de Napoleón* que no hay hecho alguno que no pueda negarse o falsearse, por medio de sólidos planteos lógicos. El super intelectual fabrica su propio camino intelectual y espiritual, y se pasa la vida recorriéndolo. Con el resultado de que acaba por ejemplificar adecuadamente estos versos de Byron:

*¡Qué poco sabemos acerca de nuestro ser!
¡Cuánto menos, aún, respecto de qué llegaremos a ser!*

IX

LA MÚSICA, LA MÁSCARA Y LA PLUMA

El jazz, que en sus orígenes fuera la música bárbara, inculta, de la selva, ahora es la música de nuestra época. Vivimos en un mundo con mentalidad jazzística, en el que todo lo que es ruidoso, todo lo que es vocinglero, será escuchado con interés. La belleza, la dignidad, el refinamiento y la quietud, tienden a ser relegados al olvido, y todos aquellos que amen estas cosas deberán resignarse a esperar su retorno, soportando lo mejor posible la tristeza del aislamiento. Resulta difícil aceptar que el jazz sea una forma musical, por más esfuerzos que hagan renombrados críticos y adeptos, para convencernos de que estamos frente a la expresión más elevada y avanzada de la música. Sin duda, es el ritmo del momento actual, que nos sacude las ruinas de pasados siglos conservados en nuestros cuerpos y corazones; pero no por ello deja de ser un ritmo desagradable. Es un reflejo fiel de nuestra vida moderna, que oculta, con una máscara risueña en la superficie, el amargo grito de las aguas profundas. La miseria y el materialismo de nuestro mundo saxofónico sincroniza adecuadamente con el hecho de que el ronco tambor del jazz, destructor del alma, sea más popular que el dulce y suave violín.

Criticamos toda elevación de la mente y toda nobleza del espíritu, pero nos entregamos al éxtasis de la danza no bien pisamos el lodo del jazz de las plantaciones, pues allí encontramos un ambiente en armonía con nuestro ser. Nos volcamos en su vulgaridad, simplemente porque nos gusta. El jazz y el baile con los que nos rodeamos son, al mismo tiempo que un engaño, una compensación por la falta de espiritualidad en nuestras vidas. El bailar al ritmo estridente del jazz, por más que se lo haga de un modo convencionalmente correcto, permite que el felino de los instintos desatados se deslice bajo nuestra suave piel. La

moral del mundo es tan caótica como la música que prefiere. La música, que puede alcanzar la altura de ser un llamado de Dios para los hombres, se degrada hasta convertirse a un ruido lascivo. La música, que puede llegar a ser una voz divina que nos recuerda nuestro origen espiritual, procura, ahora, retrotraernos salvajemente a un pasado bárbaro. La música, que podría hablarnos del amor ideal del hombre y la mujer, convierte dicho amor en tonterías sentimentales. Yo prefiero escuchar los chirridos de las golondrinas al amanecer, antes que una ruidosa banda de jazz al anochecer, o alejarme del bullicioso mundo para escuchar las sutiles armonías que nos recuerdan nuestro ancestral hogar espiritual. ¿Quién puede oír la música inmortal del *Minuet en G*, de Beethoven, por ejemplo, sin sentir nostalgia por una vida más hermosa, por una existencia más espiritual?

El placer es nuestra fácil sustitución de la felicidad.

El teatro y el cine insisten en su presentación de una sola faceta de la vida, faceta que por añadidura, es de dudosa verdad. Se complacen en brindarnos las aventuras amorosas de hombres y mujeres que sólo piensan en conseguir transitorios idilios. Los maridos son tratados como elementos casi totalmente prescindibles. Si aceptáramos su concepción sofisticada, llegaríamos a convencernos de que las mujeres se casan, tan sólo para gozar del placer de encontrar amantes; que buscan la fidelidad de todos los hombres con excepción de sus maridos; que viven para agradar a todos los maridos, menos al propio; y que son presa fácil para los cazadores modernos de esposas. Si diéramos crédito a los argumentos cinematográficos y teatrales, las esposas modernas no son sino Venus de pies alados en constante tránsito de los brazos de sus maridos a los de sus amantes nocturnos; y los hombres, donjuanes elegantes y alegres, sin otra ocupación que la de buscar a quién seducir, con palabras melosas disfrazadas de auténtico amor.

Esta turbia moralidad puede o no representar la decadencia de nuestra época, pero lo importante es que resulta una forma de sugestión cuyo poder se ignora o se subestima. Es entretenido contemplar en el escenario o en la pantalla, estos idilios apasionados, pero poco favor harán a nuestra moralidad si asistimos

habitualmente al teatro o al cine para ver este tipo de comedias y dramas. La sugestión es una fuerza; la acumulación en un sólo sentido de pensamientos en un sólo sentido, con el tiempo conducirá al que los alienta hacia oscuros callejones que lo llenarán de asombro. La parálisis de lo mejor del hombre, característica de nuestra época, recibe gran apoyo de los escritores teatrales y cinematográficos. Barren los rincones oscuros del crimen y el sexo, y llenan la pala de recoger polvo, para beneficio de sus audiencias. La vida es un inmenso remolino, y la hez sube más rápidamente a la superficie. Dichos escritores confunden la hez con el agua pura. Sexo y crimen constituyen el alimento de sus esfuerzos. Un observador inteligente que llegara de otro planeta deduciría que el crimen y el sexo ocupan la mayor parte de nuestro tiempo. Es posible que nos diviertan las tragedias de crimen y lujuria representadas en el escenario o en la pantalla, pero, en realidad, son atracciones que ofrecen sugestiones inconscientes. El hombre no debe someterse a influencias que lo degraden, sino, por el contrario, debe elevar sus pensamientos y ennoblecer sus emociones.

La jovencita que ha hecho del cine un vicio, suspira por su adorado sheik, o su rudo hombre de las cavernas. Cuando lo consigue, se da cuenta de que es tan sólo un matón. Así queda cruelmente destruido otro romance nacido en el cine. Y si en otros tiempos bastaba con un payaso para divertir al público, ahora nada que no sea un crimen cinematográfico podrá satisfacerlo.

La sensualidad es premiada mientras que la espiritualidad es despreciada. Bien puede esperar convertirse en millonaria, la estrella cinematográfica que representa papeles de jovencita sensual, frívola, presa de emociones pasajeras y apasionados sentimientos; en cambio, sólo puede esperar convertirse en mendigo, aquél sabio altruista que dedique su vida y sus energías a la sublime y noble búsqueda de la Verdad, para su propio bien y para beneficio de la humanidad entera.

Las masas, que en otros tiempos adoraban a Dios y reverenciaban a Sus profetas, ahora se dedican al culto de los cines y veneran a las estrellas de la pantalla. El sexo y el crimen ob-

tienen hoy toda la gloria y adoración. Si se manejara la industria cinematográfica con verdadero acierto, colocándose al timón hombres inspirados y en la pantalla, historias inspiradas, el cine podría ayudar a educar a nuestras masas en el sorprendente descubrimiento de su yo espiritual, la más maravillosa de todas las historias. En lugar de ésto, el cine los ayuda a descuidar todo lo que sea espíritu.

La inteligencia del hombre ha convertido el vicio en virtud. El adulterio, que antes fuera considerado como pecado que debía castigarse, hoy es visto como un aspecto recomendable de toda experiencia matrimonial, si es que vamos a aceptar las normas defendidas por el teatro y cine actuales.

La música, el teatro y el cine, son medios notablemente eficaces para ayudar a las causas constructivas de la vida; todo arte superior puede inspirar al hombre auténtica felicidad y pensamientos más nobles. Por el contrario, el arte actual obliga a las masas a obtener falsas satisfacciones de entretenimientos apócrifos.

Si fuéramos a juzgar por los sucesos más sobresalientes del escenario teatral, concluiríamos que el libertino, el gangster y el falsario, son los héroes de las multitudes. Miramos con avidez las hazañas de un hombre de baja moral, y aplaudimos con entusiasmo las aventuras de un animal al que no dejaríamos entrar en nuestra vida corriente.

Son comunes hoy los libros que expresan con lenguaje noble, los pensamientos viles de seres insignificantes. Preferimos la cama a la literatura. Qué pobre parece nuestra producción literaria actual por falta de esa divina cualidad que animó a tantos y tantos escritores antiguos, pues ellos partían de la realidad de los dioses y tomaban su inspiración de la sagrada fuente del alma. Los libros antiguos conservan muchas verdades vivas escritas en las llamadas lenguas muertas. Hay más sabiduría y sentido común en un sólo volumen de las charlas de Epicteto, conservadas en lengua griega, que en cincuenta volúmenes de muchos notables escritores contemporáneos. Contiene más mensaje y normas directivas, sin carecer de encanto y sin dejar de ser entretenido, en los cuentos de un olvidado libro antiguo, *El Yoga Vasishtha*,

tal como lo escribió en sánscrito el bardo Valmiki, que en bibliotecas enteras de obras actuales muy aplaudidas por el público en general. Descender desde las sutiles inspiraciones de los antiguos para prestar atención a los murmullos mentales de nuestros modernos novelistas, produce muchas veces la sensación de entrar en un hospital de enfermos neurasténicos, o en una corte de divorcio, para escuchar los lascivos testimonios, o en un atestado night-club lleno de parejas ebrias, entregadas a las contorsiones de bailes alocados, o de tomar una mezcla de episodios criminales, como si se tratara de una bebida beneficiosa para la salud.

Nuestra época leerá con agrado los escritos de los audaces egoístas, pero dará vuelta la cabeza ante la promesa aburrida de que un sabio iluminado se atreva a escribir tranquilamente acerca de las verdades que constituyen los cimientos de la vida. Admitimos que las brillantes tonterías de nuestros autores son mejores que las aburridas tonterías de los escritores del siglo pasado, pero ¿dejan por ello, de ser tonterías, lo que dichos autores escriben?

Leer es tomar prestados los pensamientos de otro hombre.

Nuestra mayor ilusión es la desilusión. Imaginamos que estamos desilusionados de la vida, cuando lo cierto es que ni siquiera hemos empezado aun a vivir. Garabateadores y malos escritores sazonan sus novelas con suspirantes soliloquios o llenan el aire con deseos frustrados; puesto que no saben casi nada sobre la vida espiritual —que es lo que da valor a nuestra existencia— están por consiguiente, condenados a mostrar tan sólo las posibilidades sociales del hombre. Colocamos en los estantes de nuestras bibliotecas, las efusiones pueriles de las novelas actuales, pero destinamos poco lugar a los volúmenes de valor eterno. Cuando leemos un libro, viajamos con el alma de otro hombre. Por lo tanto, debiéramos ser tan exigentes con la compañía de las páginas impresas, como lo somos con los hombres y mujeres que pretenden nuestra amistad.

La gente prefiere el cloroformo. Decidle lo que ya sabe o lo que pensó cientos de veces, y se mostrará complacida con vuestros escritos. Ofrecedle algo para tontos, no para hombres inteligentes, y os aplaudirá. Escribid sobre ideas que sólo sean conceptos insustanciales; llenad las páginas con mucha letra y

poco contenido y muy probablemente llegaréis a ser uno de los escritores actuales de mayor prestigio.

Muy pocos son los que escriben para la posteridad; la mayoría lo hace para la prosperidad.

En todo escrito sincero, el autor jamás busca conscientemente ser talentoso; nunca trata de ejercer aquéllos brillantes poderes de ingenio y expresión, que mueven la pluma de los hombres dotados para el arte de la letra escrita. Sin embargo, cuando escribo sobre lo que me parece es sólo la más sencilla y obvia expresión de la verdad, los críticos me sorprenden al decir: "¡Está tratando de ser inteligente!"

Las agudas ocurrencias del cínico pueden ser divertidas, pero a menos que se complementen con las inspiradas intuiciones del profeta, contribuyen en nada al esfuerzo constructivo que ofrezca ayuda a la necesitada humanidad. La crítica debiera ser constructiva; no tendría que degenerar en simple vituperio; tampoco debiera reemplazar la controversia con las agrias quejas. Ni, para propagar una sola verdad, es necesario derribar todas las otras verdades, o convertirse en un escritor semejante a esos autores que parecen escribir a través de un megáfono.

Nuestros inteligentes contemporáneos no se aburren leyendo toda clase de hojarasca refinada, pero en cambio no soportan los libros que hablan de la vida inmortal.

Se equivocan quienes consideran que son "misteriosos" los libros escalofriantes sobre episodios criminales; por lo general son vulgares e insustanciales. Creemos que hemos dado un paso adelante, a este respecto, aventajando a nuestros tímidos antepasados. Nos vanagloriamos de que la vida y la literatura de nuestro siglo veinte son más interesantes. En realidad, no hay en esta época, verdaderos misterios que merezcan la pena de convertirse en temas literarios. En cambio, entre la mayoría de las antiguas naciones había verdaderos "misterios antiguos", que se referían a muchos secretos físicos y espirituales, que debían cuidar.

En la antigüedad, un libro generalmente ocupaba su lugar en la literatura; actualmente, muchos de los pretendidos libros no son otra cosa que un artículo periodístico extenso, un trozo de diario, que surten de información a aquéllos que sólo pueden leer estas fragmentarias piezas de conocimiento superficial, y que cierran los ojos a las brillantes estrellas del firmamento literario, que son las que iluminan el alma del hombre introduciendo la belleza en su vida. Los que tienen mente de enanitos sólo pueden apreciar la superficie de la vida. Son los que por lo general escatiman el tiempo requerido por un intenso libro, pletórico de sentido, y que por tanto, impone a quienes lo leen con provecho un poco más de esfuerzo mental.

Gustamos de los libros que piensan por nosotros. Siempre que, claro está no lo hagan demasiado profundamente. Y preferimos al autor que confunde las perturbaciones moleculares de su cerebro con los pensamientos creativos.

“La pluma es más poderosa que la espada.” No es de mi incumbencia —pacífico ciudadano como soy— el discutir esta idealista afirmación. Sin embargo, en tiempos de guerra, incluso la pequeña granada de mano puede demostrar que es más poderosa que un párrafo.

Las flores de la literatura sólo pueden brotar para aquellos que aprecian los encantos del estilo, la dignidad del verdadero conocimiento, y la inspiración de los pensamientos profundos. Los mercaderes de la palabra que trabajan para halagar el gusto del momento, es decir, para satisfacer lo vulgar y profano, no merecen el nombre de escritores. Para beneficio de sus almas sería mejor que emplearan las manos en empujar un arado que en sostener la pluma. Desde la serena literatura trascendental de siglos pasados hasta la saxofónica literatura de la época actual se ha cumplido una larga etapa, que va desde los eternos valores al materialismo más crudo. Los autores antiguos han levantado mejores rascacielos que los construidos por Norteamérica, ya que seguramente perdurarán mientras existan entre nosotros inteli-

gencia y buenos sentimientos, mientras que a las altas torres erigidas por la arquitectura pronto les llegará su hora.

Algunos nacen escritores; otros, ¡siguen cursos por correspondencia!

La fábula es una forma literaria que ha caído en desuso pero que los antiguos apreciaban en toda su real importancia. El mundo ha abandonado esta expresiva forma condensada, por las novelas voluminosas y los gruesos libros de ensayo, pero creo que algún día comprenderá su grave error. Hay lugar en la literatura para estas tres formas. Ya que el fabulista transmite valiosa sabiduría de una manera amena y entretenida. Instruye al descarriado y amonesta al débil, sin aburrirlos.

La prensa no necesita perder sus modales para cumplir con su deber de proporcionar información al público; no necesita convertir la vida privada de un hombre en un secreto público, contra su voluntad, ni extraer su fortuna de la vergüenza, tragedia o desventura de nuestras vidas. Una prensa limpia y sana ayuda a formar ciudadanos sanos y limpios. Aquellos que exageran las noticias más sencillas, que buscan el sensacionalismo, que sacrifican la verdad y la decencia a favor de las acrobacias verbales, que se solazan en flaquezas y sensualidades, no cumplen con sus responsabilidades. La página impresa se ha convertido, en gran medida, en un moderno púlpito. ¿Qué tipo de sermones predicán los periódicos de nuestra época?

Nuestros diarios no pueden dedicar suficiente espacio a los asuntos más importantes porque dedican demasiado lugar a las cuestiones triviales. No hay a este respecto, una proporción equilibrada. La patética persecución de la simple velocidad está magníficamente ejemplificada por la prensa diaria, que envenena nuestras vidas con excitaciones frívolas. Todo suceso cuenta con la breve y pasajera vida que le da la información periodística; pero en cuanto deja de ser noticia, desaparece del recuerdo de un público demasiado débil como para resistir la siguiente sensa-

ción que le impone la prensa. Un romance nocturno, especialmente si tiene visos de escándalo, conmueve a miles de corazones que leen la noticia, a la que se destinan varias columnas, mientras que un tema vital, del cual depende la felicidad de la humanidad toda, es desarrollado en pocas líneas, si es que no se lo ignora totalmente, en el temor de que el público semiletrado se muestre indiferente frente a semejante tópico.

Periodista es el hombre que puede formular, en una noticia de cinco minutos, una adecuada opinión sobre cualquier tema, incluso, sobre aquellos grandes problemas que durante siglos han preocupado y ocasionado la desesperación de los más grandes filósofos de todas las épocas.

Los editores de diarios se preocupan tan sólo por librar a sus respectivos periódicos de todo tema aburrido, y así, únicamente publican noticias acerca de cuestiones incidentales o anormales de la vida. En lugar de informar sobre los matrimonios que se disuelven, deberían los diarios dar cuenta de aquellos matrimonios que por ser felices no se divorcian; de esta manera, darían una imagen mucho más constructiva del mundo que nos rodea. En vez de dar los más escalofriantes detalles sobre la agonía de un hombre asesinado, deberían relatar cómo la dicha regresó a la existencia de un hombre vivo. No tendrían que regodearse en prolijas descripciones de asuntos desagradables, a los cuales —si no tuvieran otro remedio que dar a conocer— sólo unas pocas líneas deberían dedicar, dando la información más escueta sobre el asunto. En lugar de convertir en héroe al jockey que gana una carrera en quince minutos, resultaría mucho más importante que procuraran hallar a un auténtico héroe de la vida interior. En vez de fomentar los odios nacionales e internacionales, deberían esforzarse por propagar la buena voluntad entre los pueblos.

Podría suponerse que no tendría cabida en nuestro mundo actual, aquél periódico que se dedicara únicamente a publicar cuestiones serias, dejando de lado las corrientes estupideces, crímenes y sensacionalismos de toda especie, pero yo no estoy de acuerdo con dicha opinión. Un diario publicado sobre la base de la espiritualidad en acción; que hablara a las masas de la Verdad, y que no tuviera miedo de trabajar a favor de los ideales

espirituales; que aplicara los principios del espíritu en su manejo de los asuntos materiales; que uniera conciencia a coraje, e inspiración a opinión, sorprendería a todos con su gran éxito. Podría llegar a convertirse en una profética voz clamando en el desierto del moderno materialismo, en un dedo señalando hacia el futuro de la humanidad, y si cumpliera su trabajo adecuadamente, no tendría por qué fracasar. Los reporteros se dedicarían a buscar noticias que fueran del agrado de las personas decentes, y hablarían sólo de los movimientos que trabajaran para el bien común, y de los hombres y mujeres que fueran benefactores de la humanidad. Encontrarían cientos de historias publicables, sobre el Bien, la Verdad y la Belleza. Muchos escritores que no son meros mercenarios, que poseen elevados ideales, y que comprenden cuál es su papel en la nueva sociedad, colaborarían gustosos con un periódico del tipo descripto. ¿Qué otra tarea superior encontrarían ellos, que ésta de contribuir al resurgimiento espiritual de su raza, de su país? En esto consiste el verdadero patriotismo, que no es esa cosa mezquina que favorece el odio hacia las demás naciones, en nombre de la propia. La primera misión de un periódico debería ser la de ofrecer a la gente un claro espejo de la vida; actualmente se ha convertido en un poderoso hacedor de vida.

Muchas veces se dice que es necesario abandonar los ideales, si es que el artista creador no se conforma con ganar tan sólo para su pan diario. Carlyle definió cierta vez el genio como la capacidad de soportar infinitas penurias. Es muy probable que muchos genios no estén de acuerdo con él y que digan: ¡Genio es la capacidad de soportar una paga infinitesimal! El artista inspirado llega a una crisis angustiosa en el momento en que debe optar entre unirse a los más para ganar dinero o consagrarse a su obra y arrastrar para siempre una vida penosa. Si, como sucede casi siempre, gana la opción el trabajo mejor remunerado, y se aleja derrotado su otro yo idealista, transformándose su rebelión en resignación, deberíamos a pesar de ello, reconocer la verdadera naturaleza de su lucha, y respetar la sublime fuente que lo indujo a semejante elección.

¡Hay destinos peores para el escritor sincero que el de convertirse en su único lector!

X

SOLEDAD Y OCIO

No podemos escapar de la soledad esencial de nuestra índole individual. Podemos intentar cubrirla con deberes sociales, trabajo, ataduras personales y pensamientos convencionales. Pero en las crisis culminantes de la vida o en las profundidades de nuestras agonías, descubrimos que estamos ineludiblemente solos, que hemos cambiado la fuerza del alma por un estado de espinas y zarzas. La naturaleza nos ha impuesto esta condición, pero durante largos períodos, la sociedad logra ocultárnosla. En realidad, somos seres solitarios. Sufrimos porque nos negamos a reconocer este hecho y porque intentamos en todo momento eludir con engaños esta condición que la naturaleza nos impone. Pero no bien la admitimos y reconocemos recibimos mayor fuerza y un renovado sentimiento de paz. "El hombre más fuerte es el que permanece más sólo", dice el dramaturgo escandinavo, Ibsen, en frase que con frecuencia viene a mi mente. Esta frase sugiere una cadena de profundas verdades. No se trata de que sea necesario, para estar sólo, convertirse en un recluso alejado del mundo. Se trata de una soledad espiritual, una independencia viril, que el hombre lleva consigo en medio de los atareados lugares del mundo, y que es tan positiva y real, como la soledad que pueda lograr en un aislado retiro. Existe una profunda razón para esta interior soledad del hombre; el logro del reino de los Cielos—ese secreto fin de la vida— requiere el alejamiento de toda dependencia por parte de nuestros semejantes, para que sólo dependamos del Poder Superior que los hombres llaman Dios. ¿Y acaso no nos dice Jesucristo que el Reino está dentro de nosotros? Dicho apartamiento necesariamente nos obliga continuamente a dirigirnos hacia nuestro yo interior, por lo tanto la aceptación de la soledad es tan deseable como la sociedad.

Es difícil ocuparse sólo de los propios asuntos y, fundamentalmente, del principal asunto. . . pero vale la pena hacerlo. Prestad atención a vuestro yo interior, vuestro Yo Superior, y entonces los problemas y cargas de la existencia serán serenamente resueltos por su influencia. Jesucristo dijo esto mismo en forma de parábolas que los más inteligentes teólogos no supieron interpretar.

Lo que puede afirmarse respecto del genio cuadra también, aunque en grado menor, al hombre común. Si el genio quiere ser leal a sí mismo, deberá aislarse del mundo y alimentar su vida interior con la meditación solitaria. ¿Dónde si no en su propia originalidad encontrará las maravillas de su creación? La intuición que logra en la soledad es la verdadera visión. No es menos cierto que el hombre común se encontrará a sí mismo en la soledad y se perderá en la sociedad. Cuando vuelve la espalda a sus semejantes y penetra en el oscuro corredor de la soledad, puede llegar a su yo interior. Pero son pocos los que están preparados para aceptar esta idea, y todo apóstol de la soledad clama en vano en el desierto. Hemos erigido a la sociedad en ídolo, y nos prosternamos ante su estúpido rostro, olvidando así el culto de la divinidad que yace en nuestro interior. Los mejores hombres no son gregarios; son lo suficientemente fuertes como para permanecer fieles a sí mismos. Pero los otros —los que constituyen mayoría— viven congregados en sus casas, se reúnen en clubes y sociedades, se juntan y vuelven a juntarse. La soledad implica fuerza; depender de la presencia de la multitud es debilidad. El hombre que necesita de la masa para conmovirse, es más débil de lo que supone. El instinto gregario nos esclaviza, cuando sentimos la necesidad de correr a toda hora tras nuestros semejantes con el objeto de asegurarnos apoyo para nuestras existencias. Es mejor desconfiar de la fácil *camaradería* de hombres superficiales y moverse con prudencia entre ellos, sabiendo que la secreta vida espiritual nos mantiene apartados de ellos.

El fundador de la orden jesuítica conocía muy bien el valor de la soledad. “Cuanto más sola se encuentra el alma en reclusión” enseñaba a sus discípulos “mejor se capacita para alcanzar a su Creador y Señor, y cuanto más se acerca de este modo a Él,

mejor se capacita para recibir los dones y gracias de su Dios". La soledad parece un camino algo triste que conduce a la casa de la sabiduría espiritual, y así debe parecernos algunos años. Pero cuando el alma aspirante retrocede para unirse a la compañía de sus semejantes, se aburre y se apresura a regresar a su vigilia solitaria, para volver a ganar su integridad central. La verdad es que en su camino de evolución el hombre deberá algún día elegir entre la solitaria vida del yo superior y la existencia gregaria de la carne. El brillante sol que siguen, los atrae hacia un sendero solitario. Y aunque pensemos que recorreremos solos el gris mundo, si somos sinceros, reconoceremos que no es así. Espíritus rectores se acercan para consolarnos; pensamientos amistosos llegan para acompañarnos; extrañas, invisibles manos surgen de la oscuridad para prestarnos su ayuda; figuras angelicales nos guiarán; y si nos quedamos quietos, oiremos voces apenas audibles que, abriéndose paso a través del silencio que antes nos resultara temible, murmuran palabras de consuelo y aliento.

Así pues, una prudente soledad fomenta el desarrollo del alma, mantiene la mente libre de pensamientos insignificantes, y madura la sutil cualidad de la independencia mental. Seguid sólo vuestro camino y sin duda llegaréis a algún sitio. Porque la soledad no es tristeza, abandono y aburrimiento. Estar sólo es estar en compañía de quienes nada entienden de los asuntos espirituales. Pero en soledad podemos poblar nuestro derredor con pensamientos, si así lo queremos, y además, tenemos por compañero a nuestro Yo superior. "Dejadme sola" —grita la langosta en la obra de Kingsley *Las criaturas del agua*—, "quiero pensar!", demostrando que es un instinto natural el buscar la soledad cuando se siente la necesidad de meditar. "He aprendido más —dijo Sir Thomas Palmer, el talentoso amigo de Cranmer, mientras se preparaba a inclinar la cabeza bajo el hecha del verdugo— en un oscuro rincón de la Torre, que recorriendo Europa". En alguna parte de la Biblia figura la siguiente frase: "Y él subió a la montaña para rezar, sólo consigo mismo."

Muchos sabios orientales encuentran mejor amistad en sus propias mentes que en sociedad. Nos burlamos de los hombres que se alejan de las atestadas y bulliciosas ciudades para gozar

de los lugares solitarios. Hablamos tontamente de su cobardía. Pero aceptar el aliento gregario de la multitud puede ser un acto más fácil que el de retirarse para enfrentarse a solas con uno mismo. ¿Quién conoce en realidad esa soledad que podría fácilmente enloquecer a los hombres superficiales pero que proporciona a otros la auténtica salud? Sentimos temor ante la simple sugestión de apartarnos de las multitudes y vivir solos, aunque sepamos que estaremos a salvo de todo peligro. El sabio que se sienta a meditar en perfecta armonía con los mejores pensamientos y los ideales más nobles, jamás está sólo aunque viva en una selva. Equivaldría a decir que está sólo el sol. Porque dicho sabio puede olvidar provechosamente el mundo, sabiendo que así puede recordarse a sí mismo, a su verdadero yo, el Yo superior. Bacon no fue indebidamente áspero cuando calificó a la sociedad con esta frase mordaz: "Una multitud no es compañía; los rostros no son otra cosa que una galería de figuras que emiten en lugar de palabras de amor, el metálico sonido de címbalos."

Tu yo es sagrado; sé fiel a él.

El hermano de la soledad es el ocio y el campo es su primo. Quienes viven en las populosas ciudades harían bien en ir cada tanto a algún bosque tranquilo, o a las orillas de algún sereno río, no sólo para respirar aire puro, sino también para encontrar belleza, luz y verdad... a menos que estén muertos para tales cosas. Muchos hombres, al abandonar las ciudades atestadas de gente y de automóviles, se sienten perdidos cuando llegan al campo. La naturaleza verde paraliza sus mentes. La naturaleza no les dice ninguna palabra inteligente, ni ofrece a sus ojos, ningún espectáculo encantador. La vida de pronto se detiene convirtiéndose en un desagradable vacío y el tiempo en un compañero aburrido.

El alma puede hablarnos en momentos de quieta meditación y de sereno relajamiento de toda tensión. En realidad, siempre nos habla, pero su voz se torna inaudible y su rostro, invisible, en medio de la existencia apresurada y febril que es el modo habitual de vida de casi todos los hombres de nuestra época.

Gustosamente pondría el cielo entre mi persona y las grandes ciudades, para encontrar en las soledades de la tranquila y pintoresca campiña, la grandiosa atmósfera que me niegan las angostas calles de cualquier ciudad. Haría lo que el alma me exigiera, en la seguridad de que no tendría que arrepentirme. Porque sé que hay una vida que merece la pena vivirse, y que se desarrolla mejor entre los árboles y en medio de los verdes campos, donde es posible encontrar una reproducción externa de la central serenidad del alma. No necesito de la populosa ciudad para estar alegre. La naturaleza misma es el mejor tranquilizante y el mejor excitante. Al contemplar las mariposas posarse en los arbustos, o descansando junto a un arroyo, dejando que los ojos se aquieten en la contemplación de las flores que brillan al sol, la más pura paz proporciona a mi mente lo mejor de la vida. Cada árbol y cada brizna de hierba me hablan palabras más sinceras que las que jamás he oído de boca de los hombres. Recuerdo con nostalgia mi exilio asiático, cuando el chirriar de los grillos me sonaba a música. Una simple puesta de sol descendiendo sobre un agradable paisaje producía en mí un estado de ánimo más sublime que el suscitado por cientos de sermones. Una caminata por bosques llenos de hojas y por silenciosos campos en otoño; un breve descanso en una pradera olorosa de heno bajo el sol de junio; una cita con algún atardecer sobre la cresta de una colina... todos estos lugares me proporcionaron los placeres de un secreto bálsamo y nunca encontré allí soledad alguna. Y lo mejor de todo era que podía ser yo mismo, sin tener que mover constantemente la lengua para hablar inútilmente.

Para mí el Támesis ha sido tan sagrado como el Ganges. Este barroso río fue siempre una gran compañía: la naturaleza era mi pariente y su belleza mi modelo. Deambulando por sus herbosas orillas en tardes soleadas, cuando el viejo Sol me tentaba a abandonar mi trabajo por un día; dejándome llevar por la corriente, navegando en las afueras de Richmond, y sentándome luego en un sitio apartado, hundía entonces mi mente en la indescriptible Fuente infinita y... antes de una hora era yo admitido en la serena conciencia y misteriosa dimensión de la divinidad. Para mí el Támesis correrá siempre por la asegurada paz del Paraíso y será un río de sagrados recuerdos. Ahora camino

junto a un río mas ancho, y el sol que me empuja hacia allá
brilla en un mundo más extraño que el que nos pertenece.

Tal es la sensación de amistad que emana de un arroyo; tal la embriaguez que se siente en la ladera de una colina; tal la estabilidad que surge de los árboles; y tal el encanto que brindan las flores, que uno se siente arrastrado hacia estas cosas cuando se busca paz para el alma o inspiración para la vida. Incluso en Oriente, los bosques, las colinas, las orillas de los ríos y los jardines, son los lugares que los sabios recomiendan a sus discípulos como los más indicados para practicar la meditación. Elegid algún pequeño arroyo o río, sobre cuya superficie tal vez floten algunas hojas y flores secas, a donde podáis escaparos por una hora o dos, para soñar sobre cuestiones divinas. Nacerá en vosotros, en ese lugar, una pasión por la soledad y una capacidad de aprecio de la simple belleza, que vuestros descensos en sociedad no harán más que reafirmar. La naturaleza se convertirá en uno de vuestros mejores amigos y, en todos los años de esa larguísima amistad, ella jamás os dejará "caer". Cuando las preocupaciones y problemas resulten superiores a vuestras fuerzas, no tendréis más que volver a ella y encontraréis el abrazo reconfortante de su consuelo.

Las águilas anidan en las altas rocas de las solitarias montañas, pero las cotorras proliferan en las grandes ciudades.

*No tenemos tiempo para detenernos,
no tenemos tiempo para sentarnos bajo las ramas,
a mirar largamente el paisaje, como lo
hacen las ovejas y las vacas. . .*

canta el poeta vagabundo, W. H. Davies. El ocio es un verdadero lujo. Pero un lujo que hay que saber usar, ya que debe convertirse en una oportunidad para el retorno espiritual y no para las excitaciones ruidosas, si es que va a beneficiarnos. La quietud es el comienzo de la sabiduría. Las estrellas no hacen ruido alguno para cumplir con su trabajo. El poder llega de y después de la paz. Agotamos nuestros recursos en una vida incesante-

mente centrífuga. La prudente naturaleza nos ha impuesto el dormir, porque aún no hemos aprendido a equilibrar nuestra actividad externa con el reposo centrípeto. Incluso las horas que dedicamos al llamado ocio vibran a causa de febriles estimulantes y tensiones nerviosas. De esta manera la batería humana se ve disminuida en su poder. Muchos de nosotros enfrentaríamos con más placer cualquier tipo de peligro físico con tal de no tener que sentarnos durante una o dos horas para buscar un estado de ánimo superior. Pero los hombres deben pagar su precio por su pasión por la actividad —ya sea en el trabajo o en el pseudo-ocio—. En medio de la agitación y barullo del mundo moderno occidental, claro está que resulta tarea muy ardua el procurar invertir el esfuerzo propio, apartándose del apego a las cosas. Pero no deberíamos permitir que el polvo de nuestra inquieta existencia oscureciera nuestra visión espiritual. Es necesario que nos beneficiemos de nuestro ocio y que con la mayor frecuencia posible, nos separemos de la interminable sucesión de hechos a la que tontamente consideramos como la totalidad de nuestra vida. Es necesario que toda vez que podamos hacerlo nos tomemos un rato de descanso: una hora de quietud y felicidad, libre y sin programas premeditados, rescatada de las serviles servidumbres de la vida ciudadana y también de la sujeción al reloj.

El árbol del silencio puede producir las peras de la sabiduría, si lo regamos en soledad.

¿Por qué perder la auténtica fragancia de la vida en nombre de pseudo-sensaciones?

El mundo quiere que nos sumerjamos totalmente en sus asuntos y placeres. Deberíamos exigir la total libertad de no hacerlo cuando no lo deseemos, y prohibir al mundo que nos ensordeciera cuando queremos estar en paz. Un camino para lograrlo es el ocio, que puede proporcionar grandes ventajas al abrumado hombre contemporáneo. Mientras la vida lo tiene atrapado en la infinita procesión de los sucesos transitorios, ese hombre no puede adquirir una verdadera perspectiva. La tensión nerviosa, el apuro, la angustia, aparecen dibujados en su piel, sus ojos, su boca. Atozga sus días con actividades de robot que le impiden todo pro-

greso interior. Está muy apurado, y sin embargo, mientras acelera las ruedas de su existencia, la naturaleza se niega friamente a aumentar la velocidad de su propio ritmo.

Estamos tan ocupados en adquirir cosas que no tenemos tiempo de entrar en posesión de nosotros mismos.

Si bien trabajo mucho más que el común de los hombres, siento gran simpatía por un hombre de Florida que solía permanecer sentado durante horas enteras sobre un tronco cortado. Cuando se le preguntaba de qué se ocupaba, contestaba con toda calma, ¿que no podía desperdiciar su tiempo trabajando! ¿Estaría ocupado en comunicarse con su Yo superior? ¿Acaso alguien sabe qué ricos dones recibiría de sus solitarios soliloquios?

Conocer el Yo superior equivale a conocer la profunda e inamovible paz que hay en el centro de nuestro ser.

Es preciso que permanezcamos quietos y alertas durante una hora, si es que aspiramos a que el Yo superior nos hable; pero si todo nuestro día está comprometido con una incesante actividad, ya sea en el trabajo o durante los momentos de ocio, ¿quién si no nosotros mismos tiene la culpa de que suframos del corazón y de desajustes mentales? Como primera medida, debemos liberarnos por un breve período diario de la red de actividad continua. Demonios burlones nos persiguen a lo largo de nuestra vigilia, impulsándonos a hacer continuamente una tarea o a correr tras algún placer. A menos que los aparemos por una hora diaria, ¿cómo llegaremos a ese profundo conocimiento de nosotros mismos que sólo se encuentra en la quietud del cuerpo y en el descanso de la meditación?

Es tanto el tiempo que dedicamos en nuestros ocios a lo que no vale realmente la pena, que poco tiempo nos queda para consagrarlo a lo que auténticamente interesa.

Nos enloquece la velocidad. Corremos lo más ligero posible, pero, ¿hacia dónde? El ocio es un arte que el mundo moderno

ha perdido. A toda carrera nos metemos en nuestros autos para correr a cuarenta millas por hora, para huir de nosotros mismos, de nuestro Yo superior, que podría aparecer con aire acusador, en el caso de que dedicáramos una hora a la serena meditación. La tarea demoledora que iniciara Voltaire es hábilmente continuada por el automóvil. A la destrucción de lo falso que contiene un credo, sigue la destrucción de lo que es válido en dicho credo: el hecho incuestionable de que si el hombre quiere *vivir*, debe comunicarse con su Creador. Y puesto que son muy pocos los que van a la iglesia para buscar esta comunicación, sólo queda un lugar donde poder lograrla: dentro de nuestra naturaleza divina, el Yo superior. Mientras que nuestros automóviles nos hacen recorrer enormes distancias, tan sólo para convertir nuestro ocio en otra forma de actividad más intensa que la que realizamos habitualmente; de esta manera, jamás nos llevan a ninguna parte. Nuestros cuerpos se sacuden de un lado para el otro, en tanto el alma permanece inerte, sin haber adelantado un sólo paso. El automóvil bien podría proporcionarnos un descanso adecuado, si nos llevara a algún bosque, o pradera o río, donde la mente pudiera hallar unos momentos de elevada soledad. ¿Con qué propósito acumulamos tantos caballos de fuerza, si no existimos para otro fin que no sea el del divino viaje hacia el descubrimiento del Yo superior? Éste habita interiormente en estado de indiferente ecuanimidad.

Todos nuestros viajes siguen una trayectoria circular, ya que, dondequiera vayamos sólo logramos llegar a nosotros mismos.

Es cierto que en la actualidad, muchos de nosotros creemos que nuestra intensa actividad está determinada por circunstancias inexorables. Sin embargo, una correcta actitud hacia nuestro yo y nuestro medio ambiente, nos permitiría una cabal comprensión de la suprema importancia de nuestro ocio privado, comprensión que nos conduciría a tomarnos un descanso cuando no tenemos tiempo para ello. Comprobaríamos claramente, que incluso una media hora rescatada de la vorágine diaria del trabajo, el placer o del tiempo desperdiciado, y orientada hacia el elevado propósito de intentar un contacto con el Yo superior, al convertirse en un oasis de hermosa serenidad, nos resulta, después de un tiempo, un

excitante privilegio, antes bien que un difícil deber. Incluso seis meses de dicha práctica, realizada a conciencia y correctamente, y sinceramente continuada, nos permitirán testimoniar por experiencia personal, la profunda sabiduría del consejo de Jesucristo: "Buscad primero el reino de los cielos y todo lo demás os será dado por añadidura." Si damos primacía a lo que debe ser considerado en primer lugar, y conservamos un sentido correcto de los valores espirituales, nuestra existencia terrenal se verá sostenida por una base tan sólida como una roca.

Aunque el alma carezca hoy de ley de gravedad, y vuele de un lado a otro, atendiendo al impulso de las circunstancias, llegará el momento, en la culminación del tiempo, en que recobrará su perdido centro. Esta recuperación del centro de gravedad propio del alma se produce cuando con energía nos apartamos de la pasión por la actividad incesante para entusiasrnos tan sólo por conocernos a nosotros mismos.

-Resulta infructuoso el día que no nos trae el amante susurro del Yo superior y en el que sus serenos dedos no reconfortan nuestro corazón. Sin embargo, igualmente nos retiramos al silencio de una hora de meditación, para dar al Yo superior la oportunidad de manifestarse.

Múltiples actividades se disputan nuestro tiempo. Todas procuran robarnos esos minutos que deberían ser dedicados al elevado propósito para el cual hemos nacido en este planeta. "Las horas mueren y son cargadas a nuestra cuenta", reza en latín la leyenda inscrita en un reloj de uno de los antiguos edificios de Oxford. Nuestro reloj sólo tiene veinticuatro horas; las obtenemos, libres de cargo, ya sea que las queramos o no; y si fuésemos a dar cabida a todas las cosas inoportunas que reclaman nuestro tiempo, jamás daríamos comienzo a nuestra divina tarea, para no mencionar que, por supuesto, nunca la llegaríamos a completar. Cada día nos trae el precioso regalo de su tiempo. ¿Desperdiciaremos nuestra oportunidad por indiferencia, o nos haremos cargo de la misma en forma honorable? Porque, una vez que tomemos conciencia de nuestro auténtico valor y capte-

mos una vislumbre de nuestras posibilidades divinas, tendremos que cuidar el tiempo como la vida misma. Perder tiempo es perder vida, mas aprovecharlo en la meditación sobre los asuntos eternos equivale a aprovechar la vida. Aquellos que matan el tiempo vivirán para lamentarlo. La cámara no podrá captar ninguna escena hasta que no la enfoquemos sobre la escena. La mente no captará el Yo superior a menos que la enfoquemos en la dirección del Yo divino. Durante todo el día enfocamos nuestra mente hacia las cuestiones importantes y triviales que surgen. ¿No podremos cambiar por unos instantes el enfoque, concentrándonos durante media hora, en la realidad del Yo superior? Si así lo hacemos, tarde o temprano la existencia profunda del Yo superior se nos revelará desde el centro del corazón.

La paz es un privilegio costoso, pues es difícil de obtener y hay que luchar por ella. Sólo la logra la mente conquistada.

Creemos que no podremos sacrificar unos cuantos segundos al Yo superior ante el altar de nuestro tiempo, y sin embargo, gustosamente dedicamos meses y años a actividades casuales que nos dejan inferiormente peor de lo que estábamos al principio, y que sólo nos acarrearán la intranquilidad mental.

Además, estar ocupado no siempre significa un beneficio, así como estar en sociedad no siempre es índice de ser sociable. Y todavía habría que demostrar que el hombre ha sido enviado a la tierra para olvidarse totalmente de sí mismo al entregarse a cientos de actividades diversas. Un ocupado y triunfante hombre de negocios olvida frecuentemente el hecho de que el mundo de los negocios marcharía igualmente bien sin su intervención; que la naturaleza siempre encuentra al hombre que realice su voluntad; y que a menos que el hombre sepa para qué vive, casi todas sus obras y placeres quedarán escritos en el agua.

El hombre debe volver sus ojos hacia adentro y comenzar la más maravillosa aventura.

Actualmente son pocas las veces que podemos dedicarnos al lujo de la meditación ociosa. Pero no debemos culpar de ello a las estrellas o a nuestros amigos, o al ambiente que nos rodea. Aceptamos, sin discutirla, la sociedad en la que hemos nacido; nos sometemos a voluntad a aquéllo que nos hace prisioneros. Para obtener un lugar reconocido en la sociedad, obligadamente pagamos con nuestra libertad. Quienes —ya sea un hombre común o un rey— están preparados a rechazar, toda vez que sea necesario, los reclamos de la ambición y las críticas de sus semejantes, para consagrarse a la búsqueda del auténtico yo, se ven beneficiados con tiempo libre para la meditación. Los dioses disponen las cosas como para que ellos puedan conseguir dichos momentos de profunda introspección.

¡Hombre!: esa extraña criatura que insiste en mantenerse separada de su Yo superior.

Ni el aplauso puede perturbar ni el desastre interrumpir, la serena paz que puede encontrar en el centro de su corazón, gracias a los beneficios espirituales que obtiene en sus horas de ocio. La riesgosa tarea de recorrer el sendero de regreso a nuestro cielo de origen, se ha vuelto más fácil para él.

Si las personas se acostumbraran a dejar de lado por unos cuantos minutos al día, todos sus asuntos, abandonando toda tensión, relajando cada músculo del cuerpo, descansando la mente y tranquilizando el ritmo respiratorio, bien pronto reunirían las condiciones requeridas para la aparición en sus vidas, de la serena presencia del Yo superior. Así aprenderán a ganar su cotidiana cuota de paz. Tampoco sufrirían sus actividades corrientes, por esos pocos minutos robados al día. Por el contrario, la vida entera se volvería más equilibrada, de modo que los deberes serían cumplidos en atmósfera de mayor calma y eficacia, y cada crisis o emergencia encontraría a esas personas preparadas para cualquier contingencia, libres de todo temor o pánico.

La serenidad obtenida en los momentos de ocio y ensañación meditativa se extenderá en torno nuestro e impedirá que desaparezcan las coloridas visiones de la aspiración espiritual. Cuando el oscuro culto de la Materia, propio de las atareadas ciudades en las que trabajamos y vivimos, se vuelve asfixiante, el recuerdo de aquél dulce pequeño oasis de paz interior se levantará ante nuestros ojos y nos bañará en las aguas de su consuelo.

Nuestro empleo del ocio es muy importante. Convirtámoslo, entonces, en un propósito elevado y en un valor divino.

XI

LA FELICIDAD

Un supremo deseo gobierna el mundo. Vive poderosamente en el corazón del rico; sostiene al pobre. Lo comparten el poderoso y el humilde. Domina a santos y pecadores. Es el deseo de la felicidad.

¡Felicidad! Cómo atrae ésta a las humanas polillas que revolotean desde la oscuridad prenatal hasta la otra oscuridad en la que el alma descansa.

Nos exaltamos sólo frente a circunstancias rosadas; hemos perdido el arte sutil de hallar contento en nosotros mismos. La naturaleza nos impulsa a cimentar nuestras esperanzas de felicidad en la vida trascendental, pero necesariamente aparenta dirigirlas hacia la vida transitoria.

Somos traicionados por nuestros pensamientos y deseos. Nos engañan al hacer que los aceptemos como guías de la felicidad, para luego burlarse al final. Nos llevan de aquí para allá, desde el nacimiento hasta la muerte, desde cada gris amanecer hasta cada oscura noche, y nosotros imaginamos que corremos hacia algún tipo de felicidad largamente anhelada; pero en cierto momento nos desilusionamos al descubrir que nos estamos alejando, en realidad, de nuestra verdadera felicidad. La moraleja en este caso, nos advierte que sólo cuando los pensamientos cesan y los deseos se aquietan, podemos alcanzar la auténtica dicha.

Repudiamos la realidad espiritual porque el sueño terrenal parece prometernos más. Demasiado tarde descubrimos que no se trata más que de un sueño.

Opino que el pastor que vive en las laderas de las colinas, respirando aire puro y mirando el cielo azul de día, y las brillantes estrellas por la noche, o escuchando el murmullo de los arroyos y silbido del viento, lleva una vida principesca comparada con la de muchos hombres de negocios que he conocido, los cuales, si bien son poderosos y ricos, según los cánones de la sociedad donde viven, nada saben ni ven fuera de sus negocios, y que hace mucho tiempo han perdido la habilidad para extraer gozo de las cosas simples e inocentes de la vida, que se han convertido en inconscientes víctimas de la opresión, y que son incapaces de oír la serena voz del Yo superior, desde el profundo silencio de sus corazones. Envidiados por su personal, pues pertenecen a la clase dominante, descubren, al final, que sus negocios se convierten en sus amos. Compran cigarrillos para calmar sus nervios, pero no bien se apaga el cigarrillo encendido, su efecto termina. Sin embargo, podrían calmar sus nervios, buscando al Yo superior que los serenaría para siempre. Consumen también grandes cantidades de alcohol, porque los ayuda a enfrentar sus problemas y porque por un rato, mientras dura su efecto, sienten un fortalecimiento de su personalidad. Sin embargo, el alcohol es sólo un vago reflejo de los efectos reconfortantes que proporciona al hombre su contacto con el Yo superior, contacto que le brinda un aumento sólido y duradero de su libertad.

Cuando hay armonía interior no hay desdicha. Es sólo cuestión de control mental, que consiste en un ponerse a tono con lo Infinito. La felicidad debe provenir de nuestro interior.

Las civilizaciones desaparecidas del pasado nos enseñan una terrible lección. Hubo una vez un pueblo, ahora desaparecido: Caldea. ¿Dónde han ido a parar las esperanzas, deseos, afanes y obras de cada uno de aquellos que un día fueron seres de carne y hueso, llamados caldeos? Las cosas por las que bregaron son ahora tan inexistentes como ellos mismos. Aprendamos esta lec-

ción y dotemos nuestra vida con lo verdadero e imperecedero, en lugar de consagrar nuestros días a lo falso y fugaz.

“Yo mismo soy el Cielo y el Infierno”, canta el agudo Omar. El sabio tiene la misma actitud. Cree que debe buscar el cielo mientras está vivo. Procura obtener la felicidad penetrando en su propia mente y dominándola.

Cegados por insignificantes distracciones, ensordecidos por gritos indignos, y aturdidos por necesidades apremiantes, los valores del mundo están muy equivocados.

Podemos conseguir que un placer dure meses y hasta años, pero no lograremos que dure para siempre. La felicidad es un logro difícil, porque consiste en la paz interior y ésta debe ser conquistada y, además, la calma sobreviene después de la tormenta. Lo efímero puede engañar al hombre por un tiempo pero no puede colmar su innato anhelo por la auténtica felicidad. Y si bien el hombre está demasiado ocupado adorando a dioses sin valor, en lugar de acercarse al Dios verdadero, que sonríe sentado en medio del febril alboroto, sin ser advertido, llegará el día en que dicho hombre se apartará de lo falso para inclinarse hacia lo auténtico, aunque esto no sucederá sin que antes deba pagar con la moneda de la desilusión de los placeres de la existencia social. Los hombres de vida disipada, que han gozado de casi todos los placeres que el mundo puede brindar, descubriendo que al final, esos placeres dejan un gusto amargo en la boca, pueden también comprender esta verdad que el sabio descubre por medio de la introspección.

Sólo de la completa identidad con el elemento espiritual vivo dentro de nosotros puede provenir una felicidad total y duradera. La vida misma, con sus cambios de fortuna, resulta una amarga iniciación a esta verdad. No necesitamos de ningún otro maestro para enseñarnos que el bien perdurable está dentro y no fuera de nosotros mismos. Y sin embargo, generalmente ignoramos o desaprobamos esta verdad tan sencillamente escrita en nuestros corazones por la mano de nuestro Padre Supremo.

Los ángeles guardianes de muchos hombres tiemblan cuando son puestos al alcance de los mismos los frutos del éxito, cuando los aplausos del renombre caen sobre ellos y cuando sus oídos son engolosinados por las dulces palabras del elogio. Porque el éxito acarrea peligros y fracasos, y muchas veces sucede que los hombres que pueden enfrentar a los primeros, o sea a los peligros, caen vencidos por el fracaso. La felicidad únicamente llega a quienes pueden resistir por igual las atenciones de ambos, que logran mantener una tal ecuanimidad mental que no resulte jamás desengañada por el mundo.

Nunca sentí envidia de Gordon Selfridge, cuando lo visitaba en su oficina de la calle Oxford, un enorme edificio en el cual Gordon reinaba como un monarca. Yo sentía que mi negocio era mucho mejor que el que él poseía, un negocio que, además, seguiría pagando sus altos dividendos en siglos posteriores, cuando Selfridge & Compañía, Limitada, no fuera más que un nombre sobre el cual los historiadores escribirían, como máximo, dos o tres líneas.

Las ambiciones muestran al hombre un arco de triunfo que lo espera al final de su camino, pero, ¿cuántas veces sucede que, después de haber atravesado el glorioso, tiene que beber la amarga copa de la ingratitud de la gente? ¿Cuántas veces, el prometido nimbo de laureles resulta al final un nimbo de agudas espinas sobre su cabeza? Así, una ambición abortada lo instruye mejor que muchos libros. ¿Vale la pena que despreciemos los auténticos tesoros de la mente y el alma, en una carrera desenfrenada para lograr insignificancias que, pese a su brillo aparente, resulten sin valor alguno? ¿Merece la pena que el hombre se preocupe por acomodar sus pequeños esfuerzos al ritmo que imponen las febriles hordas de los cazadores de posición, cuando lo que realmente debe hacer es dedicar su vida al cuidado del Yo superior? Recordemos lo que decía el sabio Galileo: “¿De qué le servirá al hombre conquistar el mundo entero si ha de perder su alma?”

Notoriedad no es fama, y ninguna de las dos proporciona al hombre la verdadera felicidad.

Confía en el Yo superior... ¡y las circunstancias se convertirán en tu providencial!

El hombre cree que su herencia consiste en el atado de pasiones, deseos y ansiedades, que lleva sobre su espalda. ¡Pobre criatura! No sabe que puede obtener títulos de crédito para alcanzar un estado divino que espera convertirse en su propiedad y que lo hará realmente feliz. Cuando un místico habla de la exaltación mística que él encuentra, pensamos que es un sentimental; no se nos ocurre suponer que tal vez ese hombre sea tan positivo como cualquier realista y que ciertamente nos esté hablando de hechos bien concretos.

La felicidad es la hija de la Verdad.

La felicidad es propia del Yo superior. Aquéllo que locamente buscamos a través de miles de maneras reposa despreciado en nuestra falda. Nuestra conciencia es sumamente limitada. Nuestro punto de vista es muy parcial. Ya que por lo general adoptamos solamente la perspectiva que nos da el cuerpo físico. Pero si pudiéramos, por un sólo segundo, adoptar la perspectiva del Yo superior, nos daríamos cuenta de que el cuerpo es apenas un poco menos efímero que el polvo; ¿para qué, pues, insistir en conservar sus juguetes?

Resulta extraño el hecho de que, aunque todos debemos recorrer el camino de la vida, sean pocos los que se preocupan por saber a dónde van. Deambulamos desde la cuna hasta la tumba sin saber cuál es nuestro destino, que no es la tumba, sino el Yo superior.

“No puedo cantar porque veo”, dijo Israel Zangwill. “Canto porque veo”, es la respuesta del sabio.

Por debajo de todo, como si fuera un subtono de verdadera música, están los Duraderos Brazos de Aquél Que ha estado observando y esperando desde el principio de todos los tiempos.

Cuya paciencia va más allá de todo límite y Cuya benevolencia prevalecerá al final. ¿Por qué nos desgastamos, pues, ofreciendo resistencia inútil? ¿Por qué no descansar en el seno de aquél Yo Universal? Si es posible hallar en alguna parte la felicidad, sin duda que es allí donde la encontraremos.

El apoyo del ansioso es la prudencia; el sostén del hombre espiritualmente preocupado, es la providencia.

El canto divino nos rodea, pero estamos tan toscamente constituidos, que no lo oímos. Sólo sumergiéndonos en el divino silencio podremos captar la evasiva melodía. De lo contrario, deberemos conquistar la felicidad a través de los pantanos de las amargas miserias.

“¡No es esto, no es esto!” dice el sabio hindú cuando en el trance visionario las imágenes más tentadoras de la vida mundanal se le aparecen para entorpecer su camino. “No es esto”, será también nuestro veredicto final sobre la existencia, una vez que hayamos penetrado en la vida divina que se oculta tras la existencia aparente. Ya que entonces descubriremos que la felicidad que tan arduamente buscábamos, entre los ídolos sensuales de un solo día, existe, si bien no está en los lugares donde suponíamos se encontraba. Esa felicidad es la vida en el Yo superior, la vida en la única realidad permanente: Dios, el supremo secreto de nuestra constante búsqueda. Este es el oculto fin de la vida. Es una estrella que brilla atormentadoramente sobre nuestras cabezas, mientras nosotros corremos tras su reflejo en charcos barrosos. El despertar a esta comprensión absoluta es la beatitud final de la vida. Nos libera de todas las limitaciones.

El evangelio del optimismo es simplemente el reflejo más oscuro de la brillante verdad de que el ineludible destino último del hombre es la felicidad espiritual.

El Yo superior tiene su propio fin que persiste indestructible, a través de todos los sucesos. Cuanto más luchemos en sentido contrario al que él nos destinó, más estaremos escribiendo, inconscientemente, la historia de un esfuerzo inútil. Llegará el día en que, desesperando de poder gustar la perfección de los deseos personales, nos volvamos a atender a los reclamos del Yo superior. Y puesto que, desde ese momento el Yo superior se hará cargo de todas nuestras cargas, la paz que surgirá a nuestro alrededor nos estará demostrando que hemos elegido acertadamente. El propósito del Yo superior es atraernos hacia él. En esto consiste la felicidad.

XII

EL SUFRIMIENTO

Tal vez resulte imposible imaginar este hecho, pero lo cierto es que llegará el día en que el alma florezca y entonces reconocamos que la tristeza no ha llegado demasiado pronto, y que el fracaso muchas veces es mejor que el triunfo. Tal es el gran misterio del sufrimiento: la principal paradoja de la vida.

Nos preocupamos por la cura de nuestros dolores y sufrimientos físicos; por la cura de nuestros reumatismos y asma. Pero no procuramos la cura de nuestros febriles deseos y ambiciones indignas.

¿Por qué, en nuestra calidad de jugadores en el moderno espectáculo de la vida actual, descubrimos que demasiado frecuentemente nuestra recompensa es la copa de amargura y desilusión? Oscuras preocupaciones y roedoras angustias nos acechan a toda hora. Podemos comprar cosas; podemos comprar también a las personas, pero no podemos comprar la felicidad. El Gólgota llega para todos por igual y las manos que reparten el sufrimiento no dejan a nadie de lado. Incluso la Riqueza se sienta a la puerta de la vida, sombrero en mano, clamando que se quite del camino al temible sufrimiento, mientras las calles de la existencia están atestadas con los esqueletos de los infortunados, los desesperados y los desilusionados. Muchos, cuyas vidas han transcurrido en los oscuros callejones de las interminables aflicciones, a menudo contemplan la llegada de la muerte sin mayor perturbación. ¿Cuántos han entrado en la vida, durante los años de juventud, con las más grandes esperanzas? ¿Y cuántos han re-

gresado con las manos vacías? Así transcurren los años a veces alegres, a veces tristes, de la vida. Hacemos ingentes esfuerzos por apresar los placeres del mundo, pero pronto comprendemos, a través de los frutos amargos que resultan de los mismos, que todos esos placeres son efímeros.

¿Quién que haya vivido plenamente no ha conocido la amargura de Getsemaní, no ha sentido en su carne los agudos clavos de una interminable angustia? Así, la tragedia bíblica se repite, en menor grado, en cada vida humana. Primero ensayamos una serie de engaños, ubicando nuestras esperanzas en cosas o personas atractivas; cuando, después de gran lucha y desilusiones, creemos haber hallado a la evasiva felicidad, la irresistible mano de lo efímero destroza nuestro juguete de corta vida, mientras sueñan en nuestros oídos estas palabras: "Esto también pasará."

El recuerdo de nuestras épocas amargas nos hace dudar de la proclamada benevolencia de Dios. Cuando el sufrimiento quita la alegría de nuestra vida, frecuentemente también nos quita la fe. Cuando estamos atados a las penurias terrenales, el reino celestial por fuerza se nos aparece como un sueño vacío en el mejor de los casos, y como una farsa burlona en el peor.

Quien quisiera curar las almas heridas de sus semejantes tiene que haber sufrido primero él mismo. Sólo tiene derecho a pronunciar palabras de esperanza y frases de fe a los hombres, aquél que por sí mismo ha recorrido cansadamente la noche de la desesperación y al final se ha liberado de las sombras de la profunda melancolía. Porque también Él ha pasado largas noches en vela debatiéndose en medio de la más cruel agonía y temiendo el horror de un nuevo día sin esperanzas. Entonces Él puede venir a nosotros con el bálsamo en Sus manos, y ungirnos hasta que nuestros dolores desaparezcan. La amargura que una vez Él sintió abre una puerta en Su corazón para otros seres humanos sufrientes. Así, aquellos que han sufrido profundamente, cuyos propios corazones fueron rotos y sus esperanzas defraudadas, pueden oír más pronto Su mensaje que las palabras de otras personas, por inteligentes y agudos que dichos mensajes pudieran ser.

¿Quién es esta extraña y severa Figura que aparece en los períodos inciertos de nuestra vida, y que nos hunde en el desierto

de la tristeza, para que allí suframos y aprendamos? ¿Quién apila estos amargos fardos que nosotros cargamos y sin piedad nos obliga a soportarlos? ¿Quién se sienta a la mesa de la vida y como siniestra y silenciosa figura, juega al ajedrez con la humanidad? ¿A quién pertenece esta forma fantasmal que nos sigue dondequiera vayamos? Esa figura es el Destino. Más fácil sería que pudiéramos escapar de la cárcel que de los designios de nuestro destino.

El Yo superior habla al hombre en el único idioma que su mente imperfecta puede captar: el del sufrimiento, y emplea al destino como su instrumento. Sabe que las verdades que lentamente va aprendiendo durante los días de sangre y lágrimas, son lecciones aprendidas para siempre. Las lecciones son repetidas una y otra vez para reforzar su impronta, aunque a veces, basta que el sufrimiento sea muy hondo para que la lección no se olvide. El destino es simplemente el medio a través del cual actúa el Yo superior.

A pesar de que al corazón pueda disgustarle el recuerdo de los días amargos, la verdad es que un buen día dejamos de lamentarnos por el sufrimiento, pues comprendemos que los pesares fueron una suerte de tutores inconscientes que nos enseñaron a caminar más sabiamente entre los hombres.

¿Es pues el destino esa fuerza ciega, arbitraria, en que todos creemos, y que tanto abate a un hombre como levanta a otro? Si así fuera, igual culpa tendría el Yo superior, sería indigno de confianza, igual que el destino, se trataría de una fuerza irresponsable e injusta. Pero, ¿es acaso posible que un Poder superior y más noble que el irredento hombre, resulte, cuando se trata de su acción sobre nosotros, peor que dicho hombre? Esta idea es totalmente absurda y bien sabemos, quienes hemos entrado en contacto con el Yo superior, que es absolutamente falsa.

“Coincidencia” y “accidente”, son palabras que únicamente tienen sentido para el materialista ciego, pero no lo poseen para el hombre que ha despertado a la espiritualidad. Ya que una red etérea cubre el universo y une hombre con hombre, hombres y

sucesos, y suceso a suceso. Las manos que manejan esta extraña red son, por supuesto, invisibles, pero están allí. Los dioses tienen muchos servidores, y no todos están encarnados.

“Los dioses lo ordenan, y así debe ser”, Sófocles: *Ajax*.

¿Qué cosa es, entonces, el destino? Es nuestra herencia derivada de antiguos nacimientos de esa criatura paradójica, nuestra personalidad, nuestro ego, nuestro yo individual, encarnado en diferentes épocas y en distintos países, muchas más veces y desde más tiempo inmemorial de lo que podríamos recordar. Los pensamientos que dominaban nuestras mentes en civilizaciones que ahora son polvo muerto, de nuevo nos dominan en la moderna Europa. Los actos buenos o malos que marcaron nuestras primeras apariciones en este planeta arrojan brillante luz o tristes sombras sobre nuestros días presentes. El largo panorama de la vida humana retuerce su antiquísimo hilo a través de ciudades y desiertos, enviando una y otra vez a las mismas personas, para hacerse cargo de la vieja huella, en la bella y aparentemente débil esperanza de alcanzar la felicidad duradera. La vida es, por lo tanto, un perenne prodigio. Desaparece de nuestra vista tras los horrendos portales de la muerte, sólo para volver a aparecer con las frescas hojas primaverales y las flores de brillantes flores de un nuevo nacimiento. Los materialistas insistirán en los argumentos que convierten este mundo en una gigantesca tumba; pero es porque no han comprendido su propia naturaleza. El cuerpo físico y el mental reencarnan continuamente, pero el Yo superior no lo hace jamás. Los dos primeros son transitorios, sus placeres y dolores desaparecen un día con ellos, pero el Yo superior es eterno e inmortal, *porque es la Vida*.

Una mente superficial puede pensar que el Supremo Creador le ha jugado al hombre una mala broma. Ya que el hombre —pobre e indefensa criatura— nace ignorante en este mundo material, crece y vive generalmente por lo menos la tercera parte de sus días destinados, antes de comenzar incluso a sospechar que puede haber otro mundo del ser. Luego el destino empieza a jugar sus cartas, y este hombre se pregunta por qué las cartas

caen sobre él y no sobre su vecino. Ninguna respuesta llega, excepto en la absoluta quietud de su ser más profundo. . . ;pero entonces el hombre está demasiado ocupado para prestar atención a esta voz interior!

El ego personal se desliza sin ser visto fuera de nuestro mundo cuando el cuerpo físico muere, y más tarde se introduce en el cuerpo de un recién nacido. Poco a poco, los antiguos gustos y capacidades, las viejas características, comienzan a emerger y llegan a su madurez cuando el niño se convierte en adulto. No queda recuerdo alguno de la anterior existencia, simplemente porque la naturaleza, sabia y piadosamente, ha dado de beber al alma la copa del Leteo, esa bebida que produce el olvido de todo el pasado. Sin embargo, a pesar de que desaparece el recuerdo de los actos anteriores, los resultados de los mismos persisten tanto en el individuo cuanto en sus semejantes. ¿Quién de nosotros recuerda uno sólo de los hechos de sus primeros seis meses en esta tierra? Sin embargo, los últimos años son simplemente la adelantada corriente de aquellos meses. Así también, aunque el hombre no pueda recordar sus vidas anteriores, su existencia actual no es otra cosa que el adelantado flujo de aquellos que se han desvanecido. Si la naturaleza no fuera piadosa, liberándonos del recuerdo de aquel pasado, no podríamos soportar el vasto choque de tanta antigüedad, y enloqueceríamos. Pero, aunque haya desaparecido la memoria, las influencias del pasado recaen sobre nuestro actual carácter y en el destino que nos es asignado.

Las mentes más agudas y los intelectos más vigorosos han aceptado esta doctrina. Puede usted revisar todos los estantes del conocimiento en las librerías del mundo, pero no hallará verdad más ajustada que ésta, para explicar la variación de caracteres del hombre. La reencarnación deja de ser una brumosa teoría para convertirse en un hecho aceptado por los hombres de discernimiento claro. Si bien ha sido elaborada en el seno de las filosofías orientales, esta doctrina de la reencarnación será algún día sustentada en Occidente, como la explicación más filosófica de cuantas existen en la humanidad. Nos sumergimos en la historia en serie de la Vida con cada reencarnación, y la resumimos nue-

vamente en el siguiente capítulo. Somos el resultado de nuestras experiencias, las cuales no se limitan al breve plazo de una sola existencia. ¿Es acaso mejor creer que Dios nos ha hecho encar-nar para entretener sus ratos de ocio haciendo que seamos felices en algunas oportunidades, y desdichados en otras, que pensar que cada nacimiento no es más que una lección en la gran escuela del universo, y que lentamente nuestras mentes van madurando, gracias a esta repetida cosecha de experiencias de toda especie a cada reencarnación?

La rueda de la vida nos ofrece, al girar, las viejas experien-cias bajo forma distinta. Sé, por ejemplo, que soy un antiguo escriba; no creo que haya tomado la pluma sólo en ésta mi actual reencarnación. No dudo ni por un momento de que en sus res-pectivas épocas de empleo he manejado el estilo y la pluma de ave. Aquellas vidas anteriores han dado forma y color a la pre-sente, y me han retrotraído a mi vieja vocación. Nuestro carácter y capacidades surgen con nosotros y los primeros años de cada vida son simplemente el desarrollo de los mismos. La sabiduría surge de nuestras múltiples experiencias y luego se vuelca sobre nuestra actitud frente a la vida.

Necesariamente, también el destino surge de estas repetidas reencarnaciones, trayéndonos los resultados de pensamientos y actos, los frutos de acciones meritorias y las punzantes espinas de los errores cometidos. Cada año la pluma del destino escribe su inexorable registro de nuestra vida. El destino, en resumen, no es otra cosa que una velada ley de justicia que trabaja inexorable-mente en una corte invisible para nuestros ojos, y por lo tanto, nuestro destino, más que por manos invisibles, es escrito por nos-otros mismos. No debemos atribuirlo a los arbitrarios mandatos de alguna deidad caprichosa; el destino es autoganado y autome-recido, aun cuando las causas determinantes se remonten a mucho tiempo atrás. Obtenemos exactamente lo que merecemos; por lo general, no pensamos que es así, pero ello se debe a nuestra cegue-ra, ya que sólo tenemos conciencia de una fracción muy pequeña de nuestro pasado. Sin embargo, la naturaleza se niega a excusar-nos por imaginar tontamente que el presente es un fragmento aislado.

Nuestra ignorancia acerca del hecho de la reencarnación, con su consecuente corolario de compensaciones ineludibles, no nos disculpa ante los ojos de los dioses del destino. Estamos obligados a ellos en la totalidad de nuestras vidas hasta el último de los pensamientos. Los hechos que cometamos con tan grande irresponsabilidad no son juzgados por dichos dioses con igual ligereza. Conocen cada uno de nuestros secretos retorcimientos y ninguno de nuestros propósitos puede ocultarse a sus escudriñadoras miradas. El hombre está orgulloso de su aparente dominio del planeta; no tiene, en cambio, la misma certidumbre respecto del hecho de que los dioses dominan al hombre. Y así, incluso en la contemplación de la única existencia que conoce, vemos cómo se sorprende cuando las implacables fuerzas de la oculta justicia se levantan y lo abruman. El poder de los dioses del destino rodea y encadena este mundo, aunque no lo sepamos. Poseen extraños registros de asuntos y sucesos que la memoria frágil del hombre ha olvidado por completo. Además, conociendo la personalidad y naturaleza del hombre pueden plasmar en el momento del nacimiento, la exacta parábola de la venidera experiencia de ese hombre, y de este modo, pueden también vaticinar las coordenadas variables de su probable conducta. Como gigantes tallados, hay cuatro seres estupendos que guardan los confines del mundo en los puntos cardinales. Sus ojos brillan con fuego más terrible que el que jamás haya ardido en un altar druida, porque es el fuego de la justicia perfecta. Pocos son los hombres que se atreven a mirar ese terrible resplandor, que los abrasa hasta sus últimos pensamientos. Son menos aún los hombres que dejan de mover sus labios quejándose cuando reciben la copa de la amarga recompensa, con la orden de beber hasta el final la desagradable bebida. Estos cuatro guardianes mantienen al mundo en su poder, como si se tratara de una fina red por la que ni un sólo átomo pudiera escapar. Emplean una multitud de invisibles servidores y mensajeros de rápidas alas, cuyos extraños poderes sólo por los niños podrían ser aceptados, tan increíbles resultan a los adultos que han perdido, al crecer, ese maravilloso pavor místico que glorifica los años primeros de la vida del hombre. Estas secretas legiones del aire van de un hombre y atan los invisibles hilos que tejen nuestra compleja y misteriosa existencia humana, brindándoles a unos, miserias horribles, y a otros, el cofre de la fortuna. Los griegos los llamaban hados y furias, y otros pueblos más antiguos los denominaron con nombres menos pintorescos, ya que en los primeros años de la existencia de

nuestra raza, la pantalla que oculta el dominio de estos guardianes estaba semilevantada.

Las mareas del destino no se detienen para ningún hombre. Es digno de compasión el hombre que ciegamente cree que puede sembrar el sufrimiento entre sus semejantes, tratando de cumplir con su propia voluntad egoísta, y no sufrir las consecuencias de sus actos. Cada reencarnación le traerá un renovado purgatorio, y cada muerte lo ubicará en el infierno de los lamentos, hasta que aprenda a cambiar obedeciendo a la conciencia, esa voz que lentamente va aumentando de volumen con cada nueva reencarnación. Si el hombre quiebra las leyes del juego de la vida, los dioses en el momento preciso, lo quebrarán a él. "No hay mejor aprendizaje que el de la adversidad", dijo alguna vez Disraeli. Los que saben afirman que el leopardo no puede cambiar las manchas de su piel, pero lo conseguirá si se le permite reencarnarse con la suficiente frecuencia. Lo mismo sucede con el hombre. El tiempo puede variar cualquier temperamento y convertir el mal en bien. Y lo que es cierto respecto de un solo hombre, lo es también respecto de la humanidad toda. El mundo actual está atravesando una predestinada época de reajustes, muchos de ellos dolorosos, pero merecidos, y las figuras sobresalientes de la historia contemporánea son simplemente instrumentos inconscientes de Némesis o herramientas de la providencia.

Un simple *don nadie* puede gobernar el mundo, si el destino así lo decreta. Demasiado pronto nos sentimos dispuestos a juzgar a un hombre por sus antecedentes pasados, ya sean éstos grandiosos o insignificantes, equivocándonos en el hecho de que no sólo somos nosotros los que elegimos nuestro trabajo y los medios para alcanzar nuestros logros, ya que hay que contar con la acción de un destino. Juzgamos a la gente mucho más por su valor superficial que por sus méritos interiores. Martín Lutero era un don nadie, un desconocido monje sin importancia, que vivía en la pequeña ciudad alemana de Wittenberg. El mundo no podía ver el alma oculta bajo el hábito humilde, pero podía observar la orgullosa pompa del Papa León. Lutero despertó la atención de Europa haciendo tambalear el poder papal. Así desempeñó un predestinado papel en el interesante drama histórico de su época.

También Napoleón era un don nadie, un hambriento joven oficial quien antes de la batalla de Tolón, nada importante había realizado. Nadie sabía que su mente estaba constantemente planeando las tácticas que preocuparían a un gran general, ya que todos, en ese momento inicial de su carrera, lo consideraban un subalterno prescindible. Luego el destino se puso a trabajar y lo convirtió en guía del mundo occidental. De esta manera, tanto el monje como el soldado, obedecieron a un destino oculto y llevaron a cabo sus silenciosos designios. Y ello fue posible porque ambos estaban dotados del talento, la capacidad y el carácter necesarios para cumplir con sus respectivos destinos, todo lo cual les venía de anteriores vidas sobre la tierra.

¡El azar! Dos hombres viajaban a pie, en la Alemania medieval, cuando de pronto, una terrible tormenta se desató sobre ellos. En medio de terribles truenos y rayos, ambos corrieron hacia un refugio, hombre contra hombre. Antes de alcanzar dicho refugio, un rayo cayó sobre ellos. Uno de los hombres se desplomó muerto, mientras el otro no sufría daño alguno. Los hados lo habían salvado, su destino lo había protegido, pues su vida estaba ligada al destino religioso de Europa. Este hombre era Martín Lutero. Un general caminaba cierta oscura noche sin luna, en torno a una fortificación que estaba sitiando. Uno de sus propios centinelas le dio el alto. Tan perdido estaba el general en sus propios pensamientos, planeando la toma de la fortificación, que no oyó la orden del centinela. Cuando ya se hallaba a pocos pasos del mismo, éste le disparó a quemarropa. El general cayó al suelo por el estallido, pero se levantó sano y salvo. Nuevamente la misteriosa acción del destino lo había protegido salvándolo de una muerte segura, ya que también este hombre estaba ligado a la historia de Europa. Este hombre era Napoleón Bonaparte. Hasta cierto punto, los hombres pueden hacer la vida que deseen, pero siempre hay un elemento imponderable o invisible, que se mueve según sus propios designios: es el destino. Las vidas anteriores arrojan sobre nuestra existencia actual sus sombras negativas o su brillante luz.

El mundo moderno, que se enorgullece del poder omnipotente de la voluntad humana, tendría que aceptar la presencia del

destino como una de las fuerzas más poderosas del universo, así como ha aprendido a aceptar la presencia de la electricidad. Los sabios de todas las épocas, tanto en Oriente cuanto en Occidente, han declarado su fe en dicho destino. Si, pese a todo esto, permanece en un profundo misterio, ya que poco es lo que los sabios han explicado respecto de su modo de actuar, no es necesario que abundemos en palabras, puesto que es suficiente comprender el principio general del destino. Entonces comprenderemos que nada importante sucede en nuestras vidas por casualidad; que no hay acontecimiento o persona que influya en nosotros, cuya aparición en nuestras vidas sea producto del azar, y que todas las cosas no son más que la obra de la justicia e inteligencia universales. Comprenderemos también que la vida es muy semejante a esa extraña arma australiana, llamada boomerang. Arrojamientos sobre nuestros semejantes, acciones malignas y malos pensamientos, pero el tiempo transcurre y nos devuelve todo ese mal, enfermándonos nuestros cuerpos y envenenando nuestras mentes, ya que todo regresa debido a las fuerzas irresistibles de la Naturaleza. Deberíamos, por lo tanto, dejar de lamentarnos contra los muros de las circunstancias, para reconocer que nosotros mismos hemos creado la mayor parte de nuestro destino.

No podemos mencionar la palabra destino sin provocar la antigua controversia que la asocia al término opuesto: libre albedrío, y a las artes de la predicción. Tan paradójico es todo este asunto que, hasta hombres como César y Napoleón, a quienes el mundo considera como apóstoles del libre albedrío y de la confianza en sí mismos, creían profundamente en el poder predominante del destino. Podríamos pasar varias horas fascinantes pero confusas analizando estas antiquísimas cuestiones. Si el destino existe, ¿debemos abandonarnos al indefenso letargo, ya que el libre albedrío es sólo un sueño? Como sucede siempre con este tipo de preguntas, las respuestas negativas y afirmativas contienen sólo la mitad de la verdad. Un juicio equilibrado puede reconciliar la creencia en el destino y la percepción de la necesidad del esfuerzo personal. Si bien es cierto que el hombre está atrapado en la trama de los sucesos preestablecidos, también es cierto que en alguna parte existe un elemento de libertad, pues de lo contrario el hombre jamás podría lograr el elevado fin impuesto a él por la evolución espiritual.

Oriente ha exagerado el poder del destino. Occidente ha magnificado el poder del libre albedrío. Un punto de vista más equitativo y verdadero combinará un vigoroso fortalecimiento de la innata energía del hombre, con el debido crédito para los hechos preordenados del destino. Podemos así aceptar la doctrina doble del *kismet* autocreado, y beber, si fuera necesario, la amarga pócima, pero también afirmaremos que el alma que está luchando por cambiar es muy probable que cambie incluso su destino. Así pues, los nudos de nuestra vida son originariamente atados por nuestras cualidades, temperamento y capacidades, sin intervención de otras manos que las propias. Llevamos dentro al dispensador de nuestros destinos, al árbitro de nuestro bien y nuestro mal. Admitamos que un secreto destino regula nuestros esfuerzos menores, en este eterno juego de la vida, y que muchas veces es ese destino el que nos coloca en la posición de ganadores o perdedores. Pero debemos reconocer, también, que dicho destino no es otra cosa que otro aspecto de nosotros mismos. Es el fruto —bueno o malo— que ha caído del árbol plantado en encarnaciones anteriores. Es preciso que aceptemos y comamos este fruto, y si su sabor nos resulta demasiado agrio, entonces debemos aprender a plantar mejores semillas y trabajar el huerto de la vida de manera más valiosa. Después de todo, si es el hombre quien crea su propio destino, la lógica conclusión es que sólo él puede influir sobre ese destino. Aquí, la lógica coincide con la verdad. Decir que el destino es todopoderoso, y que ni el hombre ni el ángel pueden cambiarlo, equivale a despojar al hombre de la ayuda eficaz que surge de un conocimiento auténtico de la verdad.

Según los orientales, el destino es inamovible, pues otorga al virtuoso una merecida recompensa, y persigue al malvado hasta que éste es castigado. De esta manera, los orientales se hunden en un supremo fatalismo que los convierte en víctimas propicias de todo adivinador del porvenir. Las artes de la predicción florecen aceleradamente en Oriente, y actualmente se están difundiendo también en Occidente. La falta de algo estable en el panorama del mundo moderno, las inseguridades y desesperaciones, las tragedias de fortunas desaparecidas y empleos perdidos, las románticas nociones del sexo, alimentadas por el cine y las novelas actuales, todo esto hace que la humanidad entera consulte a los

videntes, no tanto por tenerles absoluta fe, cuanto por no saber hacia dónde encaminarse para consuelo de sus males. Esa esperanza que se supone debe incitar al hombre al camino espiritual, lo impulsa a buscar un poco de alivio en la posibilidad de que el vidente le diga que en su próximo curso la rueda de la fortuna se inclinará a su favor. Son muchos los que, además, gastan su dinero en costosos sistemas que les aseguran el logro de dinero, sin detenerse a pensar que quien es capaz de favorecer a otros, primero procuraría la fortuna propia. Si bien es cierto que un estudio científico de las artes mayores de la predicción puede habilitarnos para descubrir un sentido más profundo detrás de las palabras coincidencia y accidente, no es verdad, en cambio, que pueden otorgarnos la omnisciencia de un dios.

Si el desastre lo amenaza, no ruegue por la salvación; más bien rece pidiendo mayor fuerza, coraje y fe. Salve su yo interior y deje que los dioses del destino se ocupen de su cuerpo. Así usted atrae la ayuda de fuerzas invisibles.

El hombre sabio sabe cuándo debe inclinar su cabeza ante el destino inexorable, invencible, y cuándo luchar persistentemente. Sabrá cuándo soportar pacientemente un destino en apariencia negativo, que no puede ser alterado, hiciera lo que hiciere, pero también sabe que importa menos lo que su horóscopo dice que lo que su alma afirma. Si bien es sabio creer en el destino y en la reencarnación, es más sabio aún creer en el poder del yo interior del hombre: el Yo superior, confiar en dicho poder, abandonándose a él y transfiriéndole los problemas, dificultades y dolores. Incluso es mejor olvidar la idea de muchas encarnaciones y de un destino omnipotente, en el caso de que nos sintamos esclavizados por dichas ideas al punto de sumirnos en un letargo indefenso, como sucede a muchos orientales. Debemos olvidar toda limitación que nos produzcan esas nociones, y afirmarnos en cambio en la fe de que el reino de los cielos existe para nosotros aquí y ahora. Tenemos que librarnos mentalmente de todas las dificultades en las que los videntes irresponsables nos han hecho creer, y hallar la libertad interior del Yo superior. Aunque se nos condene a superar desastres predichos, nuestra reacción ante esos desastres no puede ser preordenada. Es posible

que los hechos sean establecidos de antemano por fuerzas invisibles, pero no lo es nuestra actitud frente a los mismos.

La preocupación es la miopía del alma. Su cura depende de la fe inteligente.

La vida, considerada como un aprendizaje hacia la sabiduría, parece tener algún sentido, después de todo.

El hombre en sí mismo es libre, eternamente libre; sólo su cuerpo y su mente están sujetos al destino. El camino más sabio consiste en buscar y reclamar esta libertad, después de lo cual todo destino está obligado a soltar su presa.

El hombre débil se preocupa de su horóscopo, pero el sabio lo rompe a pedazos. Sabe que el Sol, la Luna, Marte, Saturno y Júpiter, están todos dentro de él, "la culpa, querido Bruto, de que seamos sirvientes, no está en las estrellas sino en nosotros mismos", dice Shakespeare. Todos los planetas se convierten en estrellas auspiciosas no bien el hombre opta por el camino de la vida divinamente armoniosa. La Naturaleza es amiga del hombre, no su enemiga, y si bien pronto lo demuestra, en cuanto al hombre deja de pelear con ella, para entregar su vida en manos de su dueño, el Creador. ¿Qué le hemos hecho a la Naturaleza, como para que ella nos desee el mal? Asumid la buena suerte con serenidad, y la desgracia más serenamente aún. El efecto de los problemas dependerá precisamente de nuestro modo de pensar respecto de ellos. Considerar de esta manera a los hombres y las circunstancias significa comprender que oposición es también oportunidad. Es una oportunidad de ganar mayor fe, mayor coraje y mayor sabiduría. Estas ganancias reemplazarán cualquier tipo de pérdida que usted haya sufrido y de esta manera, le brindarán una compensación. Cambie usted su punto de vista del ángulo habitual, y refleje esas divinas cualidades que permanecen ocultas dentro de usted: sea positivo, sea afirmativo y, fundamentalmente, sea sereno. Entonces, mientras usted recorre su camino abriéndose paso entre las espinas y malezas que un destino aparentemente perverso ha puesto en su huella, no dejará que esas malezas y espinas se metan dentro de usted. Ni una sola

de las cualidades protectoras de la divinidad a cuya imagen usted fue hecho puede perderse, o lastimarse, o ser arrojada fuera. Todas ellas están dentro de usted, y cuando no pueda controlar las cosas de fuera, manifieste su deseo de que aparezcan estas cualidades optimistas, y entonces comprobará que le es posible controlar el efecto de las cosas negativas de fuera, en su interior. ¿Para qué perder el tiempo en pensamientos negativos cuando uno posee pensamientos luminosos?

El esfuerzo nos ayuda a seguir adelante; las pruebas maduran y hacen evolucionar al hombre. Por lo tanto, a menudo es mejor no saber el futuro, sino buscar los recursos internos con los que enfrentar cualquier circunstancia. La mente debe conservar su primitivo equilibrio, y si la mayoría conociera su futuro, al no estar preparada, su mente se vería perturbada por desequilibrios. Los designios del Creador se mantienen ocultos en el misterio por un propósito bueno, y es mejor vivir en la ignorancia del destino propio hasta que llegue la hora de la iluminación, hasta que nos unamos a nuestro Yo superior. Es mejor no indagar en aquello que pertenece al tiempo, y en cambio, buscar lo que lo trasciende. Buscad vuestro Yo superior, llegad al conocimiento cabal de vuestro ser interno, y hallaréis el sereno contacto con lo eterno. Entonces ya no rezongaréis contra vuestro negro destino, porque el velo caerá de vuestros ojos, y a partir de esa hora sagrada viviréis protegidos, entronizados, seguros, con las alas de la divinidad rodeándoos. ¿Para qué entonces molestar a los videntes y permitirles que fomenten nuestra ansiosa curiosidad respecto de nuestro futuro, cuando la inefable condición de la constante y suprema serenidad nos espera? ¿Para qué buscar lo menos cuando lo más está al alcance de nuestra mano? Escudriñar los años venideros es confesar nuestra falta de fe, nuestra incapacidad para confiar en el poder superior. Confíe usted en ese poder superior el cual le responderá en la medida de su fe. En el interior del santuario de su siempre presente Yo superior, todos los dolores desaparecen, todos los enigmas reciben su silenciosa respuesta, todos los problemas desaparecen, todo interés por el pasado o futuro se apaga, y todas las incertidumbres y temores son despedidos para toda la eternidad. Es a esto a lo que Jesucristo se refería cuando aconsejaba a sus discípulos que no se preocuparan por el mañana; no necesitaban hacerlo, pues se habían

entregado a Su poder superior, un poder que bien podía ocuparse del futuro de cada uno de ellos. Y puesto que el Corazón del Ser es Benevolente, puede usted estar seguro de que su vida es tan importante para el Padre Supremo como para usted mismo. Preste atención profundamente al Monitor interior; deje que hable el silencio, porque hay "Alguien que soporta al mismo tiempo el mundo y vuestras cargas, y ese alguien no es usted."

Cierta vez, mientras caminaba lentamente por la playa de Galilea, Jesucristo se volvió a quienes lo acompañaban y les dijo: "Si confiáis en el Padre como yo he confiado, entonces hallaréis el reino de los cielos. Si vivís cada día como si Él estuviera con vosotros, habitando en vuestro interior, entonces tened por seguro que el padre se ocupará de vosotros. ¡Oh, dolor! sólo existes en quienes no confían en Él."

En este elevado estado de ánimo, pues, sabemos cómo sufrir y cómo alegrarnos, y podemos volver el rostro hacia el mañana como iluminados amos y no como atribuladas víctimas. De esta manera viviremos en el presente divino.

XIII

EL YO Y EL YO SUPERIOR

¡Quisiera dar al mundo una nueva Bendición! “¡Bendito sea el hombre que ha encontrado su auténtico Yo!”

¡Oh, Hombre, mira dentro de tu propio corazón y observa qué pobre concurrencia hay allí reunida! El voluble Placer camina del brazo de la pálida Depresión, y ambos parecen amigos inseparables. La incansable pantera de la Lujuria recorre el estrecho espacio, mientras en el rincón más alejado, la Inocencia, esa niña de ropas blancas, llora sobre pasados recuerdos. La Preocupación, gris y encorvada, se arrastra cargada con su enorme bulto, mientras sus cansados ojos arrojan miradas de envidia a la Paz, que se muestra tranquila y contenta como si estuviera sentada en una deliciosa glorieta de rosas. También es posible ver a la pedante Ambición que pretende disimular, con sus grandes alardes, sus numerosas desilusiones... y así podríamos continuar observando tu corazón y poniendo al descubierto a esos extraños intrusos que han tomado posesión de tu morada ya que has de saber que ellos no son tu auténtico ser, ni su habitáculo es tu verdadero Corazón.

“¡Hombre: concóctete a ti mismo!” Toda la sabiduría de épocas pasadas, toda la sabiduría que edades aún no nacidas puedan jamás ofrecer, se resume en esta sola frase. Tres palabras y, sin embargo... ¡abarcan la vida toda! Os desafío a que encuentrés otras tres que superen este divino consejo al hombre. Estaban grabadas en mármol en el frontispicio del más sagrado templo de los Misterios de la antigua Grecia; los sabios ríchees de la antigua

India las escribían en hojas de palmera, y eran suavemente repetidas durante las iniciaciones superiores dentro de la Gran Pirámide de Egipto.

Hay en el alma de todo hombre algo infinitamente superior y más grandioso que todo cuanto haya jamás conocido, que todo cuanto haya jamás soñado. Dependemos tanto de la cáscara exterior de la conciencia física porque ignoramos la semilla divina que dicha cáscara encierra. Hemos recorrido los anchos mares y las escarpadas tierras de este planeta. Ya es hora de que volvamos sobre nuestros pasos y nos exploremos a nosotros mismos, el más maravilloso de todos los planetas. Aquí existen vastos continentes de la mente, y aquí se extienden ilimitados mares del corazón, poco recorridos y que apenas figuran en los libros. Los descubrimientos más sorprendentes se producirán cuando nuestros científicos se aparten un momento del metal, la piedra y la electricidad, para examinar y explorar la naturaleza del yo dentro del laboratorio del Hombre. "Yo y toda la humanidad, debajo de nuestros vulgares ropajes ocultamos verdaderos enigmas", dijo intuitivamente Herman Melville.

La autoignorancia se sienta en los tronos del mundo del conocimiento. Nuestros guías corren febrilmente de aquí para allá tratando de captar informaciones fragmentarias sobre esto y aquello, pero dedican muy poco tiempo a la cuestión más importante: *¿Quién es este ser que busca tal información?*

Nada menos que el estudio del Yo merece los poderes más elevados de la mente del hombre. No porque él no pueda percibir el mundo exterior ni registrar sus impresiones a través de sus cinco sentidos, su Yo tampoco existe para recibir dicha percepción y esas impresiones. En resumen, el mundo no existiría para él si él mismo no existiera primero. Los científicos ya saben, gracias a los experimentos sobre hipnotismo, que el agente que realmente ve en el fenómeno de la vista, no es el órgano físico del ojo, sino la mente que emplea dicho órgano. Es la mente la que utiliza los ojos. Pero aún deben encontrar qué es lo que hace actuar a la mente. Cuando lo descubran habrán entrado en

contacto con el ser verdadero del hombre, el ser del cual derivan su existencia y mantienen sus respectivas vidas tanto la mente cuanto el cuerpo físico.

Immanuel Kant ha proporcionado al mundo filosófico amplias pruebas de que el universo es realmente un molde en el cual el hombre vierte su conciencia, y de que en último término, dicho universo sólo existe en nuestras mentes. Kant demostró esto por medio de las deducciones más estrictas y las conclusiones más cuidadosas. Tan profundo y tan denso era su razonamiento que muy pocos han podido seguirlo y todavía son menos los que lo han entendido. Arriba y detrás, Kant ha ubicado al mundo real, el Infinito, el Absoluto, que declaró ininteligible para el intelecto humano. Y tenía razón. Pero sucede que, detrás de la máquina lógica del cerebro, los sabios señalan la existencia de una facultad superior que ilumina la espesa oscuridad que envuelve dicha máquina y además declaran que aquellos en quienes esta facultad despierta descubren que es una realidad lo que para Kant no era más que una teoría probada. El valor práctico de toda esta metafísica consiste en que inaugura la posibilidad de liberar al hombre del constante dominio de sus circunstancias materiales. El hombre puede desafiar al mundo externo con sólo penetrar en su mundo interior, porque dentro de su propio Yo puede vivir independientemente. Hasta ahora, el hombre únicamente conoce una parte ínfima de su Yo interior, en el que existen en estado latente, vastos estratos de poder y de inteligencia.

Pero este Yo interior es, aparentemente, la cosa más evasiva del mundo. “¿Cómo quisiérais ser enterrado?”, le preguntó Critón a Sócrates, minutos antes de su muerte. “Como gustéis”, contestó el sabio, “si es que podéis apoderaros de mí y si es que yo no eludo vuestra persecución.” La ciencia, que tantos temas ha investigado, todavía no ha descubierto qué y quiénes somos. Ya que se trata de algo que ningún instrumento, por costoso que sea, podrá nunca captar, ni ningún telescopio enfocar. Y sin embargo, el científico podría obtener gratis los medios necesarios para percibir este ser, pues todos esos medios están dentro de sí mismo, en su propia mente y en su propio corazón. Ese Yo real está escondido en los recónditos laberintos del alma del hombre, a

donde jamás penetra ojo físico alguno. Si los velos habrán de correrse, como puede suceder, los medios empleados habrán de ser lo suficientemente sutiles como para alcanzar semejantes profundidades.

Los medios empleados no son otra cosa, pues, que el pensamiento y el sentimiento. Derramamos nuestros pensamientos de manera totalmente desordenada, y permitimos que nuestras emociones cambien cada cinco minutos. El poder que podría retenerse gracias a la concentración de pensamiento y sentimiento por lo general se pierde. Nuestras mentes están, pues, en constante estado de vibración, y muy raramente descansan. Éstas son las verdaderas causas por las que tan atados estamos al mundo material que éste nos ciega, y olvidamos la realidad espiritual que reclama nuestra atención dentro de las regiones del alma.

No es éste el sitio indicado para describir en detalle un método psicológico, pero es posible señalar los principios que lo sustentan. Cuando la mente está profundamente comprometida con una serie de pensamientos, tiende a perder la conciencia del mundo que la rodea, a medida que más se profundiza la concentración. Cuando se ahonda esta condición, entonces la mente enfoca un solo punto. Si en esta etapa se pudiera, de alguna manera, apartar el objeto de la meditación, el consiguiente vacío haría que el oculto mundo del alma del hombre se levantara y lo llenara. En esa aparente vacuidad el hombre comenzaría a tomar conciencia de un nuevo visitante: su Yo superior. Éste es el principio esencial detrás del proceso de autoconocimiento.

La dificultad de concentrar los pensamientos es seguida por la dificultad aún mayor, de suspender del todo esos pensamientos. La primera se supera por la constante práctica diaria, un poco cada vez, hasta que la terca persistencia conduce a los errantes pensamientos hacia un centro fijo, manteniéndolos allí durante un cierto período. La segunda dificultad puede ser vencida mediante un inteligente recurso psicológico, originariamente revelado por los sabios de la venerable antigüedad, pero que luego fue abandonado durante muchos siglos; en la actualidad ha sido revi-

vido y muy recomendado por el Maharishi del sur de la India. Consiste en adoptar como tema de meditación, la pregunta: *¿Quién soy yo?* La mente debe concentrarse en esta sola pregunta, y ejercer una fuerte y profunda presión hacia adentro, esforzándose por descubrir al evasivo habitante del cuerpo físico. Si la concentración es total y se persiste en ella sin desmayo; si la pregunta es formulada de manera correcta; si la persona es realmente sincera, entonces, algo maravilloso sucederá. La corriente mental de la indagación del propio Yo, este tremendo esfuerzo por descubrir lo que uno realmente es, la observación de los propios pensamientos en la parte inicial del proceso, finalmente somete todos los pensamientos al único pensamiento de la existencia personal. "Yo" es el primer pensamiento que surge en el principio de la vida de un ser humano, pero es también el último. Cuando este último pensamiento es correctamente sostenido en el foco de la atención, y se lo somete a la pregunta propuesta de una manera particular, de pronto desaparece y el Yo superior toma su lugar, sumergiéndose al inquisidor y su pregunta en la divina quietud que lo caracteriza. Durante todo el curso de las meditaciones, el Yo superior ha estado esperando y observando, aguardando su momento oportuno, pues es eterno. El principio de todo este buscarse a sí mismo puede explicarse con un ejemplo muy simple: un perro puede rastrear y finalmente encontrar a su amo en medio de una multitud, gracias al sentido del olfato. De la misma manera, el intelecto puede rastrear y hallar a su verdadero amo: el Yo superior, siguiendo la huella del sentido del "yo" hasta su misma fuente.

Esta técnica es perfectamente segura psicológica y espiritualmente, aunque implica ciertos hechos poco aceptados todavía por la moderna ciencia, pero que antes que termine nuestro siglo serán ampliamente comprobados. Hace retroceder la búsqueda del Yo hasta el verdadero origen del intelecto, y revela así la auténtica naturaleza del ego personal. Restablece el equilibrio largamente perdido de la trinidad del hombre —cuerpo, mente y alma— que ahora está totalmente confundida. Restituye a la Conciencia a su verdadero trono: las profundidades del Corazón, y destrona a ese usurpador: el cerebro. Resuelve reñidas cuestiones que han perturbado a los pensadores desde que por primera vez el hombre tuvo el poder de razonar. Disipa toda necesidad

o polémica, pues ofrece una experiencia de primera mano, que resuelve de una vez por todas, y para siempre, el enigma del alma. Nos permite comprender hoy, en medio de este materialista siglo veinte, qué era lo que los Maestros de épocas anteriores nos decían a través de sus escritos. Y permitiéndonos entrar en el centro básico del hombre, ese lugar de absoluto reposo, sabiduría refulgente y armonía silenciosa, nos revela la identidad entre el Nirvana de Buda, el Reino de los Cielos de Jesucristo, la Liberación de Sri Krishna y el Reino de Osiris. Sondea las profundidades de la mente y provoca el retorno interior al oculto elemento del cual han nacido la mente y el cuerpo. Ese elemento es nada menos que el Ser Absoluto, el Espíritu Subyacente que subsiste eternamente en medio de los nacimientos y muertes de los hombres mortales y de los mundos materiales.

Vale la pena el esfuerzo diario por meditar de la manera como lo explicamos aquí, porque hace surgir la sublimidad refinada del Yo superior. Robar unos minutos a nuestro día para hacer algo totalmente opuesto a la rutina habitual del existir, incorpora una nueva influencia en las horas de trabajo, tan potente en esta práctica. El Yo superior espera con los brazos abiertos, pero son muy pocos los que están dispuestos a arrojar a las llamas del sacrificio, algo de su tiempo, ya sea el que se dedica al ocio o el que abarca la vida entera. Dedicad al Yo superior algunos minutos de vuestro tiempo y gran devoción, y él se entregará a vosotros.

Ninguna educación que omita esta esencial preparación para el vivir puede ser completa o verdadera. Nadie es demasiado joven o demasiado viejo para practicarla. No es posible esperar que desaparezcan del mundo el odio, el egoísmo, la crueldad, la amargura, la bestialidad, que tanto afligen a la raza humana, y que tornan a este planeta que alguna vez fue maravilloso, en un espectáculo de horror en medio de las estrellas, mientras el hombre insista en identificarse con su cuerpo físico. No habrá reforma eterna alguna que pueda reformar a la humanidad, mientras el hombre, como otro Prometeo, permanezca encadenado a la roca de la materia. En su larguísimo viaje a través de los siglos, la humanidad se ha apartado enormemente de su centro espiritual;

nos guste o no, ahora no hay otra manera de restablecer nuestro perdido equilibrio y armonía, que la de volvernos hacia adentro buscando dicho centro. Antiguos maestros han enseñado diversos métodos, pero la técnica que aquí proponemos es la única que ofrece la posibilidad de una aplicación más universal en esta época; puesto que vivimos en un siglo intelectual, y este método emplea como instrumento al mismo intelecto, el cual, hasta ahora había sido considerado por la mayoría de los místicos, como el enemigo de la evolución espiritual.

Si bien el hombre ha dejado de tener fe en Dios, no puede dejar de creer en sí mismo. Aunque se haya apartado de aquello que le parece dudoso y problemático —la existencia de Dios— no puede negar, de la misma manera, su personal existencia consciente. Nada es más cierto para él que la certidumbre del “Yo soy”. La senda de la indagación de la naturaleza del ser es, por consiguiente, algo bien concreto y que se ocupa de temas positivos y no de una probable deidad. Apela, pues, a lo que es característico de esta época racional. Toda doctrina que quiera convencer al cerebro moderno, ha de tener sus raíces en la razón y en la experiencia. El mundo culto de hoy ha dicho adiós a la fe pero conserva la investigación. Y puede explorar los laberintos del pensamiento registrado en su investigación de la Verdad, sin encontrar sugestión más potente que ésta. Pueden rechazarla el materialista y el religioso fanático, pero si así lo hacen será porque prefieren mantener su posición antes que buscar la verdad.

Somos nosotros quienes levantamos las cortinas que nos apartan del Yo superior; por lo tanto a nosotros corresponde el descorrerlas. En algún lugar de la profundidad de nuestro ser habita esta existencia augusta y eterna; es aquí adentro; es el propósito supremo de todo vivir; y mientras insistamos en ignorarlo nuestra condición será realmente patética, pues seremos exiliados involuntarios de nuestro auténtico estado divino. No tenemos la más mínima conciencia del tesoro enterrado que llevamos dentro. Quienes llegan a conocerse a sí mismos son generosamente recompensados. Perciben su dignidad real y saben que ya nunca más sentirán debilidades y necesidades; que el pecado y la estupidéz son telas de araña que durante mucho tiempo estuvieron

suspendidas en las paredes de su morada interior, pero que ya han sido quitadas; y que el escondido tesoro que han hallado les pertenece por toda la eternidad, ya que ni las polillas podrán devorarlo, ni los ladrones robarlo.

Procuremos conocer a aquél sobre el que basamos toda nuestra existencia; busquemos este ego personal, este "Yo soy" al cual atamos todos nuestros hilos de esperanza y temor, propósitos y deseos.

Sufrimos porque estamos lejos de nuestro centro. Cuando recordemos quiénes somos y regresemos a nuestro origen, caerá el dolor de nuestra alma porque, como sucede con las hojas del otoño, no habrá savia que lo alimente.

La vida no entrega este sublime secreto al holgazán. Si usted desea descubrir el verdadero por qué, tiene que comenzar a buscarlo. Y el lugar apropiado para dicha búsqueda es su propio interior.

Nos conocemos como seres humanos, pero aún tenemos que aprender a reconocernos como seres espirituales.

Cuando ya todos los teólogos, sabios y eruditos han escrito la última palabra acerca de sus diversas teorías y comentarios; cuando ya han dicho cuanto tenían que decir los más grandes filósofos, todavía nosotros permanecemos anonadados ante el misterio del Yo superior; es realmente inexplicable. Ese Yo superior es el rayo de luz auto-creado de la Oscuridad Absoluta. Es lo más que un ser humano puede acercarse a Dios. Todo lo que auténticamente puede decirse a este respecto está contenido en tres palabras: *Yo superior es*. Debemos inclinar humildemente la cabeza ante esta verdad. La religión se apoya en la proposición de que el Supremo Creador ha de recibir nuestros mejores pensamientos y los movimientos más profundos de nuestro corazón. Pero resulta que el Creador está fuera del alcance del

hombre común, es un Misterio dentro de otros Misterios, y no hay camino que conduzca a Él excepto el de la intensa fe. El hombre que ha nacido religioso puede dar esta fe, pero por lo general no puede hacer lo mismo aquel otro hombre que ha perdido la fe en su juventud. En realidad, las perspectivas tradicionales de la religión han perdido casi toda su fuerza lógica y moral para el hombre moderno, ya que no contesta a la pregunta acerca de cómo crear fe y amor hacia un Ser desconocido y al que es casi imposible llegar a conocer. Pero el método de la autoinvestigación espiritual se basa en un simple hecho: el de nuestra propia existencia consciente como seres individuales. Es un método con un fin y una segura recompensa. Gradualmente eleva al hombre desde su transitorio Yo inferior hasta aquel glorioso centro donde habita su Yo superior, que es nada menos que el rayo de Dios en su interior. Así puede acercarse a Dios, pero no habrá de encarar la tarea sumido en ciega credulidad, ya que, por lo contrario, ella exige el empleo de la inteligencia.

Procure explorar su interior en busca del Yo superior, y un buen día lo alcanzará.

Hagamos el intento de hallar la Verdad de primera mano dentro de nosotros mismos; no dependamos tan sólo de las experiencias de segunda mano de otros hombres, y menos aún, de la verdad de tercera mano que nos ofrecen los libros y la Biblia. Debemos pararnos sobre nuestros propios pies y no caminar por la vida sosteniéndonos en los pensamientos ajenos. Deberíamos sustentarnos en nuestra personal divinidad inherente, pues la iluminación de segunda mano que nos proporcionan los libros ya ha perdido gran parte de su valor. La referencia final es y deberá ser siempre, nuestro interior. La Verdad jamás publica su afirmación final, ya que la reserva para quien se toma el trabajo de entrar en su morada secreta.

Antes de ayudar a otros deberá usted ayudarse a sí mismo. Podrá ocuparse de las almas de sus semejantes pero sólo después que haya reunido suficientes recursos para sí mismo. Debe usted llegar a ser su propio amigo antes de convertirse en amigo de

los demás. Mientras esté usted parado junto a la puerta de la vida como un mendigo, es tonto hablar de dar limosnas a los otros. Transfórmese en esa rareza: el hombre que ha buscado y encontrado su Yo superior; y entonces podrá almacenar regalos que otros hombres no pueden dar; entonces sabrá usted cómo servir a la humanidad sin ostentación, secretamente, sin actos ni palabras y, sin embargo, tan eficazmente que le será posible remodelar hombres y vidas ajenas.

El Yo superior está sentado en el alma del hombre como un dios oriental lo está en su trono de madera laqueada: sereno, imperturbable y desligado de las aceleradas corrientes de nuestra ansiosa existencia. Cada hombre es, por lo tanto, su propio dios, su propio maestro, su propio profeta. ¿No es acaso reconfortante al fin, saber que en medio de todas estas pasiones perturbadoras, sombrías depresiones y pensamientos ingobernables, que constituyen nuestra naturaleza, existe aún un punto central de quietud? ¿No vale la pena hacer el esfuerzo que algún día nos permitirá descansar en la cuna del ser auténtico, como un recién nacido, confiando serenamente en aquello que por encima de todas las cosas merece confianza? ¿No es mejor convertirnos por nosotros mismos en oráculos de la divinidad, en canales de sublime inspiración, en embajadores del Absoluto?

Quien logra conquistar los pensamientos conquista al mundo. Esta es la única conquista valedera, porque pone en sus manos el botín de cualquier otra especie. El dominio del pensamiento es la quintaesencia del dominio del mundo. Las verdaderas fuentes del poder se encuentran en el reino de las cosas ocultas, en la región de las fuerzas invisibles. Quienquiera toque estas regiones de manera adecuada puede hacer y deshacer hombres y actos. Puede vivir en el anonimato y trabajar en secreto, pero sus esfuerzos darán en el blanco. Sus resultados serán seguros. Adquirirá una sublime confianza al mismo tiempo que sentirá una abrumadora humildad, pues comprenderá que otros Seres exaltados trabajan a través de él. Las fuerzas irresistibles operan silenciosamente. Cuando Jesucristo dijo a quienes lo escuchaban, que si buscaban el reino de los cielos en primer lugar, todo lo demás les sería dado por añadidura, se refería no sólo a una afirmación general sino a algo bien concreto.

Todos respondemos a la atracción magnética del Yo superior, y si bien el camino es largo, el resultado final es seguro. Puesto que el hombre, el verdadero hombre, el Yo superior, está ciertamente hecho a imagen de Dios, tal como lo afirma la Biblia, y las cualidades divinas que posee no pueden nunca ser destruidas. Comenzamos por sentir la conducción del Yo superior muy suavemente; después oímos un místico murmullo mezclado a la multitud de nuestros pensamientos; al final nos sentimos empujados a seguir tras sus extraños reclamos. Tal vez hoy nos resistamos, pero en un día cualquiera del futuro caeremos de rodillas, derrotados. La Naturaleza no tiene apuro. Tiene tiempo de sobra para cumplir con sus propósitos respecto del hombre. Por más que el plazo se dilate, el momento del despertar espiritual del hombre es cosa segura. El hombre no puede por siempre falsear su herencia. Hijo de los dioses, a ellos debe regresar.

Esta sideral naturaleza es la esencia última, el principio dador de vida dentro de nosotros. Su alejamiento del cuerpo físico significa la muerte. Pero nada tiene el hombre que temer, porque ese principio es su Corazón mismo, inseparable de él. Es todo sabiduría, todo misericordia y todo belleza, y puesto que es el inefable rayo de Dios en nuestro interior, es también inmortal. Mientras Dios viva, nosotros también viviremos.

EPILOGO

Si los dirigentes mundiales y las masas que los siguen estuvieran dispuestos a aceptar el mejor camino, poniendo su fe en la búsqueda de la Regla de Oro, sus problemas desaparecerían, toda la Naturaleza cooperaría con ellos y las fuerzas ocultas vendrían en su ayuda. Si estuvieran dispuestos a aceptar que los valores espirituales son la mejor norma, verían cumplidos sus sueños de felicidad, paz y prosperidad. Si tuvieran el coraje de desafiar de esta manera a los dioses, no saldrían defraudados.

Pero la mano muerta del pasado los empuja hacia atrás. El ayer se ha ido pero no para ellos. ¿Por qué no dejar que los muertos entierren a sus muertos, y seguir tras un nuevo sol? Los antiguos mayas llevaban esto a tal extremo que en diferentes momentos de su vida iban quemando todas sus pertenencias. Hay un fondo muy sensato en esta costumbre aparentemente insensata. Podemos siempre comenzar de nuevo; podemos siempre volvernos con esperanza hacia el infinito que nos dio la vida y que siempre nos apoya.

El mundo está a punto de volver a nacer. Es verdad que experimentamos su agonía, pero a ésta seguirá la alegría del resurgimiento. Mientras tanto, es bueno que comprendamos que este planeta, en el que acampamos por algún tiempo, no es nuestra verdadera morada. Somos errantes vagabundos que no descansaremos hasta regresar arrepentidos al Yo superior.

La última palabra ha sido escrita. La tarea que se me confiara en Arunachala estaba terminada. Había enfrentado al mundo bastante tiempo durante mi estudio; era ahora el momento indicado para volver la cabeza y contemplar la montaña misma.

Me senté sobre la áspera piedra a la entrada de mi choza, me serví una taza de té y, reconfortado por su atractivo aroma, contemplé el paisaje que me rodeaba. La antigua Montaña del Fuego, como la llamaba la gente se alzaba desde el borde mismo del pequeño claro entre cactus y arbustos espinosos.

Un verde lagarto me miraba desde la pared de mi choza, por la que tenazmente había subido mientras yo contemplaba la achatada cúspide de la colina. Un negro cuervo descendió sobre el techo, graznando ruidosamente, en busca de las migajas que sabía encontraría a esa hora. Una mona de vivaces ojos amarillos pasó saltando de rama en rama, con su feliz cría agarrada a su pecho. La mona se acercó al pozo artificial y depositó su hijo a orillas de la fuente, y se arrojó al agua chapoteando energicamente.

Como final acompañamiento sonoro, el zumbido persistente de los mosquitos se dejó oír, mezclado al perpetuo coro procedente de los árboles donde cientos de gorriones se habían reunido.

Mis ojos vagaron por el paisaje irregular hasta alcanzar el horizonte recortado por las pardas colinas. Quedé a la espera de esa caída del sol que llena el mundo de coloreada belleza y mi corazón de suave tranquilidad.

Cuando por fin Ravi comenzó a descender de su flamígero trono en el brillante cielo indio y derramó un resplandor rosado sobre la difusa y solemne colina, ésta adquirió un aspecto lleno de vida. Desapareció su apariencia desolada y su rocosa ladera brilló alegremente.

El cielo mostraba parchones aislados de intenso color rosa. El tiempo apresuraba su marcha. Contra el rosado cielo las sombras opalescentes comenzaban a extender la noche. Por un instante brilló un rojo rayo de sol sobre el punto más elevado del pico. Luego, Arunachala no fue más que una gran sombra contra el cielo nocturno. El sol había cejado en sus esfuerzos por barnizar de oro el paisaje solitario.

Pensé en aquel lejanísimo tiempo de la historia de nuestro planeta, cuando gigantescos terremotos alzaron las rocas hasta formar las montañas de lo que fuera una parte de Lemuria, aquel continente compañero de Atlántida. Hoy Lemuria plasma el fondo de las oscuras aguas de los océanos Índico y Pacífico, convirtiendo estos antiguos mares en colosales mausoleos de ciudades muertas y razas desaparecidas. Sus fragmentos supervivientes y

sus ciclópeas reliquias están diseminados por todo el mundo austral.

Pensé también en que la Naturaleza no es sentimental respecto de la transitoria vida humana. Cuando pueblos enteros profanaron su materia y cometieron monstruosas iniquidades, ella no titubeó en destruirlos por medio de terribles cataclismos. No es superstición. Si concedemos una mente y una inteligencia al ser de nuestros propios cuerpos físicos, ¿por qué habríamos de negárselos al ser de la Tierra, del cual nuestros cuerpos proceden y al cual habrán de retornar? No es menos racional pensar que una mente rectora, un Alma Planetaria habita nuestro planeta, que considerar que una mente rectora habita nuestros cuerpos, ya que carne y polvo son simplemente dos formas diferentes de la Materia.

La noche ha caído. Las melladas rocas y las pilas de cantos rodados de la muda reliquia de Lemuria eran apenas visibles. Arunachala estaba a punto de desaparecer. Su silueta se esfumaba gradualmente a medida que transcurría rápidamente el anochecer indio. Finalmente, la Luz de Asia se extinguió. La oscuridad, completa y hermética, me rodeó por todos lados.

Permanecí sentado en el umbral, sin deseos de entrar a mi cabaña para encender la luz de mi lámpara. El atardecer había ejercido su antiguo hechizo sobre mi persona. La belleza de la caída de la tarde se había adueñado gentilmente de mis sentidos y había penetrado mi mente. Sentí que si bien la Naturaleza podía llegar a ser cruel, como lo había sido con los desgraciados lemurianos, también era cierto que podía ser increíblemente bondadosa.

Yo sólo sabía, en esos momentos, que la belleza sublime y la serena atmósfera se habían infiltrado en lo más íntimo de mi corazón. El cuerpo quedó inmovilizado como si estuviera en trance. Estuve sentado allí, como si me hubieran hechizado: los ojos abiertos, sin parpadear, como si fuera un ave nocturna, viendo y no viendo las primeras luciérnagas que atravesaban el aire. El oculto capullo del alma se abrió revelando la maravillosa flor que escondía. Cobré conciencia de un bienaventurado mundo interior. Era una silenciosa remembranza tan intensa que la paz que a veces experimentamos durante la deliciosa durmevela que precede al dormir o al despertar es apenas un pálido indicio.

Todas las facultades físicas se aquietaron en delicioso reposo; todos los pensamientos divagadores desaparecieron, como si me hubiera apartado de la corriente de existencia superficial, para reposar en una de las orillas de la vida.

Las horas transcurrieron sin sentir. Enfrentado al Silencio Divino, recogí el mensaje final de Arunachala. Era el promisorio mensaje sobre la eterna e indestructible bondad del hombre. Porque en el centro mismo de su ser habita Dios.

PAZ PARA TODOS LOS SERES

INDICE

Prólogo, por Sri Vepa Ramesan	7
I. La Colina	9
II. A modo de Introducción	20
III. Política	28
IV. El Comercio	34
V. La Sociedad	43
VI. La Crisis Mundial	50
VII. Religión	59
VIII. El Intelecto	70
IX. La Música, la Máscara y la Pluma	77
X. Soledad y Ocio	87
XI. La Felicidad	100
XII. El Sufrimiento	107
XIII. El Yo y el Yo Superior	122
Epílogo	133

**Esta edición de 3.000 ejemplares,
se terminó de imprimir en
Industria Gráfica del Libro,
Warnes 2383, Buenos Aires,
en el mes de abril de 1985.**